OLGA ANDREU



LA NIÑERA NAVIDEÑA

del señor Withmore

LA NIÑERA NAVIDEÑA del señor Withmore

OLGA ANDREU

Copyright © 2025 OLGA ANDREU

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, noviembre 2025.

Título Original: La niñera navideña del señor Withmore

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

Epílogo

Otros títulos Navideños de

A veces, el mayor regalo de Navidad no viene envuelto en papel brillante, sino en forma de segunda oportunidad.

1

Despedida en Navidad

Grace

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que terminaría llorando en el baño de una oficina después de que mi jefa me gritara por el informe de ventas y mi compañero se llevara el mérito de mi proyecto, con un gorro de Papá Noel en la cabeza y calcetines navideños, le habría pedido que me pasara lo que estuviera fumando.

Pero aquí estoy: con el rímel corrido, abrazando un vaso de ponche barato y tratando de recordar en qué momento mi vida decidió parecerse a una película de Navidad de bajo presupuesto.

—Grace, ¿puedes venir un segundo? —asoma por la puerta mi jefa, Lisa, con una sonrisa de esas que huelen a despido.

Trabajo en una empresa de marketing en Boston, coordinando proyectos y presentaciones de resultados; paso más tiempo entre hojas de cálculo que con personas, y últimamente ni las infusiones de la máquina ni el sueldo alcanzan para sostener la ilusión de que me valoran.

Intento componerme. Me miro al espejo, me limpio los restos de purpurina de las mejillas y salgo. En la sala, mis compañeros brindan felices. Todos menos yo, claro. Lisa me toma del brazo con una delicadeza sospechosa.

—No es fácil decir esto justo antes de las fiestas...

Traducción: *Te vas a la calle, pero con espíritu navideño.*

—Tu puesto ha sido reestructurado—continúa.

—¿Reestructurado? —repito, como si esa palabra pudiera tener otro significado aparte de: *gracias por tus servicios, adopta un gato y buena suerte.*

Lisa suspira.

—Eres maravillosa, Grace. Pero necesitamos recortar gastos.

Claro, justo a mí. La única que no tiene ahorros, novio, ni un horno que funcione.

Firmo los papeles, recojo mis cosas y me marcho bajo una nevada que parece burlarse de mí. Cada copo es un microaplauso del universo a mi fracaso.

Tres horas y dos copas de vino después, estoy en mi diminuto apartamento de Boston, envuelta en una manta que huele a mantequilla de palomitas, repasando ofertas de trabajo. Secretarias, recepcionistas, paseadora de perros (no, después del trauma con el chihuahua asesino de mi vecina, paso), y...

Niñera en Aspen. Salario alto. Alojamiento incluido. Requiere discreción y actividades navideñas recreativas con niños.

Discreción tengo.

Espíritu navideño en estos momentos... bueno, puedo fingir.

Sin pensarlo mucho, escribo: *Tengo amplia experiencia con niños y actividades familiares.* Lo cual es falso. Mi experiencia se limita a cuidar a mi primo de cinco años durante un día... y perderlo en un IKEA.

Pulso enviar y rezo para que el destino tenga sentido del humor.

Tal vez debería tomarme unos días para descansar con mi familia, pero la idea de quedarme quieta me aterra: el alquiler no se paga solo, y sé que, si me detengo a pensar un segundo en todo lo que ha pasado, me derrumbaré. Buscar trabajo es mi forma de seguir respirando. No es solo la necesidad de pagar facturas; también es miedo.

Miedo a quedarme demasiado tiempo en pausa, a tener que explicar en las cenas familiares por qué no tengo un plan, a mirar la Navidad de frente y sentir que no encajo. Mi familia vive en Carolina del Norte, lejos de Boston, así que me basta una excusa sobre una posible entrevista para cambiar a un trabajo mejor. En realidad, ni siquiera es una excusa: sí voy a optar un nuevo trabajo, aunque sea en algo totalmente distinto a lo mío. Así que prefiero ocuparme, hacer algo, cualquier cosa, antes que enfrentarme a ese silencio incómodo de estar sin rumbo.

En lo sentimental, mi vida no es mucho mejor: hace seis meses terminé una relación de tres años con alguien que, en teoría, iba a ser *el definitivo*. En la práctica, resultó ser más compatible con su portátil que conmigo. Desde entonces he evitado cualquier intento de romance, convencida de que el amor y yo necesitamos un respiro prolongado.

***

A las ocho de la mañana, la notificación de un correo me despierta:

Estimada Grace Sullivan,

Hemos revisado su solicitud. El Sr. Withmore está interesado en una entrevista mañana a las 9:00 a.m en las oficinas centrales de Withmore & Co., ubicadas en 14 Tremont Street, Boston.

Atentamente, Oficina del Sr. Withmore.

Se me cae el móvil en la cara. ¿Una entrevista? ¿Con un *Señor. Withmore*? Suena a millonario, o a villano de película de Marvel.

Decido que nada puede salir mal.

Mentira: todo puede salir mal.

Antes de salir de la cama y enfrentarme a mi primer día como desempleada, hago una búsqueda rápida en Google sobre la empresa.

Descubro que se trata de un conglomerado importante, con sedes en varias ciudades y proyectos millonarios. El dueño, el misterioso señor Whitmore, aparece en una foto de prensa con expresión seria y elegancia de revista.

Leo parte de su biografía en la web corporativa: *Noah Wihtmore, 35 años, heredó la compañía familiar hace una década y la convirtió en uno de los grupos empresariales más sólidos del país.*

Ha encabezado campañas filantrópicas y conferencias sobre liderazgo, pero las fotos lo muestran siempre igual: impecable, distante, el tipo de hombre que parece no pestañear ni cuando sonríe. Todo en él grita poder y control, justo el tipo de jefe que da miedo hasta por Zoom.

Paso el resto del día intentando no pensar demasiado en la entrevista: recojo mi pequeño piso, que parece haber sobrevivido a un huracán de tazas de café y ropa sin doblar, y finjo que ordenar cajones es una terapia válida. Sé que no debería darle tantas

vueltas, pero no puedo evitarlo. Nunca he trabajado de niñera, y mucho menos para un hombre que da miedo en las fotos... aunque, siendo sincera, también dan ganas de meterlo en la cama y hacerle un favor. Al menos mentalmente. Así que limpio, ordeno y espero no morir de nervios antes de mañana.

***

El edificio Withmore en pleno centro de Boston parece más un hotel de lujo que una oficina. Me siento pequeña, torpe, y un poco como Mary Poppins sin paraguas.

—Grace Sullivan—le digo a la recepcionista.

Ella me mira con cara de que ha visto cien niñeras antes que yo y ninguna sobrevivió.

—El Sr. Withmore la espera.

Respiro hondo y entro. La oficina es amplia, moderna, con ventanales que muestran un skyline de postal. Y allí está él.

Noah Withmore.

Traje gris oscuro, corbata perfectamente anudada, ojos azules que podrían congelar un café caliente. El tipo desprende la palabra *intimidante* como si la hubiera patentado.

En persona es aún más atractivo, mucho más, lo que complica mantener cualquier gesto profesional. De hecho, me resulta un poco más difícil recordar por qué estoy aquí y no aplicando para un retiro espiritual en el Himalaya.

—Señorita Sullivan, ¿tiene experiencia con niños? —pregunta sin preámbulos.

—Por supuesto—respondo con la seguridad de quien no tiene ni idea de lo que está haciendo.

—Mis sobrinos tienen ocho y cinco años. Son... energéticos. Mi hermana y mi cuñado están temporalmente destinados en el extranjero por trabajo, así que me hago cargo de los niños yo solo durante las fiestas.

—Oh, adoro la energía. Sobre todo, cuando se canaliza en manualidades navideñas—improviso.

Sus cejas se arquean. No sé si lo he impresionado o si acaba de anotar: *finge demasiado*.

—El trabajo es temporal. Del 10 de diciembre al 2 de enero. En Aspen. Todo cubierto.

Aspen. Donde la gente rica esquía y los pobres ven películas sobre la gente rica que esquía.

Asiento con entusiasmo, aunque por dentro estoy gritando: *Grace, no tienes ni ropa de nieve.*

—Perfecto—dice Noah, cerrando una carpeta—. La recogerán mañana en el aeropuerto. Mi asistente le enviará los detalles.

—¿Eso significa que...? —empiezo.

—El puesto es suyo —dice, cerrando la carpeta con un leve asentimiento—. No es que sea la mejor candidata, pero sí la única lo bastante valiente como para enviar su solicitud para un trabajo así en estas fechas.

Listo. Acabo de convertirme en niñera por pura valentía más que por mérito, la única candidata que se atrevió a presentarse. Y, probablemente, en la protagonista de mi propia catástrofe navideña.

***

Veinticuatro horas después ya estoy en el aeropuerto de Denver.

Lo que te pone una aventura, Grace.

Está lleno de turistas con suéteres de renos y selfis con artilugios navideños. Mi maleta tarda tanto en salir que empiezo a sospechar que se ha fugado con la de otro.

Cuando por fin aparece un chofer con un cartel que dice *Sullivan*, respiro aliviada.

—Soy Grace Sullivan—le digo.

—El señor Withmore la espera en Aspen.

—¿Él está allí? —pregunto, nerviosa.

—Siempre pasa las fiestas con sus sobrinos y su hermana aquí.

Perfecto. Yo pasaré las mías intentando que no incendien la casa.

El coche avanza entre montes nevados. Las luces navideñas decoran cada curva del camino. Parece un paisaje de cuento... hasta que llegamos a la *mansión Withmore* tres horas después.

Una construcción de tres plantas imponente de madera y piedra con tejados empinados cubiertos de nieve. Las luces doradas iluminan las ventanas y reflejan sobre la fachada, que parece sacada de una postal navideña de lujo. Un enorme pino se alza frente a la entrada, decorado con guirnaldas que titilan al compás del viento

helado. Impone respeto y un poco de miedo; tiene ese aire de casa donde todo parece perfecto y cada detalle te recuerda que no perteneces del todo al paisaje. Tiene una puerta doble que podría tragarse mi apartamento entero.

Me recibe una niña de ocho años de pelo cobrizo con un gorro de elfo y una sonrisa diabólica.

—¿Eres la nueva niñera? —pregunta.

—Sí. Soy Grace.

—Yo soy Emma. Y ese es Jack—dice, señalando a un niño de cinco años muy similar a ella, que corre con una espada de juguete y grita «¡Por Narnia!».

—Encantada—murmuro.

De pronto, una voz masculina resuena detrás de mí.

—Señorita Sullivan.

Me giro. El señor Withmore está apoyado en el marco de la puerta, sin chaqueta, con el pelo un poco despeinado y una mirada que podría fundir el oro.

—Bienvenida a Aspen—dice, y no sé si es una amenaza o un saludo.

Detrás de mí, los niños corren y alguien grita que el horno está echando humo.

—Gracias por la oportunidad. —Sonrío con resignación.

—Ven, te enseñaré la casa y te llevaré a tu habitación. Megan está carbonizando un pollo en el horno y mi tío no es muy amable

con las visitas —susurra, como si compartiera un secreto de Estado.

Antes de que pueda responder, Jack aparece con una madeja de lana enredada en las manos.

—¿Sabes hacer pompones con esto? —pregunta muy serio.

No puedo evitar reír.

Emma tiene ese brillo travieso de las niñas demasiado listas para su edad, y Jack parece una versión en miniatura de un huracán con patas. Pero hay algo entrañable en ellos; me hacen sentir que esto podría ser fácil. O al menos manejable. Quizá no sea tan difícil ganármelos, pienso con un optimismo que probablemente se evaporará en menos de veinticuatro horas.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: finge que todo está bajo control.

2

Currículum, mentiras y desesperación

Grace

No hay nada que te devuelva más rápido a la realidad que ser despertada por un niño de cinco años gritando que un reno se ha colado en la cocina.

Abro los ojos y tardo varios segundos en recordar dónde estoy. No es mi apartamento minúsculo de Boston, sino una habitación con vistas a las montañas, una chimenea encendida y un árbol de Navidad que parece haber sido decorado por el mismísimo Santa Claus con complejo de perfeccionista.

¿Quién diablos pone árboles de Navidad en las habitaciones?

Los ricos, querida, los ricos.

—¡Grace! —Emma golpea la puerta—. ¡Jack ha intentado darle cereales al reno!

—¿Qué reno?

—El de mi tío —responde muy seria—. Bueno, no es *su* reno, pero dice que lo alquiló para las fotos de la postal familiar.

Genial. Ni veinticuatro horas en Aspen y ya estoy viviendo en una versión de *Pesadilla antes de Navidad* protagonizada por niños hiperactivos y fauna doméstica.

Me visto a toda prisa, bajo las escaleras y casi me resbalo con un tren eléctrico que atraviesa el pasillo. El supuesto reno (que resulta ser un ciervo pequeño con cara de trauma) está en medio de la cocina, mientras Jack intenta ponerle un gorro de Papá Noel.

—¡Por el poder de los renos voladores! —grita el niño.

—¡Jack, suéltelo! —chilla Emma.

Yo, valiente y recién levantada, hago lo que haría cualquier niñera responsable: entro en pánico.

—¡Todos atrás! —grito, como si estuviera desactivando una bomba—. Ese animal tiene los ojos del demonio.

Entonces aparece *él*. El señor Withmore. Con esa calma que debería estar prohibida a esas horas de la mañana.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta con voz grave, como si fuera el director de un internado.

—Nada serio —respondo—. Solo un animalillo rebelde intentando dominar el mundo.

Su ceja derecha se alza. Claramente no aprecia mi sentido del humor pre-café.

—Señorita Sullivan, el ciervo pertenece a la sesión de fotos de familia. No debe salir de su zona de descanso.

—¿Tiene zona de descanso?

—Por supuesto —dice, como si fuera lo más normal del mundo—. Está en el garaje calefactado.

Claro, un garaje calefactado para un cervatillo. Yo apenas tengo calefacción central.

El señor Withmore se acerca al animal y, sin esfuerzo, lo guía hacia la puerta. No entiendo cómo lo hace. Quizá también controla osos en su tiempo libre.

—Intentaré que no vuelva a ocurrir, señor —murmuro.

—Eso espero —responde sin mirarme, y se marcha.

Emma suspira.

—No se enfada mucho, ¿verdad?

—No. Solo lo justo para que se le congele el alma.

La niña ríe. Al menos tengo una fan.

Más tarde, mientras preparo galletas navideñas (de masa congelada y sin ninguna gracia extra) para los niños (y café intravenoso para mí), decido repasar mentalmente mi *plan de supervivencia*.

1-Mantener con vida a los niños.

2-No incendiar nada.

3-No mirar demasiado al señor Withmore.

4-Y, sobre todo, no olvidar que esto es un trabajo, no una comedia romántica navideña.

He fallado en la mitad antes del desayuno.

—¿Qué tal la primera noche? —pregunta alguien a mi espalda.

Casi derramo el café. Es él otra vez, apoyado en el marco de la cocina. ¿Siempre aparece así, de la nada? ¿Tan imponente, tan hombre guapo de negocios?

—Perfecta, señor Withmore. Maravillosa. Apenas casi muero atropellada por un tren eléctrico.

—Eso suena peligroso. —Su tono tiene un deje de ironía que me descoloca—. Tal vez debería haber incluido el tren en el contrato.

—¿Y perder la emoción de la sorpresa matutina? Ni loca —bromeo, intentando que no note lo acelerado que late mi pulso.

Sus labios se curvan levemente. No es una sonrisa, pero casi.

—Les ha caído bien a los niños.

—O eso, o están planeando mi destrucción.

—¿Y cuál de las dos opciones le parece más probable? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Depende. ¿Va a dejar que los niños me ataquen con confeti, o prefiere que les dé yo la señal del desastre?

Esta vez, sí sonríe. Apenas un segundo, y por un instante parece que el aire se vuelve más cálido, como si la chimenea hubiera decidido aplaudirle con un destello.

Silencio. Luego, su mirada se suaviza.

—Gracias por ocuparse de ellos. No es fácil.

—Debe de ser un reto organizar las fiestas con dos niños tan llenos de energía —comento, intentando sonar casual, mientras me

muerdo la lengua para no preguntarle si el ciervo del garaje también tiene horario de comidas.

—Por eso he buscado ayuda —responde—. Quiero que disfruten de unas fiestas normales —su voz baja un tono, casi imperceptible.

Ahí está, la grieta en la armadura. Es solo un hombre cansado intentando mantener un hogar en pie.

—Lo conseguirán, señor. O eso espero —comento.

Asiente, pero no dice nada más.

Mientras se aleja, no puedo evitar sonreír. Quizá este trabajo no sea tan terrible después de todo.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo dos: si el jefe ríe, no lo arruines hablando.

3

Nieve, secretos y sonrisas prohibidas

Grace

Si alguien me pidiera definir el concepto de lujo, diría: desayunar tortitas con vistas a las Montañas Rocosas mientras un hombre como el señor Withmore revisa informes en su portátil. No es que me queje, claro. Solo digo que hay escenas que deberían venir con una advertencia de *cuidado, esto puede despertar instintos reproductivos*.

El tercer día en Aspen empieza con un silencio inusual. No hay niños gritando, ni trenes eléctricos suicidas, ni cervatillos en la cocina. Me asomo por la ventana y veo a Emma y Jack jugando en la nieve, bajo mi dudosa supervisión de niñera. O al menos lo intento.

Decido salir con ellos.

—¡Grace, mira! ¡Jack dice que puede hacer un ángel de nieve más grande que yo! —grita Emma, agitando los brazos como si convocara una tormenta.

—Eso no es un ángel, cariño, eso es un intento de asesinato por hipotermia.

Ambos se ríen.

El señor Withmore sale al porche, impecable incluso entre copos de nieve. Sin gorro, sin bufanda, sin una arruga en la camisa.

—No llevan guantes —dice, con tono seco.

—Están aprendiendo sobre la resiliencia, señor —respondo.

Él me lanza una mirada que claramente significa *no me dé lecciones de pedagogía a las nueve de la mañana*.

—Tendrán clase de esquí a las diez —añade—. Estaré en mi despacho hasta entonces. Si necesita algo, hable con Megan.

Megan, su asistente, la mujer que parece tener un radar emocional del señor Withmore. Lo coordina todo: comidas, reuniones, el nivel de azúcar en el café y posiblemente su ritmo cardíaco.

Cuando se marcha, Emma se acerca a mí.

—Mi tío no sonríe mucho, ¿verdad?

—Debe de estar guardando las sonrisas para Año Nuevo —respondo, haciendo que ella suelte una carcajada.

Me siento rara. No sé por qué me importa tanto si él sonríe o no. Quizá porque hay algo en su forma de mirar el mundo, tan controlada, tan triste, que da ganas de colarle un poco de esperanza con purpurina.

Media hora más tarde, entramos a la casa entre risas y montones de nieve pegada en los abrigos. Emma va directa a la cocina, Jack deja un rastro de guantes y bufandas por el pasillo, y yo intento poner un poco de orden antes de que el señor Withmore aparezca y nos exilie a todos al jardín.

—Arriba, chicos, tenemos que prepararnos para la clase de esquí —anuncio, mientras recojo la bufanda de Jack de encima del perchero.

—¿Otra vez? —protesta él—. Ayer me caí muchas veces.

—Por eso se llama práctica.

Subimos las escaleras entre risas y carreras. Les ayudo a ponerse los monos, los cascos, las botas imposibles de abrochar. Emma me mira con sus ojos grandes.

—Pareces una mamá —dice.

—Dios me libre —contesto, fingiendo horror.

Cuando bajamos, el chofer que me recogió en el aeropuerto ya espera en la puerta principal. Se llama Peter, un hombre amable con bigote y paciencia infinita.

—Buenos días, señorita Sullivan —me saluda—. ¿Listos para conquistar las pistas?

—Más o menos, Peter. Hoy la meta es no perder ningún niño por el camino.

—Eso ya es un avance —bromea él, abriendo la puerta del coche.

Los niños suben entusiasmados. En el trayecto hasta la estación, Emma va narrando su estrategia para convertirse en campeona mundial de esquí y Jack insiste en que los renos esquían mejor que las personas.

En cuanto llegamos a las pistas, el aire huele a adrenalina pura. El instructor nos recibe con una sonrisa de anuncio y un silbato colgado del cuello.

—¿Listos para divertirnos? —pregunta.

—Eso espero —respondo—, pero le advierto que mi talento principal es caer con estilo.

Durante la clase, los niños se ríen sin parar. Jack pierde un guante, Emma se desliza más allá del grupo y yo termino cayendo de rodillas justo frente al instructor.

Emma arquea una ceja con picardía.

—¿Lista para nuestra clase? —pregunta el instructor, un tipo sonriente con acento canadiense.

—Más o menos —respondo, intentando no enredarme con las botas—. Soy más de deportes de sofá y manta.

Los niños ríen. El instructor también. Durante la clase, Jack acaba rodando por la nieve y se queda boca abajo, con las piernas al aire. Emma intenta ayudarle y terminan los dos como muñecos de nieve desarmados.

—Creo que le gustas —susurra Emma, mientras el instructor me ayuda a levantarme tras un intento fallido de frenar.

—No he venido a Aspen a ligar con nadie, sino a cuidar de vosotros —le respondo, tratando de mantener la dignidad mientras me sacudo la nieve del abrigo.

Emma sonríe, divertida.

—Ya... eso dicen todas las niñeras al principio.

Pienso que esta niña es un cerebro envuelto en un abrigo rosa. Tiene esa mezcla impertinente de ternura y picardía que hace que uno dude de si está criando a una futura científica o a la próxima mente maestra de un golpe de estado en el recreo.

Por la tarde, mientras los niños duermen la siesta, escucho ruidos en el ala norte de la casa. Nadie me ha dado permiso para entrar allí, pero, como toda persona curiosa con exceso de tiempo libre, lo hago igual.

La habitación huele a polvo acumulado. Fotografías antiguas, una guitarra en una esquina, una manta doblada sobre un sillón. En una repisa, un marco con una mujer de sonrisa suave y cabello rubio. La esposa. La difunta señora Withmore. Ya la había visto en una foto cuando googleé su nombre antes de venir: artículos de prensa, donaciones, una pareja perfecta congelada en la pantalla del ordenador.

Siento una punzada en el pecho. No es curiosidad, es respeto mezclado con tristeza. Todo en esa habitación parece congelado en el tiempo.

—Señorita Sullivan.

La voz del señor Withmore me sobresalta. Giro sobre mí misma, culpable.

—Yo... estaba buscando el baño, señor Withmore —improviso.

—Está al otro lado de la casa —responde sin levantar la voz, pero su tono corta el aire.

Trago saliva.

—Lo siento. No quería invadir... esto.

Por un momento, creo que va a echarme. Pero en lugar de eso, suspira.

—Nadie entra aquí desde hace años.

Silencio. No sé qué decir. Él se acerca al marco de la foto y lo limpia con el pulgar.

—Mi esposa, Hannah —murmura, casi para sí—. Murió hace cuatro años. Cáncer.

No sé cómo reaccionar. Su voz es tan contenida que me dan ganas de abrazarlo, pero sé que eso sería tan inapropiado como lanzarle un muérdago en la cabeza.

—Lo siento mucho, señor Withmore —susurro.

Él asiente y se gira hacia mí.

—Agradezco su discreción, señorita Sullivan. —Hace una pausa—. No hable de esto con los niños. No quiero que me vean como alguien roto por la muerte de su tía; ya bastante difícil es hacer que estas fiestas parezcan normales.

—Por supuesto, señor.

Su mirada se suaviza, solo un instante.

—Gracias.

Me despido en voz baja y salgo de la habitación antes de decir algo torpe. Camino por el pasillo con un nudo en la garganta. Él se queda allí, junto a la foto de Hannah, en su mundo de silencios.

Esa noche, tras la cena, preparo chocolate con los niños. Emma le pone nata, Jack echa malvaviscos y yo derramo medio litro sobre la encimera. Reímos. Cuando termino de limpiar el desastre, les propongo ver una película navideña.

—¡Solo si es *Solo en casa*! —grita Jack, entusiasmado.

—¡Sí, la parte en la que le tiran pintura en la cara! —añade Emma entre risas.

—Perfecto —digo sonriendo—. Pijama, mantita y chocolate caliente. No hay plan mejor.

Nos acomodamos en el sofá, los tres bajo una manta enorme. Y mientras los veo reír con las travesuras de Kevin, entiendo que quizá eso es lo que el señor Withmore necesita: que su hogar vuelva a tener ruido, risas y vida.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo tres: los jefes serios también sangran, solo que en versión premium.

4

El manual de la niñera (que no existe)

Grace

Si hubiera un manual oficial para niñeras navideñas, el primer capítulo debería titularse: *Nunca confíe en un niño con purpurina.* El segundo, *Si su jefe es guapo, corra.* Y el tercero, *Nada bueno sale de intentar impresionar a un ciervo.*

Pero yo, evidentemente, no recibí ese manual.

La mañana comienza con una misión de alto riesgo: decorar el árbol principal del salón. Hay al menos tres árboles más pequeños repartidos por la casa: uno en el vestíbulo, con luces blancas; otro en la biblioteca, rodeado de libros y un sillón de cuero; y el último, en el pasillo principal, junto a un ventanal que deja ver las montañas nevadas, pero este es *el árbol*. El que saldrá en las fotos familiares, en las tarjetas, y probablemente en un reportaje de alguna revista de lujo tipo *Aspen Living*.

—Este va aquí —dice Emma, sosteniendo una bola del tamaño de mi cabeza.

—No, ahí va el ángel —responde Jack, que ya está subido a una escalera.

—El ángel va arriba, genio.

—¡Entonces ponlo tú!

—¡Eso intento!

Yo observo la escena con una taza de café en la mano y el presentimiento de que esto acabará con una visita a urgencias o al menos con el árbol decapitado.

—Chicos, calma —intervengo—. Recordemos que la Navidad va de amor, paz y no morir aplastados por adornos.

No sirve de nada. Jack resbala, Emma grita y yo suelto el café para atraparlo justo a tiempo. Resultado: árbol torcido, adornos en el suelo y yo cubierta de espumillón.

Y justo en ese glorioso momento, aparece él.

—¿Qué demonios...? —su mirada recorre la escena: los niños, el desastre.

—Estamos fomentando la creatividad, señor —respondo, con una sonrisa que ni yo me creo.

Su mandíbula se tensa, pero noto el destello de algo que podría ser diversión. O incredulidad. Difícil saberlo.

—¿Todo bien aquí, señorita Sullivan? —pregunta, aunque claramente la respuesta es *no*.

—Perfectamente, señor Withmore —digo, intentando desenredarme del espumillón.

Jack se asoma desde detrás del sofá.

—Tío Noah, Grace dijo una palabrota.

—¡Eso no es verdad!

Emma asiente con solemnidad.

—Dijo: *por el amor de las galletas navideñas.*

—Eso no es una palabrota —protesto, levantando las manos en defensa, como si me juzgara un tribunal de elfos navideños.

—Depende de las galletas —añade el señor Withmore, sin apartar la mirada de mí.

¿Ha hecho un chiste? ¿El señor Withmore acaba de bromear?

Mi cerebro se reinicia durante unos segundos. Cuando vuelvo a la realidad, los niños ya han huido a la cocina y él está enderezando el árbol con una facilidad irritante.

—No es necesario que lo haga, señor —murmuro.

—Ya estoy aquí —responde, sujetando la base del árbol con una mano.

El olor a pino, el crujido de las ramas, su perfume caro mezclado con el aroma de café... Todo resulta peligrosamente excitante.

Genial, Grace, pienso, *tu corazón elige acelerarse justo cuando deberías estar enfocada en evitar que el árbol se derrumbe. Prioridades perfectas, como siempre.*

—Gracias —susurro.

Él asiente.

—Intente que sobreviva la decoración, señorita Sullivan.

—Haré lo posible.

Antes de irse, se gira apenas un poco.

—Y... —me mira por encima del hombro—. Buen reflejo con el niño.

No sé si eso cuenta como un cumplido, pero decido enmarcarlo en mi memoria como si lo fuera.

El resto de la mañana pasa entre carreras por los pasillos, risas y una batalla campal de calcetines perdidos. Les preparo un almuerzo improvisado y, contra todo pronóstico, logran comer sin volcar el zumo ni pelear por la tostada más dorada. Es gratificante ver cómo me obedecen sin dramas, cómo se ríen conmigo y hasta me ayudan a recoger. Por un momento, me siento una profesional de verdad, capaz de dominar a dos pequeños tornados con una sonrisa y una servilleta.

Me enorgullezco un poco —vale, bastante— de lo bien que parece salirme todo con Emma y Jack. Aunque con el señor Withmore la historia es otra. Él parece flotar por la casa como un fantasma con traje, siempre ocupado, siempre serio, apareciendo solo en los momentos más embarazosos, como si tuviera un radar para detectar mis meteduras de pata.

Por la tarde, mientras los niños pintan tarjetas navideñas (y la mesa parece una guerra de témperas), Megan entra con un sobre.

—El señor Withmore la invita a acompañar a la familia mañana a la gala benéfica del centro de Aspen.

—¿Una gala? ¿Con vestido y todo?

—Con vestido y todo —responde, sin inmutarse.

Miro a los niños, que ya están cubiertos de pintura roja y verde. Pienso en mi maleta, que contiene tres jerseys feos y un pijama con

pingüinos.

—Genial —digo—. Justo lo que siempre soñé: enfrentarme a una élite de millonarios vestida de desastre festivo.

Megan arquea una ceja.

—El señor Withmore dice que será... instructivo.

Instructivo.

Traducción: quiere ver si puedo comportarme en público sin tirar una copa, incendiar nada ni provocar una escena pública digna de una catástrofe social en cadena.

—¿Y quién se quedará con los niños? —pregunto, todavía intentando asimilar la idea de una gala.

—El señor Withmore ha contratado refuerzos extra —responde Megan, imperturbable.

Claro. Cómo he osado pensar que soy *la única niñera del reino Withmore*. Debe de haber un batallón en la reserva, por si acaso.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo cuatro: cuando tu jefe te invite a una gala, di que sí, sonríe... y reza para no tropezar con la mesa de postres.

5

Luces, gala y alto riesgo social

Grace

Nunca he estado en una gala benéfica. Bueno, una vez fui a una rifa solidaria del gimnasio, pero no cuenta porque lo más glamuroso que vi fue una batidora de vaso.

Esto es distinto. Esto es Aspen: mujeres que brillan más que los árboles, hombres que huelen a dinero recién planchado y un ambiente que grita: *no pertenece aquí, señorita Sullivan*.

El vestido me lo ha prestado Megan, que sospecho tiene un vestidor del tamaño de mi apartamento. Negro, elegante y tan ajustado que si respiro profundo, se disuelve la paz mundial.

—No se ponga nerviosa —me dice Megan en el coche, con esa serenidad robótica suya—. Solo sonría y deje que el señor Withmore hable.

Claro, fácil para ella. A mí me tiembla hasta el alma.

Cuando llegamos, la entrada del centro de eventos parece sacada de una película: alfombra roja, copos de nieve cayendo en el momento justo y un pianista tocando *Have Yourself a Merry Little Christmas* como si cobrara por lágrima derramada.

El señor Withmore nos recibe a amabas, impecable en su esmoquin. Me ofrece la mano para ayudarme a salir del coche y, por un instante, el mundo se reduce a eso: su mano, su olor y la

sensación de que mi sistema nervioso ha colapsado en modo romántico.

—Cuidado con el escalón —dice él.

—Sí, lo veo.

No lo veo. Tropiezo. Por suerte, él me sujeta con una rapidez humillante.

—¿Ya empezamos, señorita Sullivan? —murmura con una media sonrisa.

—Solo probaba sus reflejos, señor —respondo, intentando recuperar dignidad.

Entramos al salón principal. Luces doradas, mesas perfectas, camareros que parecen modelos. Todo huele a lujo y estrés fiscal.

La gente lo saluda con entusiasmo. Yo sonrío en automático, asintiendo como si supiera quiénes son todos esos seres con dientes demasiado blancos.

—¿Le gusta? —me pregunta él, inclinándose hacia mí.

—Es precioso. Aunque me siento un poco como Cenicienta… sin hada madrina y con ampollas.

Su mirada se suaviza.

—Solo relájese. No tiene que impresionar a nadie.

—Tarde. Ya he impresionado al suelo, señor.

Él suelta una risa breve, genuina.

¿Por qué cada vez que ríe quiero hacer algo imprudente, como contarle mi vida entera o abrazarlo por accidente?

Porque está más rico que el queso pecorino.

Alto, con hombros que parecen diseñados para trajes hechos a medida y una espalda tan recta que da ganas de apoyarse en ella. Tiene esa clase de atractivo que no se esfuerza: el del tipo que domina la sala sin decir una palabra. Y esos ojos, gris tormenta, capaces de dejarte sin batería cerebral con una sola mirada.

Nos sentamos en una mesa con varios empresarios y sus esposas. Una de ellas, una rubia con collar de diamantes del tamaño de mis traumas financieros, me pregunta:

—¿Y usted a qué se dedica, querida?

—Soy… niñera temporal —respondo.

Ella pestañea.

—Ah.

Esa sílaba contiene todos los prejuicios del mundo. Me dan ganas de decirle que también tengo un máster en multitareas y supervivencia doméstica avanzada.

Él interviene con voz tranquila:

—La señorita Sullivan está a cargo de mis sobrinos. No confío en nadie más para cuidar de ellos.

Mi estómago da un vuelco. No por el comentario en sí, sino por el tono. Suena sincero. Casi afectuoso. Y eso pasa pocas veces con este hombre.

La rubia sonríe con condescendencia.

—Qué tierno.

—Sí —respondo—. Los niños son encantadores, cuando no intentan montar un ejército con galletas de jengibre.

Algunas personas ríen. Él me lanza una mirada de complicidad.

Pequeña victoria social: no he roto nada, ni ofendido a la alta sociedad (todavía).

Más tarde, mientras él conversa con un grupo de inversores, me acerco a la mesa de postres. Brillan como joyas: macarons, tartaletas, pastel de arándanos. Extiendo la mano para coger una mini tarta y, justo entonces, alguien me choca por detrás.

La tarta vuela. El destino la lleva directo al esmoquin de un hombre… no, *del señor Withmore.*

Silencio. Total.

—Oh, Dios mío —murmuro—. Lo juro, no ha sido culpa mía.

Él baja la vista hacia su camisa manchada y luego me mira.

—Al menos eligió el sabor correcto —dice, probando con el dedo un poco de crema de arándanos—. Está bueno.

La gente alrededor ríe. Yo quiero evaporarme.

—Tranquilo, Withmore —se burla uno de los empresarios, apurando su copa—, parece que sigues teniendo mala suerte para contratar empleados eficientes. Aunque, eso sí, esta vez la catástrofe viene con sonrisa incluida.

Él vuelve a su tono serio, casi cortante, dejando claro con la mirada que el comentario le ha molestado más de lo que está dispuesto a admitir. Por un segundo, el ambiente se enfría y el murmullo del salón parece detenerse.

—Será mejor que tenga más cuidado, señorita Sullivan.

—Lo siento —respondo, levantando la barbilla—. Pero aún no entiendo para qué exactamente estoy aquí. Está claro que no pertenezco a este tipo de eventos. No encajo aquí.

—Todo el mundo que trabaja para mí debe venir a la gala de la empresa —replica con calma.

—Sí, claro,los inversores. Yo no soy nada de eso, solo soy una niñera.

Sus ojos grises se endurecen.

—Si no aprecia el gesto, quizá sea mejor que regrese a la casa. Avisaré a Megan para que la lleve de vuelta.

—Perfecto —digo con una sonrisa tensa—. Será lo mejor.

Mientras me alejo, la respiración se me enreda con el orgullo herido. Afuera, el aire helado me despierta de golpe. Megan sale detrás de mí y me alcanza en la acera.

—¿Está bien? —pregunta con tono preocupado.

—Me recuperaré. Estoy acostumbrada a que me humillen en las galas y fiestas navideñas de empresa —respondo, intentando sonar ligera.

—Eso no está bien, Grace.

—Cada uno tiene su destino en la vida —digo encogiéndome de hombros—. El mío parece incluir tartas voladoras y multimillonarios con mal genio.

El chofer ya nos espera junto al coche. Megan y yo subimos, el silencio solo roto por el murmullo del motor y el tintinear de los copos contra las ventanas.

—No hacía falta que me acompañara —le digo—. Podía haberse quedado en la fiesta.

—No me gustan demasiado esos eventos —admite, mirando por la ventanilla—. En cierto modo, me ha salvado de una noche insufrible con los *snobs* de Aspen.

Sonrío, agradecida por su complicidad. A veces, hasta los desastres traen buena compañía.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo cinco: si tira postre sobre su jefe, asegúrese de que sepa reírse del desastre.

6

El silencio después del desastre

Grace

Hay distintos tipos de silencios. El incómodo. El que duele. Y el que te da ganas de abrir una ventana y gritar *¡alguien hable, por favor!*

El del señor Withmore pertenece a esa última categoría.

Desde la gala, no ha pronunciado más de tres palabras seguidas. Y las tres fueron: *puerta, cerrada, gracias.*

En el desayuno, se limita a hojear el periódico con esa serenidad fingida que solo tienen los hombres que están al borde del colapso mental. Ni una mirada, ni un comentario. Solo el *clic* metódico de su taza al dejarla sobre el platillo.

Intento hacerme invisible, lo que es difícil cuando Emma y Jack están discutiendo si los renos pueden o no usar GPS para entregar regalos.

—¡Claro que pueden! —dice Jack con la boca llena de cereales—. Papá Noel tiene Wi-Fi mágico.

—Eso no existe, bobo —responde Emma, dándole un golpecito en la cabeza—. Los renos usan las estrellas, como los marineros. —

Pues las estrellas no tienen batería —replica él—. Si se apagan, ¿qué hacen?

—Señalan el norte —insiste ella con aire de experta.

—Eso lo dices porque no sabes cómo funciona un GPS —gruñe Jack.

Yo contengo la risa. Entre ellos dos podría abrirse un debate científico navideño que duraría todo diciembre.

—¿Quiere más café, señor Withmore? —pregunto con un hilo de voz.

—No, gracias —responde, sin levantar la vista.

—Perfecto, me encanta esta atmósfera...

Silencio. Absoluto.

Empiezo a preguntarme si anoche, cuando la tarta voló y todos se rieron, no solo manché su esmoquin, sino su ego de CEO impoluto. Porque este hombre no tolera el ridículo. Y menos en público.

Claro, Grace. Le lanzas un pastel y esperas que te invite a bailar después.

Emma me observa con curiosidad, y Jack me susurra:

—Mi tío está de mal humor. Cuando frunce así la ceja, mejor esconderse.

—Gracias por el consejo, agente secreto.

Me levanto para recoger la mesa, pero él habla de pronto:

—Deje eso, señorita Sullivan. Megan se encargará. Usted procure mantener ocupados a los niños.

Su tono no es grosero, pero tiene esa rigidez que duele más que un grito.

—De acuerdo, señor Withmore —respondo—. Solo intentaba ayudar… aunque claramente debería haber pedido cita previa con su departamento de permisos domésticos.

Nada. Ni una sonrisa. Ni una mueca. Es como hablar con un muro de ladrillos gordos con traje.

Sube al despacho sin despedirse.

El sonido de sus pasos en la escalera resuena como un tambor de guerra. Emma me mira con pena.

—Seguro que no está enfadado contigo —dice ella.

—No, solo practica para un concurso de frialdad olímpica.

Emma ríe, pero mi espíritu no. Me siento pequeña, torpe, fuera de lugar. Y, lo peor, culpable.

Decido distraerme ocupándome de los niños. Después del desayuno, los ayudo a recoger sus cosas y pasamos la mañana en el jardín trasero haciendo peleas con bolas que, por supuesto, yo pierdo de forma humillante. Jack corre por todas partes, Emma intenta dirigir la construcción de un trineo con cajas de cartón, y por un rato olvido el silencio helado del señor Withmore.

A mediodía, Megan prepara sopa caliente y sandwiches de pavo con arándanos. Comemos los cuatro juntos, hablando de cosas sin importancia: los deseos de Navidad, las luces del pueblo, el tamaño exagerado de los árboles. Es fácil sentirse bien con ellos; tan fácil, que por un segundo me creo que esta casa es un lugar amable.

—No te lo tomes personal —me dice en voz baja, tuteándome por primera vez—. El señor Withmore odia que se rían de él. No lo maneja bien.

—¿Por eso está así? —pregunto.

Megan asiente.

—No soporta perder el control. Y la gente lo vio… humano.

Humano. Qué palabra tan peligrosa para alguien como él.

Asiento, pero por dentro hierve mi rabia y mi pena a partes iguales.

Megan me da un leve empujón con el codo, bajando aún más la voz.

—Oye, Grace, si alguna vez necesitas hablar o escapar de todo esto, cuenta conmigo. No tienes que cargar sola con tanta formalidad.

—Gracias —respondo con una sonrisa cansada—. A veces me da miedo que, entre niños, órdenes y horarios, acabe olvidando que soy una adulta.

—No lo permitiré —replica Megan—. Te invitaré a un café, a una charla o a una huida estratégica del caos. Lo que haga falta para que recuerdes que también tienes vida propia.

Me río bajito, aliviada por su tono cómplice. Tal vez sobrevivir a esta casa sea más fácil con alguien que te recuerde que sigues siendo tú.

Por la noche, ceno sola con los niños. Ellos hablan, ríen, y el eco de su alegría choca con el silencio que baja desde la planta de arriba. Desde el pasillo, veo su silueta recortada por la luz del fuego que se filtra desde su despacho. Quieto, como una estatua que se castiga por sentir.

Y pienso que, tal vez, no necesita una niñera para los niños.

Necesita una para él.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo seis: si tu jefe es de granito, no intentes pulirlo... todavía.

7

Galletas, confesiones y un destello de humanidad

Grace

Megan y yo ya somos aliadas. Después de tres cafés compartidos en la cocina y una confesión mutua sobre lo insoportable que puede ser el señor Withmore antes de las nueve de la mañana, creo que es oficial. Ella no es tan robótica como aparenta: debajo de esa eficiencia milimétrica hay una mujer que se ríe de mis bromas, que sabe perfectamente cuándo mentirle a su jefe para cubrirme y que tiene un gusto musical excelente.

Hoy hemos decidido que los niños y yo hornearemos galletas para la sesión de fotos familiar. Bueno, *hornearemos* es una palabra optimista. Básicamente significa que yo intentaré no hacer explotar la cocina mientras Emma y Jack decoran cada galleta como si fuera una obra de arte psicodélica.

—¿Crees que a mi tío le gustarán? —pregunta Emma, con la lengua fuera mientras dibuja un reno con glaseado azul.

—Le encantarán, cariño. Aunque quizá finja que no —respondo, guiñándole un ojo.

Megan ríe desde la encimera y añade:

—No te imaginas lo mucho que disimula cuando algo le gusta —dice—. Lo he visto comer un pastel de chocolate entero fingiendo que no era su tipo de postre.

—¿Chocolate no es su tipo de postre? Eso es de sociópatas.

—De millonarios —corrige ella.

Emma levanta la cabeza, curiosa.

—Mamá siempre dice que el tío Noah tiene corazón, pero lo esconde tan bien que ya ni él sabe dónde lo dejó.

Megan y yo nos miramos, sorprendidas, antes de reírnos. La niña encoge los hombros.

—¿Qué? Es lo que dice mamá cuando él gruñe por teléfono.

—Entonces tu madre es una mujer muy sabia —respondo, intentando no reírme más fuerte de lo debido.

Emma, con sus ocho años, es increíblemente inteligente y elocuente; a veces habla como una adulta en miniatura. Jack, en cambio, con sus cinco años, tiene una inocencia que desarma y una lógica propia que haría reír a cualquiera.

A media tarde, mientras los niños ven una película y la cocina parece un campo de batalla de harina, Megan me mira con una sonrisa cómplice.

—Te has dado cuenta de que hoy está más tranquilo, ¿verdad?

—¿Más tranquilo? —repito, incrédula—. ¿Te refieres al hombre que casi me fulmina con la mirada cuando pregunté si quería azúcar en el café?

—Créeme, para él eso es progreso. Ayer habría hecho que se lo sirviera en otra taza solo por mantener el control.

No puedo evitar resoplar.

—¿Y por qué crees que está más...relajado hoy?

Megan encoge los hombros.

—Supongo que porque vio que no te rendiste después de la gala. Cualquier otra persona habría pedido el primer vuelo de regreso a Boston.

—O a la luna —murmuro, recordando la tarta, los murmullos, la vergüenza—. Bueno, tal vez haya decidido darme una tregua. O está esperando que meta la pata otra vez.

—Con él nunca se sabe —comenta Megan, con una media sonrisa—. Pero si sirve de algo, hace mucho que no lo veo mirar a alguien como te mira a ti.

—¿Perdón? —repito, aunque lo que en realidad quiero decir es: *¿Te refieres a que me mira como si fuera un fenómeno de feria o estoy exagerando?*

Quizá exagero… pero juraría que podría cobrar entrada para verme tropezar.

—Nada —responde rápido, alzando las manos—. No he dicho nada. Volvamos a la tarea.

Al anochecer, subo una bandeja de galletas al despacho. No debería, pero algo en mí necesita cerrar la brecha que dejó la gala. Golpeo la puerta suavemente.

—Adelante —responde su voz, distante.

Entro. Él está frente a la chimenea, revisando documentos, con la misma postura perfecta de siempre.

—Le traigo galletas, señor Withmore. No están... quemadas. Del todo. Las he hecho con sus sobrinos.

Él levanta la mirada, sorprendido. No dice nada durante unos segundos, luego deja el bolígrafo.

—Gracias, señorita Sullivan. No era necesario.

—Ya, pero me pareció más útil que seguir reorganizando la despensa para sobrellevar mi ansiedad. Es lo que se hace en Navidad, ¿no? Galletas, bollos de canela...

Una esquina de su boca se curva apenas. Es un gesto tan sutil que casi me convence de que lo he imaginado.

—¿Le ayudo con algo más? —pregunto, intentando sonar profesional.

—No, está bien. —Hace una pausa—. ¿Los niños están dormidos?

—Sí, señor.Jack ha dicho que mañana quiere que el ciervo salga en la foto familiar con gorro de Papá Noel.

Él suspira, pero sus ojos se suavizan.

—Dígale que lo consideraré.

—¿Eso significa que dirá que no?

—Eso significa que lo consideraré —repite.

—Hágalo por los niños —añado, sin pensar demasiado.

Su expresión cambia. Su voz baja un tono, más fría.

—¿Está insinuando que no me preocupo por ellos?

—No, claro que no. Olvídelo. No he querido ofenderlo, solo era una sugerencia —me apresuro a decir, sintiéndome una idiota.

Se mesa el pelo con frustración y suelta el aire exageradamente por la boca.

—Lo siento. No están siendo días buenos para mí.

—Me he dado cuenta —respondo, más suave.

—No es por usted, señorita Sullivan. Estoy contento con su trabajo.

—Gracias, necesitaba oírlo. Empezaba a dudar de mi capacidad para manejar a los niños —confieso con una sonrisa tímida.

Él asiente despacio, luego mira el reloj y se aclara la garganta.

—Debería ir a descansar, señorita Sullivan. Ya es muy tarde.

—Tiene razón —respondo, recogiendo la bandeja—. Buenas noches, señor Withmore.

—Buenas noches, Grace.

Salgo del despacho, sintiendo su mirada detrás de mí, más pesada que el silencio de toda la casa.

Por primera vez no siento miedo de su seriedad. Es como si, por debajo del mármol, hubiera una grieta diminuta. Una por la que empieza a filtrarse algo de calor.

Salgo del despacho con una sonrisa. Megan tenía razón: no es un hombre fácil, pero tal vez, solo tal vez, no sea tan imposible.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo siete: si tu jefe empieza a parecer humano, no entre en pánico… aún.

8

La foto perfecta (o casi)

Grace

El día de la sesión de fotos familiar amanece con sol y una nevada ligera, de esas que hacen que todo parezca un decorado navideño patrocinado por el destino. Y yo solo puedo pensar que, por fin, van a liberar al pobre cervatillo alquilado del garaje. Si existiera un sindicato de animales de utilería, este tendría su foto en la portada.

Emma está emocionadísima, Jack lleva puesto un jersey con renos que además canta (sí, canta) y Megan se ha convertido en una especie de directora de producción improvisada, con cronómetro y lista de tareas.

Noah Withmore, por supuesto, está impecable. Traje de lana gris, abrigo oscuro, guantes de cuero y esa expresión de: *prefiero estar negociando con accionistas hostiles antes que posar para una cámara.*

—Señor Withmore, ¿seguro que no quiere sonreír un poco? —pregunto, intentando que suene amable.

—Estoy sonriendo, señorita Sullivan —responde con una seriedad que me hace dudar si lo dice en serio o si su rostro simplemente no tiene el software instalado.

Megan me lanza una mirada divertida detrás del fotógrafo.

—¡Vamos, chicos! —grito—. ¡Juntaos con vuestro tío, que hoy toca parecer una familia normal!

Emma se coloca a su lado con elegancia innata; Jack, en cambio, se aferra a la pierna de su tío con una risa traviesa. En la esquina del jardín, el ciervo nos observa con la paciencia de un santo.

Si pudiera hablar, probablemente pediría aumento de sueldo.

—¿Y el gorro de Papá Noel? —pregunta Emma.

—No habrá gorro de Papá Noel —responde él, con calma contenida.

—Pero, tío... —protesta Jack.

—No.

—Vamos —intervengo—, ¿qué daño puede hacer un poco de espíritu navideño?

Me mira con esa ceja levantada suya, esa que debería venir con un manual de advertencia. Luego suspira, resignado.

—Está bien. Pero solo una foto.

Emma y Jack gritan de alegría. Megan casi aplaude. Yo apenas logro contener la risa cuando le ponen el gorro al ciervo, que parece tomárselo mejor que el rico que lo ha alquilado.

El fotógrafo dispara varias veces. Todo parece ir bien... hasta que Jack tropieza con la nieve y agarra el abrigo de su tío para no caer. El resultado: el ciervo se asusta, el trípode se tambalea, yo intento sujetar algo (no sé el qué) y terminamos todos en el suelo en una coreografía digna de un sketch de programa de risa.

Caigo encima de la nieve con un sonido seco y frío, y durante un segundo solo oigo el clic constante de la cámara, capturando cada segundo de nuestra humillación colectiva.

Fantástico, pienso, *mi debut en la fotografía profesional: caída libre y dignidad congelada.*

—¿Estáis todos bien? —pregunta Megan entre risas, mientras intenta levantarse.

—Creo que sí —respondo, sacudiendo la nieve del abrigo y de mi orgullo.

Emma está riendo tan fuerte que parece que le falte el aire; Jack se sacude los guantes y declara solemnemente que ha sido la mejor parte del día. El fotógrafo sigue riendo, asegurando que las fotos *naturales* son las que mejor quedan.

Claro, si por naturales entiende: caída en grupo nivel desastre ártico.

El señor Withmore se levanta primero y me tiende la mano. Sus dedos están fríos, pero su gesto... no.

—Gracias —susurro, todavía sin aire.

—De nada, señorita Sullivan.

Nos quedamos así, solo un segundo, lo justo para que Emma diga en voz alta:

—¡Parece que os gustáis!

Megan se atraganta de risa. Jack aplaude como si acabara de presenciar una escena de su película favorita. Yo quiero

desintegrarme aquí mismo, pero lamentablemente la nieve no coopera.

Él se recompone con una dignidad heroica.

—Niños, id a ayudar al fotógrafo —dice, como si no hubiera pasado nada.

Cuando se alejan, él me mira de reojo.

—No se preocupe, señorita Sullivan. No pienso despedirla por derribar a toda la familia.

—Gracias. Lo añadiré a mi currículum: *sobrevivió a un ciervo, dos niños y una sesión de fotos familiar.*

Por primera vez, él suelta una risa suave. De verdad. Y aunque dura apenas un par de segundos, me deja helada. No por el frío.

Si esto fuera una película, este sería el momento en que el público suspira. Yo, en cambio, solo pienso que estoy en problemas.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo ocho: cuando Tu jefe ríe de verdad, algo está cambiando... y da más miedo que el ciervo.

9

Nieves, luces y un CEO en crisis navideña

Grace

El aburrimiento infantil debería estar prohibido por la ley. Lo pienso mientras observo a Emma y Jack desde la ventana del salón: la primera mira el techo como si esperara que Papá Noel hiciera un ensayo general, y el segundo intenta tratar de construir una torre de galletas quemadas y coronarla con un pompón de algodón.

Megan aparece con su eterna libreta y una mirada de auxilio.

—Se están subiendo por las paredes, ¿verdad?

—Por las paredes, por el sofá y por todos lados —respondo, justo cuando Jack grita ¡mira, he hecho una ristra de salchichas con calcetines! —. Creo que ya he agotado todas las actividades navideñas posibles. Si me piden cantar otra canción, me interno en un convento.

Megan suelta una risa y se deja caer en el sillón, exhalando un suspiro.

—Hay un mercadillo navideño en el pueblo de al lado. Tiene pista de patinaje, puestos de comida y un coro que canta fatal. Es perfecto.

—¿Podemos ir? —pregunta Emma desde el sofá, con esa antena sobrenatural que tienen los niños para enterarse de todo.

Megan me mira con complicidad.

—Claro que podéis —le responde—. Siempre que vuestra niñera acepte la misión secreta.

—Acepto —digo sin pensarlo. No lo consulto. No lo medito. No me importa. —Y si el plan incluye cantidades indecentes de dulces y escapar del tedio, mejor aún.

Jack da un salto sobre el sofá y empieza a aplaudir.

—¡Yo quiero ver las luces! ¡Y comprar algodón de azúcar!

—¿Podemos llevar guantes que brillen? —añade Emma.

—Podemos llevar lo que queráis, siempre que no me hagáis cantar villancicos en público —respondo, levantando las manos como si fuera una condición contractual.

Megan se ríe de nuevo.

— Perfecto, te presto mi coche. Y por favor, no lo rayes, que tiene más años que las corbatas del señor Withmore.

—Prometido —respondo—. Aunque no garantizo que Jack no le ponga pegatinas divertidas.

—¡Podríamos hacerlo! —grita el niño, emocionado.

—No podríamos —responde Emma con tono de adulta responsable.

Me río, viendo cómo vuelven a discutir, y Megan sonríe, satisfecha por haber salvado la situación. La escena es tan absurda y tierna que casi me da pena interrumpirla; por un momento, parece

que la locura se ha convertido en un tipo de armonía que solo las casas con niños pueden lograr.

***

Una hora después, estamos en *Everpine*, el pueblo más encantador y ridículamente navideño que he visto en mi vida. Hay luces en cada esquina, un Papá Noel inflable del tamaño de un coche y un olor a canela que podría derretir corazones. Emma y Jack corren delante de mí, saltando de emoción.

—Esto parece un cuento —dice Emma, agarrando mi mano.

—Sí, uno de esos en los que la protagonista se cae en la pista de hielo y acaba casándose con el dueño del pueblo —bromeo.

—¿Hay dueño del pueblo? —pregunta Jack, con los ojos como platos.

—Más o menos. En este caso se llama capitalismo.

—¿Y qué es eso? —pregunta Emma, frunciendo el ceño.

—Una cosa muy seria —respondo—. Básicamente, cuando compras algo que no necesitas, con dinero que no tienes, solo porque brilla. —Los dos se ríen a carcajadas, y yo finjo indignación —. ¡Y no os riáis, que esto es economía avanzada!

Me siento feliz, y eso ya es raro. Les compro dulces típicos y hasta una bola de nieve que canta. Todo va bien. Demasiado bien.

Hasta que escucho esa voz detrás de mí.

—¿Se puede saber qué está haciendo aquí?

Me giro despacio. Abrigo oscuro, bufanda perfectamente colocada, expresión de: *voy a despedir a medio personal antes de comer*. El señor Withmore. En persona.

—Comprando dulces y disfrutando de la Navidad un poco —respondo, intentando parecer tranquila—. Ya que me pareció una idea mejor que dejar a sus sobrinos aprendiendo a descifrar el gotelé del techo.

Su mirada podría desintegrar una roca en mil pedacitos.

—Debería haberme avisado. No me gusta que los niños salgan sin supervisión adecuada.

—Soy la niñera —le recuerdo—. Eso se llama supervisión adecuada. Y si quiere una versión con cámaras de seguridad, lo siento, no tengo dron.

Jack se acerca, ajeno al huracán que se avecina.

—Tío Noah, ¿has visto? Hay una oveja con cuernos de reno.

Él respira hondo, como si el universo entero conspirara para ponerlo a prueba.

—Sí, Jack. La veo.

Emma, siempre diplomática, cambia de tema.

—Grace nos ha prometido patinar.

—¿Patinar? —replica él—. ¿En hielo?

—No, en fuego —respondo sin pensarlo. Emma se ríe. Él no.

El silencio que sigue pesa más que su cuenta bancaria.

Emma y Jack, ajenos a la tensión, insisten con entusiasmo en que los deje patinar. Lo hacen con esa mezcla de súplica y dramatismo que solo los niños dominan. Él resiste durante unos segundos, pero al final suspira y cede, incapaz de decirles que no. Sin embargo, deja claro que no patinará con ellos; ni súplicas ni caritas consiguen hacerlo cambiar de opinión. Prefiere quedarse observando desde la barrera, con las manos en los bolsillos y la típica expresión de quien considera el hielo un entorno hostil.

Yo termino patinando porque los niños lo merecen y porque mi orgullo no me permite ceder terreno.

Jack, entusiasmado, da vueltas torpes por la pista mientras Emma lo anima.

—¡Mira, tío Noah! —grita justo antes de intentar una pirueta que lo hace tambalearse como un pueblerino ebrio.

Noah, que observa desde fuera con sus carísimos zapatos de piel de cabra italiana y expresión de: *yo no nací para esto*, da un paso al frente, luego otro, y antes de darse cuenta, ya está sobre el hielo, intentando rescatar a su sobrino.

El resultado: un resbalón digno de cámara lenta, un grito contenido y un niño feliz porque su tío finalmente ha patinado… aunque no de la forma que esperaba.

Me deslizo hacia ellos y me agacho para ayudarle. Él intenta incorporarse, pero vuelve a resbalar, y termino sujetándolo por los brazos.

—¿Está bien? —pregunto entre risas contenidas.

—Ya le dije antes que el hielo lo carga el diablo —responde con una mueca—. Es peligroso.

—Solo para la gente que lleva zapatos caros —replico, alzando una ceja.

Él suelta el aire por la nariz y vuelve a ponerse de pie. Da un paso… y vuelve a tambalearse. Lo sostengo con fuerza, y por un instante se queda mirándome, tan cerca que casi puedo oír el roce de su respiración. Su expresión parece decir: *es usted más fuerte de lo que aparenta, señorita Sullivan.*

Y ahí está, el momento Darcy que nadie me pidió pero que mi corazón romántico agradece.

Y sí, claro que es guapo. Demasiado. Tan guapo que debería estar multado.

Cuando Emma cae, aprovecho para escabullirme. La levanto con delicadeza, le limpio la nieve del abrigo ella sonríe. Una sonrisa real. Cálida.

—¿Emma está bien? —su voz dirigiéndose a mí.

—Sí, solo me ha dado un infarto menor —murmuro.

Él parpadea, confuso. Luego asiente y me regala una sonrisa leve. Un gesto simple. Pero por un instante, olvido cómo respirar. Y ahí lo tengo: otra prueba irrefutable de que debo tener alguna filia rara con el masoquismo, verbal y no verbal, por los hombres que me subestiman y me descolocan a partes iguales.

Se queda pensativo unos segundos, observando cómo los niños siguen patinando. Finalmente dice:

—Será mejor dejar el patinaje para otro día. Podríamos hacer algo menos arriesgado para ellos.

—¡Queremos ver más puestos! —sugiere Jack.

—Sí, tío Noah, todavía no fuimos al de las luces que cambian de color —añade Emma, con esa mirada irresistible que derrite cualquier argumento.

Él suspira, derrotado.

—De acuerdo. Pero nada de volver a las pistas.

Los niños celebran la victoria con un grito al unísono, y yo sonrío, porque, aunque no lo admita, acaba de ceder otra vez.

La tarde avanza entre villancicos, luces y una sensación peligrosa de bienestar. Hasta que un vendedor ambulante se acerca con una cámara.

—¿Una foto familiar? ¡Solo cinco dólares! —dice con entusiasmo.

—No, gracias —responde Noah al instante.

Pero Emma lo ignora y tira de su abrigo.

—¡Por favor, tío! Solo una.

—Emma... —advierte él, pero su tono carece de fuerza.

—Vamos, señor Withmore —intervengo con una sonrisa—, ¿qué puede salir mal? Ya sobrevivimos a un ciervo.

Él me mira con esa mezcla de resignación y exasperación que ya me resulta familiar.

—De acuerdo. Solo una.

El vendedor acomoda a los niños y nos pide que nos acerquemos. Noah se queda rígido. Yo, demasiado cerca. Su abrigo roza mi brazo. Huele a algo caro e indefinible. El flash estalla justo

cuando ambos bajamos la vista. Cuando me doy cuenta, su mano está sobre la mía. No la aparta. Y no sé si quiero que lo haga.

—Listo —dice el fotógrafo, devolviéndonos la foto impresa. Parecemos una familia. Por un segundo me lo creo. Casi puedo imaginar que estamos en una postal navideña: los niños riendo, él relajado, yo sin una galleta quemada en mi currículum. Una parte de mí quiere quedarse en esa ilusión, pero sé que no somos eso. No lo somos. Jack y Emma ni siquiera son sus hijos. Todo es el escenario de una vida inventada en su máxima expresión, una fotografía que finge ser real solo por unos segundos antes de desvanecerse.

El regreso al coche es silencioso. Los niños duermen en el asiento trasero. Él conduce con la mandíbula apretada. Intento romper el hielo.

—Gracias por venir, aunque no hacía falta rescatarme.

—No vine a rescatarla, vine a asegurarme de que los niños estuvieran bien.

—Estaban bien. Felices, incluso. Cosa que, por cierto, no ocurre mucho en su casa.

Él gira la cabeza un segundo, sorprendido por mi tono.

—¿Otra vez está insinuando que no sé cuidar de ellos?

—Estoy insinuando que no sabe divertirse con ellos —respondo, sin filtro—. Ni con nadie, en realidad.

El silencio que sigue es espeso.

—No es mi trabajo entretenerlos, más bien el suyo. Para eso la contraté —replica al fin.

—Lo sé pero ellos son su familia. Pero parece que se le olvida.

Sus manos se tensan en el volante. El coche se llena de esa energía incómoda que anticipa una tormenta.

—No conoce mi historia, señorita Sullivan.

—No. Pero conozco a dos niños que lo adoran y que darían cualquier cosa por verlo sonreír más de una vez al día.

Él frena despacio al llegar al camino que lleva a la casa. La nieve cae con suavidad, iluminada por los faroles del porche. Me mira. Su mirada no tiene ira, solo tristeza.

—A veces sonreír no es tan fácil como parece.

No sé qué responder. Él baja primero. Yo tardo un poco más en salir. Me giro hacia atrás y les hablo en voz baja, con una sonrisa cansada.

—Vamos, dormilones, ya estamos en casa —susurro, tocando suavemente el hombro de Emma.

Jack abre un ojo y murmura algo ininteligible antes de volver a cerrar los párpados. Me cuesta un mundo lograr que se desperece; es como intentar despertar a un osito en plena hibernación. Al fin lo consigo y, todavía medio dormido, se agarra de mi mano mientras Emma bosteza y se acomoda el abrigo. Los tres bajamos del coche, tambaleándonos entre el sueño y el frío.

Noah abre la puerta para que los niños entren. Cuando lo hago, él ya está en el umbral, dándome la espalda.

—Buenas noches, señor Withmore —murmuro.

—Buenas noches, señorita Sullivan.

Acuesto a los niños, me voy a mi habitación y cierro la puerta con un nudo en el pecho. Me siento infravalorada, invisible. Como si todo lo que hago solo sirviera para recordarle lo que no quiere recordar, o quizá lo que finge no haber perdido nunca.

Y mientras la nieve cubre el jardín, me prometo no volver a dejar que me duela tanto.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo nueve: si tu jefe tiene corazón, asegúrate de que no lo entierre junto al tuyo.

10

Panqueques, orgullo y algo que no quiero nombrar

Noah

No puedo dormir. Supongo que es culpa del insomnio por estrés. O de la conciencia. Una de las dos. Aunque, siendo realista, probablemente es por culpa de Grace Sullivan.

Una mujer que habla demasiado, ríe cuando no debe y tiene la irritante costumbre de tener razón. Y lo peor es que, cuanto más intento ignorarla, más invade mis pensamientos. Su risa. Su descaro. Esa forma en la que logra que una simple frase suya tenga más impacto que cualquier junta de accionistas.

Su frase sigue rebotando en mi cabeza: *Ellos son su familia. Pero parece que se le olvida.*

Bonita manera de resumir, en diez palabras, mi ineptitud como ser humano. Directa, sin anestesia. Como todo lo que sale de su boca.

Me sirvo un *whisky*, aunque apenas le doy un sorbo. El fuego de la chimenea parpadea, y por un momento todo parece un cuadro demasiado silencioso. Los niños duermen arriba. Ella también. Y yo… estoy aquí, discutiendo mentalmente con una niñera. Lo cual, para un hombre que se enorgullecía de tenerlo todo bajo control, es un síntoma preocupante.

Intento convencerme de que es simple agotamiento, que mañana todo volverá a su orden natural: yo seré el adulto sensato y ella el huracán parlante. Pero el silencio de la casa parece repetir su voz, una y otra vez. Y no sé si me irrita o me consuela.

Tal vez ambas cosas.

Si mi difunta esposa me viera, se reiría. O me compadecería. Probablemente ambas.

No es que Grace me importe. No, claro que no. Solo que… me recuerda algo que ya no tengo. O, peor aún, algo que creí no necesitar hasta que volvió a aparecer en forma de mujer testaruda y con respuestas para todo.

Cuando habla, la casa suena diferente. Cuando se ríe, el silencio retrocede un poco. Y cuando entra en una habitación, huele a cosas que no deberían afectarme: a lavanda y a algo cálido que no sé nombrar. Algo que se mete debajo de la piel sin permiso.

Y me irrita profundamente, porque no debería notarla. No debería recordar cómo inclina la cabeza cuando se burla de algo, ni cómo arruga la nariz cuando se concentra. No debería, pero lo hago.

Y, sinceramente, no sé si me enfada más el hecho de que Grace Sullivan me altere… o que empiece a gustarme que lo haga.

Tal vez sea la falta de contacto físico con una mujer.

Desde que murió Hannah solo lo intenté una vez, con una directiva de otra compañía. Todo era correcto, elegante, sin compromiso. Pero cuando llegó el momento, mi cuerpo decidió rendirse. No hubo deseo, ni escape, ni ese impulso que debería nacer de la piel. Tuve que huir de aquella habitación de hotel como un idiota, dejando atrás una excusa torpe y una sensación de derrota que aún me acompaña.

Me aferro a la idea de que debe ser eso, simple biología, falta de sexo.

Sí, tiene que ser eso.

Sería demasiado absurdo admitir que Grace Sullivan, la antonomasia del desastre más absoluto, pudiera tener semejante efecto sobre mí.

Pero, vamos, Noah, ¿a quién intentas engañar? Aférrate todo lo que quieras a esa excusa, pero sabes que no es solo eso.

***

Amanece sin que haya pegado ojo. Me levanto antes de que los niños bajen y, por alguna razón que todavía no comprendo, decido entrar en la cocina.

El manual del buen ejecutivo dice que uno nunca debe involucrarse en tareas que desconoce. Pero también dice que no hay que dejar que una mujer con carácter te quite el sueño, y aquí estoy: intentando recordar cómo se usa una sartén.

Megan dejó un molde de panqueques con forma de copos de nieve. No sé por qué, pero me parece una buena idea. Quizá porque es lo único navideño que sé hacer sin que intervenga un contrato o una junta.

La primera tanda se quema. La segunda también. En la tercera, empiezo a entender por qué los chefs cobran tanto.

Jack entra al olor del desastre.

—Tío Noah, ¿estás cocinando? —pregunta, todavía con el pijama y el pelo despeinado.

—Intentándolo —respondo, girando la sartén con más fe que técnica.

Emma lo sigue, se asoma y sonríe.

—Parece un copo de nieve triste.

—Gracias por el apoyo moral —respondo, y sirvo el panqueque en un plato—. Tal vez los copos tristes también merezcan existir.

—A mí me gusta —dice Jack, metiendo el dedo en el sirope—. Sabe a… algo.

No estoy seguro de si eso es un cumplido o una advertencia.

Entonces entra ella.

Grace.

Cabello revuelto, jersey enorme, y esa expresión de: *no esperaba que el CEO de la casa invadiera mi terreno*. Se detiene al verme junto a la cocina, con harina en la camisa y cara de culpable.

—¿Está intentando incendiar la mansión o solo experimentar con nuevas formas de dimitir? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Muy graciosa, señorita Sullivan. Estoy preparando el desayuno.

—¿Voluntariamente?

—No soy un monstruo.

Ella arquea una ceja.

—No, por fuera no lo parece.

Los niños ríen, y por un segundo la cocina respira de verdad. El sonido de sus carcajadas se mezcla con el chisporroteo de la sartén y el aroma dulce de los panqueques. Todo parece menos perfecto, pero más real. Y eso —me sorprende admitirlo— se siente bien.

Sirvo los panqueques —algunos comestibles, otros dignos de exposición en museo moderno— y me siento frente a ellos. Grace me observa con cautela, como si esperara una bomba.

—Supongo que debería agradecerle por lo ayer —digo al fin.

Ella parpadea.

—¿Por no haber abandonado a sus sobrinos en una feria nevada?

—Por haberlos hecho sonreír y pasar un buen rato.

Ella no responde de inmediato. Solo juega con el borde de su taza.

—Es lo mínimo que se merecen.

Jack levanta la vista, curioso.

—¿Estabais enfadados anoche?

—No —responde ella rápido.

—Sí —digo al mismo tiempo.

Los niños se miran y se ríen. Megan, que acaba de entrar, niega con la cabeza y se sirve café.

—Bueno —dice Emma—, si hacéis las paces, puedo cantar un villancico.

—Por favor, no —respondo, y los tres estallamos en carcajadas.

Por un instante, todo parece normal. Casi acogedor, casi tierno. Por un instante, incluso podría jurar que algo dentro de mí se relaja, como si la casa —y yo con ella— recordáramos cómo era el sonido de la vida antes de volverse oscura. Es extraño y reconfortante a la vez, esa sensación de calor humano que no viene de la chimenea, sino de las personas.

Y luego lo arruino, como siempre.

—Respecto a la gala… —empiezo, y ella levanta la mirada, expectante—. Sé que fue incómodo. No pretendía ponerla en esa situación. La invité porque pensé que ese mundo necesitaba una dosis de verdad, y usted, señorita Sullivan, parece incapaz de fingir incluso cuando debería.

Grace me observa, sin decir nada. Es imposible saber si está a punto de reír o de lanzarme la sartén.

—Qué cumplido tan… peculiar.

—No era un cumplido. Era una constatación.

—Ah, perfecto. Entonces queda claro que soy su rareza exótica de temporada.

—No tergiverse mis palabras.

—No hace falta. Se tergiversan solas.

Los niños nos miran, confundidos. Megan se escabulle discretamente del campo de batalla.

—No quise ofenderla —digo, más tenso de lo que pretendo.

Grace suspira, recoge los platos vacíos y sonríe, pero sin calidez.

—No se preocupe, señor Withmore. Estoy acostumbrada.

—¿A qué?

—A que los hombres digan cosas que suenan bien en su cabeza y fatal cuando salen de su boca.

No sé qué responder.

Los niños ya se han levantado para ver la nieve caer desde la ventana. Grace los sigue.

Yo me quedo en la cocina, frente a un plato de panqueques fríos, preguntándome en qué momento exactamente me convertí en el villano del cuento.

El problema es que no estoy seguro de poder dejar de serlo.

Nunca subestimes el poder destructivo de una mujer con una espátula y principios.

11

Luces, discursos y una chispa inesperada

Noah

Nunca entendí la obsesión de la gente con las luces navideñas. Son bombillas. Bombillas que parpadean y hacen que el tráfico empeore. Pero, al parecer, los niños consideran el encendido del árbol de Aspen como el equivalente a los Oscar de la Navidad.

—Tío Noah, ¿vamos a ir? —pregunta Emma, con esa ilusión que debería venir en cápsulas para los adultos.

—No lo sé, Emma —respondo sin apartar la vista del móvil—. Tal vez.

Jack aparece de la nada con un gorro que parpadea. Literalmente parpadea.

—Tienes que venir. Este año será el árbol más grande de todos.

—Eso dijeron el año pasado, y casi se incendia —respondo.

Grace se ríe desde la puerta.

—Pues será emocionante. Y no se preocupe, señor Withmore, si el árbol explota, prometo cubrirlo con el seguro de niñera.

Levanto una ceja.

—¿Existe eso?

—No, pero debería.

Megan asoma detrás de ella, ya con bufanda y gorro.

—Vamos, no sea aguafiestas. Aspen solo se ilumina así una vez al año.

Cedo. No por entusiasmo, sino porque cuatro pares de ojos me miran como si negarme fuera equivalente a arruinar la infancia de la humanidad.

—¡Sí! —grita Jack saltando—. ¡Sabía que dirías que sí!

Emma aplaude con tanta emoción que sus palmas se ponen rojas.

—Va a ser divertido, tío Noah —dice la niña—. Ojalá mamá y papá estuvieran aquí también.

La frase se clava más de lo que debería. De repente, el silencio interior que llevo años fingiendo se hace más pesado. Los niños los echan de menos… y, en el fondo, yo también echo de menos a alguien. O algo. Tal vez la versión de mí que sabía reír sin esfuerzo.

Grace los abraza, con esa ternura espontánea que la caracteriza, y cuando me mira, algo en mi pecho se mueve, incómodo. Como si esa mujer, con su bufanda roja y su manera de llenar el aire, estuviera ocupando un espacio que creí condenado a quedarse vacío.

Durante el trayecto al pueblo, conduzco yo. Grace va a mi lado, los niños atrás cantan villancicos inventados y el coche, por primera vez en años, suena a familia. A una familia que nunca tuve. Hannah y yo quisimos hijos, pero el cáncer no nos dejó. Nueve años de tratamientos, esperanzas y recaídas, hasta que la enfermedad decidió ganarse el derecho a llevársela para siempre.

El sonido de la risa de Emma me golpea con fuerza. Jack pregunta si el árbol pesará un millón de kilos, y Grace se gira para responderle, iluminada por el reflejo de la nieve. La veo, y por un instante siento algo que no quiero analizar demasiado.

Llegamos al centro del pueblo entre música, olor a vino especiado y una multitud demasiado alegre para mi gusto. El aire es frío, pero los niños corren sin sentirlo. Grace los sigue.

Me quedo atrás, observando cómo se integra con la gente, cómo bromea con los vendedores y cómo Emma le enseña un adorno que parece una estrella torcidísima cubierta de tanta purpurina que podría reflejar el sol.

No entiendo cómo alguien puede irradiar tanta vida en medio del invierno.

—Señor Withmore —me saluda el alcalde, el señor Benson, un hombre con bigote y chaqueta de tweed—, qué placer verlo por aquí.

—El placer es suyo, supongo —respondo, intentando sonar amable.

Él se ríe. Demasiado alto.

—Justo a tiempo, entonces.

—¿A tiempo para qué? —pregunto, pero el hombre ya se aleja hacia el escenario.

No me gusta el tono de ese: *justo a tiempo*.

Grace me lanza una mirada sospechosamente divertida.

—¿Todo bien?

—Eso está por verse.

El alcalde toma el micrófono. Su voz retumba por los altavoces, entre villancicos y niños gritando.

—Queridos vecinos de Aspen, este año tenemos el honor de pedirle a alguien muy especial que pulse el botón del encendido del árbol. Un hombre que lleva años pasando las Navidades con nosotros y al que todos apreciamos mucho…

Empiezo a sentir un mal presentimiento.

—…el señor Noah Withmore.

Aplausos. Silbidos. Incluso un *¡bravo!* que sospechosamente suena a Megan.

Grace se tapa la boca, intentando no reír. Los niños gritan mi nombre como si acabara de ganar una carrera.

Yo me quedo quieto, procesando la información.

—Vaya, parece que es usted el hombre del momento —susurra Grace.

—No lo sabía —respondo entre dientes.

—Eso lo hace aún mejor.

Subo al escenario con la dignidad de quien se dirige al patíbulo. El alcalde me entrega el micrófono.

—¿Unas palabras antes de encenderlo? —pregunta, sonriente.

—Claro. ¿Por qué no?

Respiro hondo. Miles de ojos. Luces. Expectativa.

—No estaba preparado para esto —empiezo, lo cual es obvio—, pero supongo que eso es lo que define la Navidad: cosas que no esperas y que te obligan a improvisar.

La gente ríe suavemente.

—Siempre he sido más de números que de guirnaldas, pero este lugar… —miro alrededor, los rostros sonrientes, el aire helado— … tiene una forma extraña de recordarte lo que es importante, incluso cuando creías haberlo olvidado.

Grace me observa desde la multitud. Su bufanda roja destaca entre la gente.

—Mi esposa amaba esta época —continúo, sintiendo el peso de cada palabra—. Decía que la Navidad no es un día, sino un estado de ánimo.

Silencio.

—Y creo que tenía razón. Así que, por ella, por mis sobrinos, y por todos los que intentan creer un poco más este año… encendamos el árbol.

Aplausos.

Presiono el botón.

Miles de luces estallan al unísono, reflejándose en la nieve. Los niños gritan, la gente aplaude, y yo… me quedo quieto, mirando ese brillo que no recordaba haber echado de menos.

Grace aplaude también. Sonríe. Y esa sonrisa tiene más efecto que todo el alumbrado de Aspen junto.

Después del evento, la multitud se dispersa. Megan se lleva a los niños a por chocolate caliente, y Grace se queda unos pasos detrás de mí.

—Buen discurso —dice, acercándose—. No sabía que era tan sentimental.

—Ni yo —admito.

—Su esposa debía de ser especial.

—Lo era. —Miro hacia el árbol, intentando mantener el control—. Le encantaban las luces. Decía que no importaba cuán oscuro fuera el año, siempre había algo que encender.

Grace asiente despacio.

—Creo que le gustaría saber que lo ha hecho usted.

No sé qué responder. Solo asiento.

Ella me observa unos segundos más, luego sonríe apenas.

—No me equivoqué, ¿sabe? Cuando dije que los niños necesitaban reír más. Pero creo que usted también.

—Anotaré su diagnóstico, doctora Sullivan.

Ella ríe suavemente.

—Hágalo. Y empiece el tratamiento antes de Año Nuevo.

Se aleja con las manos en los bolsillos, dejando tras de sí una estela de nieve y algo que no sé cómo definir.

Miro el árbol una última vez. Las luces parpadean, constantes, vivas.

Y por primera vez en mucho tiempo, no siento frío.

Supongo que algunas luces no se encienden con electricidad.

12

Sospechas, disculpas y un cambio de pronóstico

Grace

Megan aparece en la puerta con una sonrisa que, por experiencia, sé que trae noticias. En esta casa, las sonrisas preanuncio de tormenta son un patrón bastante fiable.

—El señor Withmore quiere verte en su despacho.

Mi corazón da un pequeño salto, como si fuera un reno asustado. No hay razón lógica para ello. No he roto nada —al menos nada caro — y los niños están vivos, limpios y alimentados. Pero aún así, una parte de mí sospecha que algo va a salir mal.

—¿Pasa algo? —pregunto, intentando sonar despreocupada.

—No lo sé —responde Megan, con esa sonrisa que mezcla curiosidad y lástima—. Solo me ha dicho que quería hablar contigo. Buena suerte, Grace.

Genial. Cuando alguien desea suerte antes de entrar a una oficina, rara vez es por algo bueno.

Camino hasta el despacho con el corazón en modo maratón. Noah está frente a la ventana, con las manos en los bolsillos, observando cómo la nieve cae sobre los abetos del jardín. La luz dorada del mediodía se cuela por los ventanales y le da ese aire de

cuadro navideño que podría venderse por millones. Si no fuera tan… intimidante.

—Así que fue idea suya —dice sin girarse.

—¿Perdón? —respondo, deteniéndome a medio paso.

—Lo del encendido del árbol. Fue usted quien habló con el alcalde, ¿no?

Ah. El famoso tono Withmore: *mitad acusación, mitad sentencia.*

—¿Yo? ¿Por qué haría eso?

—Porque parece el tipo de cosa que haría, por eso —responde, girándose por fin—. Convencer al señor Benson de cambiar al invitado a última hora para que yo quedara atrapado en un momento navideño con luces y discurso incluido.

—No tengo ese poder —replico, cruzándome de brazos—. Ni ese tipo de influencia. Además, apenas conozco al alcalde. Si lo hubiera hecho, le habría pedido que invitara a alguien con menos pánico escénico.

Él me sostiene la mirada, incrédulo. Me pregunto si duerme así: frunciendo el ceño y juzgando el aire.

—La persona encargada de encender el árbol este año era el juez Peterson —aclara—. Pero una hora antes del evento, avisó de que se había quedado atrapado en la carretera por la nevada. Y, curiosamente, el alcalde decidió sustituirlo por mí.

—Qué cosas —digo, levantando las cejas—. Pero lo juro, no tuve nada que ver. Aunque debo admitir que me encantó verlo intentando improvisar un discurso. Le salió bastante bien, para ser alguien que planifica hasta el modo en que respira.

Sus labios se mueven apenas, como si contuviera una sonrisa.

—Está bien.

—¿Está bien…? —repito, dudando si eso significa que no me va a despedir o que va a espiar más a fondo la conversación que tuve con el alcalde, después de escucharlo desesperado por encontrar un sustituto y decidir echarle un capote.

—Está bien —repite, más despacio—. Pero… gracias.

—¿Por qué? —pregunto, genuinamente confundida.

—Por acompañar a los niños. Por quedarse cerca. Y… por no reírse demasiado.

—Bueno, solo un poco —respondo, divertida—. Pero fue una risa con cariño.

Él asiente, serio, aunque en su mirada hay algo distinto. Un brillo que no había visto antes. Gratitud, tal vez. O cansancio. O las dos cosas.

—Puede volver con los niños —dice al fin.

—De acuerdo. —Dudo un segundo—. Señor Withmore… fue un buen discurso. De verdad.

No dice nada, pero sus hombros se tensan apenas. Y eso, en lenguaje Withmore, equivale a un *gracias.*

Salgo del despacho antes de que pueda arrepentirse de haber sido amable. Camino sonriendo, porque algo en su voz —quizá la pausa, quizá la forma en que me miró antes de dejarme ir— me ha hecho sentir que el la capa de hormigón entre nosotros empieza a resquebrajarse.

Cuando llego al salón, los niños están construyendo una fortaleza con cojines y Megan intenta impedir que Jack intenta colocar una lámpara, que debe ser carísima, como guardián de la fortaleza.

—¿Sobreviviste? —pregunta ella al verme.

—Por poco. Pero he salido con el empleo y, sorprendentemente, con dignidad.

—Eso sí que es un milagro navideño —bromea, riendo.

Me dejo caer en el sofá, exhausta pero ligera.

El hombre que parecía hecho de silestone, me ha dado las gracias. No es un cambio de estación, pero casi.

Y aunque me gustaría cantar victoria, no lo hago. Noah Withmore es más impredecible que el clima en la costa oeste: un día cielo despejado, al siguiente, tormenta.

Aun así, por los niños y por esta casa, no me importa mojarme.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: si llueven emociones, abre el paraguas, sonríe y sigue adelante.

13

Villancicos, vergüenzas y algo parecido a magia

Grace

La mañana amanece entre risas infantiles y una Megan en modo eufórico.

La misma mujer que al principio me parecía tan fría como un iceberg con tacones, ha terminado por contagiarse de mi supuesto encanto natural (y del espíritu navideño que claramente vendí en mi entrevista como si fuera una habilidad profesional).

Es alta, de cabello castaño y ojos color miel, siempre impecable incluso cuando recoge juguetes del suelo o esquiva pelotas de nieve en el pasillo. Con el tiempo descubrí que no es solo la asistente del señor Withmore, sino mi aliada secreta en esta jungla nevada. Cuando los niños se multiplican como gremlins después de media noche por sobredosis de azúcar, ella aparece con paciencia, humor y una eficacia que ni Santa Claus podría igualar. Ahora sonríe más, suelta bromas que no veía venir y, lo más sorprendente de todo, parece disfrutar genuinamente de la marabunta festiva.

—Grace, tienes que venir —dice, entrando en la cocina con un fular que podría usarse como cortina teatral—. El coro de Aspen sale esta tarde a cantar villancicos por las casas y quieren que nos unamos.

La miro, espátula en mano.

—¿Nosotras? ¿Cantar delante de gente con oídos?

—Exacto. Será divertido.

—Soy alérgica al *fa-la-la*.

—Lo superarás —replica, sirviendo un chocolate de menta caliente como si eso curara cualquier trauma.

Los niños entran corriendo.

—¡Queremos ir! —grita Emma—. ¡El año pasado dieron bastones de caramelo gratis!

Jack añade, saltando.

—Y ¡uno de los perros del señor Benson se escapó! Fue genial.

Antes de que pueda inventar una excusa, aparece Noah.

—¿Villancicos? —pregunta, con ese tono que debe usar para las auditorías fiscales.

—Tradición local —dice Megan, sonriente—. Debería venir.

—No, gracias. Prefiero mantener mis oídos intactos.

—Pues sepa que tiene el espíritu navideño de una piedra —digo, cruzándome de brazos.

Él me lanza una mirada ladeada.

—No sabía que la música formara parte de sus aptitudes, señorita Sullivan.

—Tampoco yo, señor Withmore. Pero siempre hay que vivir peligrosamente.

Los niños ríen. Megan aplaude. Y antes de que pueda retractarme, Megan me pone unas orejas de elfo y una campanita en la mano.

—Por si olvidas la letra —me suelta Megan—, agita esto con entusiasmo. Nadie notará la diferencia.

Durante la comida, entre risas y bromas sobre mi posible debut musical, los niños logran convencer a Noah de unirse también. Emma promete cantar bajito si él acepta, y Jack jura solemnemente no hacer caras graciosas (lo cual dura treinta segundos). Él resiste, se niega, pero al final Megan le lanza una mirada cómplice y todos lo aplaudimos. Suspira, resignado.

—Está bien —dice, rindiéndose—. Pero si desafino, culparé a vuestra niñera.

—Perfecto —respondo—. Yo culparé a su malformación de cuerdas vocales.

Los niños aplauden su victoria como si hubieran conseguido que Santa se apuntara a la coreografía de fin de año.

La tarde cae entre luces y nieve. Las calles de Aspen parecen una postal: faroles encendidos, guirnaldas en cada balcón y un grupo de vecinos afinando más por fe que por talento. Emma y Jack van delante, agitando campanas. Yo los sigo, envuelta en una bufanda que podría solicitar su propio código postal.

En la primera casa, todo va bien. En la segunda, me tropiezo con un trineo decorativo y casi arrastro al coro conmigo. En la tercera, piso el pie del de un lugareño. Cuando alzo la vista, Noah está en la acera, mirando la escena con una media sonrisa.

En la cuarta canción, el desastre es total: entro un verso antes, golpeo su brazo con la campanita y él, que ya se ha unido al grupo de forma activa —cantando, siguiendo el ritmo y hasta intentando una armonía dudosa—, se ríe. De verdad. Y esa risa… bueno, digamos que vale cada segundo de ridículo público.

Emma lo nota enseguida.

—Tío Noah, deberías sonreír más. Te cambia la cara.

Él le revuelve el pelo.

—Tomaré nota, señorita Withmore.

Cuando la ronda termina, un vecino nos anima a todos a cenar en *The Silver Pine*, un restaurante con chimenea, música suave y más luces de las necesarias. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, donde la nieve cae despacio como si alguien la dosificara para la ocasión.

Los niños piden pastel de carne; Megan y yo, sopa de calabaza. Noah, tras un largo vistazo al menú, se decide por un estofado de ternera con puré de patatas y una copa de vino tinto.

Parece relajado. Feliz, incluso.

Emma deja el tenedor y lo mira con curiosidad.

—Tío Noah, háblanos de la tía Hannah.

El gesto de él cambia. Su sonrisa se vuelve más suave, más real.

—¿Qué quieres saber, cielo?

—Si le gustaban las galletas de jengibre —pregunta Emma.

—Le encantaban. Pero decía que las mías sabían a polvo de oficina.

Todos reímos. Incluso él.

Jack lo observa con interés. —¿Y cómo le gustaba celebrar la Navidad?

—Con demasiadas luces, demasiadas canciones y demasiada alegría —responde él con una ternura que nunca le había oído—. Hannah creía que la Navidad debía sentirse desde el desayuno hasta los sueños.

Jack baja la mirada.

—Me habría gustado conocerla.

Noah lo mira con afecto.

—Y ella habría estado encantada de conocerte. De hecho, lo hizo. Tenías apenas un año, pero te cogió en brazos. Dijo que eras el bebé más risueño que había visto.

El niño sonríe.

—No me acuerdo.

—No pasa nada. Ella sí —responde Noah.

Emma interviene, pensativa.

—Yo la recuerdo. Olía a manzana, tenía el pelo rubio y siempre me decía que tenía las manos más suaves del mundo.

—Vaya suerte —refunfuña Jack.

—No es mi culpa ser más mayor —replica ella, dándole un empujón cariñoso.

—Ni mía ser más guapo —responde él, provocando carcajadas generales.

Noah los observa en silencio, con esa mirada en la que se mezclan amor y nostalgia. Y por un segundo, me olvido de que él y yo venimos de mundos distintos. Porque en ese momento, parecen una familia.

Una familia completa.

Cuando salimos del restaurante, la nieve sigue cayendo. Los niños corren adelante, intentando atrapar copos con la lengua. Megan charla con un grupo de vecinos. Y Noah camina a mi lado, en silencio.

—No estuvo tan mal —digo al fin.

—¿Cantar en público o cenar con un coro improvisado? —pregunta.

—Ambas cosas.

Asiente, mirando al frente.

—Gracias por insistir en que fuéramos.

—Gracias por no huir antes de que terminara la primera canción. Por los niños, ya sabe...

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dice él, sin mirarme.

—Depende —respondo—, ¿es de esas preguntas trampa que acaban en evaluación anual?

Él esboza una sonrisa casi imperceptible.

—No. Solo tengo curiosidad. ¿Por qué aceptó un trabajo temporal en Navidad, en lugar de descansar con su familia?

—Supongo que necesitaba cambiar de escenario —digo tras una pausa—. Y, sinceramente, nunca fui buena quedándome quieta. Además, mis padres viven lejos, y la idea de pasar las fiestas sin hacer nada me parecía aún más deprimente. —Y, bueno... —añado tras una pausa, bajando la voz—, también porque me despidieron un día antes. No quería quedarme en casa mirando las luces parpadear mientras pensaba en todo lo que salió mal. Preferí hacer algo útil, o al menos intentarlo.

—Entiendo —murmura él, pensativo. —Así que eligió el barullo antes que el silencio.

—Exactamente —contesto con una sonrisa—. Al menos el barullo canta villancicos.

Él sonríe, leve pero sincero. Y eso, viniendo de Noah Withmore, equivale a fuegos artificiales.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: si desafinas, que sea con ganas. Las notas imperfectas también pueden crear la melodía perfecta.

14

Confesiones junto al fuego

Noah

No puedo dormir. Otra vez. Supongo que la tranquilidad no me sienta tan bien como a la mayoría. El silencio me recuerda cosas que preferiría mantener enterradas, y el fuego de la chimenea parece insistir en avivar lo que intento olvidar.

La casa está en calma. Los niños duermen, Megan ha desaparecido en su habitación, y Grace... bueno, Grace probablemente también esté dormida. O eso creo, hasta que escucho un leve crujido proveniente del salón.

Bajo las escaleras sin encender las luces. El resplandor anaranjado del fuego basta para iluminar el pasillo. Al llegar al salón, me detengo. Los niños están dormidos en el sofá, cubiertos con una manta, y Grace está sentada frente a la chimenea, con un libro abierto en el regazo. Lee en voz baja, como si las palabras fueran solo para ella.

La observo durante unos segundos. Su rostro está relajado, iluminado por el reflejo del fuego. Tiene esa expresión serena que parece imposible de encontrar en medio de las cosas diarias.

Grace Sullivan es guapa, del tipo de belleza clásica que no pasa desapercibido. Cabello castaño que parece atrapar la luz del fuego, piel suave, ojos pardos grandes y expresivos, de esos que dicen más de lo que la gente confiesa. Tiene elegancia sin esfuerzo, esa que no se compra ni se practica. Algo que yo había olvidado cómo se veía.

—¿No debería estar en la cama? —pregunto, y su sobresalto casi me hace sonreír.

—Podría decir lo mismo de usted —responde, cerrando el libro—. Los niños se quedaron dormidos mientras les leía. No quería despertarlos.

—Lo sé. —Me acerco un poco—. No los despierte. Están más tranquilos que nunca.

Grace sonríe.

—Le sorprendería lo que el poder de un cuento puede conseguir.

—No soy un gran fan de los cuentos —admito—. Todos prometen finales felices, y casi nunca los hay.

—Quizá el problema sea que algunos finales felices no parecen lo que esperábamos —replica con suavidad.

No respondo. Porque no tengo cómo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Puedo oír la respiración de los niños, tranquila, acompasada. Es un sonido que me resulta... reconfortante.

—¿Siempre le ha gustado la Navidad? —pregunto al fin.

—Siempre —dice ella, apoyando la barbilla en una mano—. Mi madre decía que era el único momento del año en que todo parecía posible. Teníamos la costumbre de dejar las luces del árbol encendidas toda la noche, por si algún sueño necesitaba encontrar el camino de vuelta. Supongo que este año la Navidad me ha decepcionado un poco —añade, bajando la mirada—. Ya sabe, por el despido y todo eso.

—¿Y funcionaba? Lo de dejar las luces del árbol encendidas toda la noche.

—No lo sé —responde con una sonrisa leve—. Pero al menos la casa se veía menos sola.

Miro el fuego y asiento.

—Supongo que no está tan mal. La luz, digo. Puede engañar al silencio durante un rato.

—Engañar al silencio —repite ella, pensativa—. Esa es una frase suya, ¿verdad? Suena muy de ejecutivo en crisis.

Suelto una risa discreta.

—Probablemente.

Grace estira las piernas, y por un momento nuestros ojos se cruzan. No hay esa barrera que siempre la separa de mí. Solo calma. Y calor. Mucho más del que produce la chimenea.

—Los niños le adoran —dice ella de repente.

—Los niños tienen poca capacidad de juicio —respondo, sin pensarlo.

—No. Solo saben ver lo que los adultos se empeñan en esconder. Usted los cuida más de lo que cree.

—Intento hacerlo. Pero no siempre me sale bien.

—Eso ya lo convierte en mejor persona de lo que piensa. Y en un buen tío.

No sé qué contestar. Así que no lo hago.

El fuego cruje de nuevo. Grace bosteza. Los niños se mueven en el sofá. Por un instante, todo parece en paz.

—Supongo que esta es su primera Navidad diferente —dice ella en voz baja.

—Sí. —Me quedo mirando las llamas—. No la planeé así, pero... ellos necesitaban algo estable. Y yo necesitaba no sentirme completamente inútil. Mi hermana hizo mucho por mí, más de lo que jamás podré devolverle, y ahora siento que, de algún modo, le debo esto: cuidar de sus hijos, mantenerlos a salvo, asegurarme de que no les falte nada.

—Lo está haciendo bien.

—¿Y usted cómo puede saberlo?

—Porque ellos ríen. Y usted empieza a hacerlo también.

La miro, y durante un segundo, tengo la absurda sensación de que todo podría ser sencillo. Que basta con quedarse ahí, frente al fuego, sin huir de lo que duele.

Pero no es tan simple. Nunca lo ha sido.

Grace rompe el silencio un momento después, mirándome con curiosidad genuina.

—¿Y sus padres? —pregunta—. Nunca habla de ellos.

Me quedo quieto unos segundos antes de responder.

—Se divorciaron cuando yo era adolescente. Cada uno volvió a casarse y formó su propia vida. Son personas correctas, educadas... pero nunca fueron muy familiares. Tras la separación, tuve que vivir con mi padre hasta que heredé la empresa. No fue fácil; él siempre

fue más socio que padre, y nuestra relación se construyó a base de silencios y expectativas. Nos llamamos de vez en cuando, cumpleaños, fiestas, ese tipo de cosas. Poco más.

—Entiendo —dice ella con un tono suave, sin lástima.

—Lauren siempre ha sido mi verdadera familia —respondo sin dudar—. Mi apoyo cuando todo se desmoronaba. Si soy lo que soy, es por ella. Siempre lo supo todo antes que nadie... incluso lo que yo no quería admitir.

—Se nota que la admira —dice Grace con una sonrisa suave—. No todos pueden hablar así de sus hermanos. —Yo tengo un hermano y una hermana —añade Grace con una media sonrisa—, pero nunca nos hemos llevado demasiado bien. Supongo que en cada familia hay una versión distinta del cariño.

—Sí —respondo, mirando el fuego—. Le debo mucho. Aunque, si lo pienso bien, quizá tenga razón con eso de las versiones del cariño. Supongo que cada uno aprende a querer como puede, no como debería.

Ella asiente, como si entendiera algo que no digo. Luego, tras un breve silencio, se levanta despacio.

Luego se gira hacia mí.

—Debería intentar dormir —dice con una sonrisa suave—. Engañar al silencio tiene un precio.

—¿Y usted?

—Yo... —se encoge de hombros—. Intentaré soñar con luces parpadeantes.

Cuando se aleja, me quedo mirando el fuego hasta que solo quedan brasas.

Y pienso que, quizá, el calor no estaba en la chimenea, sino en la persona que se quedó a esperarlo.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad, capítulo catorce: cuando el fuego se apaga, a veces el calor sigue ahí... solo que ha cambiado de forma.

15

Una casa de jengibre.

Grace

El manual de supervivencia para niñeras en Navidad debería venir con una advertencia especial sobre los proyectos de repostería infantil. Algo así como: *si un niño dice: hagamos una casa de jengibre, abandona la misión y corre sin mirar atrás.*

Pero no. Yo no he corrido. Me he dejado arrastrar por la emoción de Emma y Jack, y ahora estoy inmersa en una nevada de harina, glaseado rebelde y fragmentos de pan de jengibre que podrían pasar por los restos arqueológicos de una catástrofe culinaria.

—¿Estás segura de que eso va ahí? —pregunta Megan, intentando que la pared derecha de la casa no se desmorone.

—No. Pero si se cae, la convertimos en ruinas históricas —respondo, sujetando el techo con una espátula.

Emma, con la lengua fuera en señal de concentración, coloca un caramelo en el borde del tejado. Jack, en cambio, ha decidido probar cada ingrediente: *para comprobar la calidad.*

—Jack, si te comes otra pieza, la casa va a tener goteras —lo regaño con fingida seriedad.

—Pero están muy buenas —replica con una sonrisa.

Megan ríe.

—Esto es peor que un lunes en la oficina.

—Al menos aquí hay glaseado —respondo—. En la oficina solo hay informes y café malo.

De repente, la puerta de la cocina se abre. Noah entra. Lleva camisa remangada, el gesto serio que parece venir de fábrica y ese aire de control absoluto que no logra disimular lo guapo que está —a rabiar, como siempre, porque eso no es ninguna novedad—. La expresión en su cara, mitad desconcierto y mitad resignación, como si intentara mantener la compostura frente a un campo de batalla incontrolable.

—¿Qué... es todo esto? —pregunta, mirando la escena como si acabara de descubrir una catástrofe culinaria.

—Arquitectura comestible —respondo con solemnidad—. Nivel principiante.

—Nivel apocalíptico, diría yo —replica, acercándose.

Megan le ofrece una manga pastelera.

—Si va a criticar, que al menos sea con glaseado en la mano.

Noah suspira, pero la acepta. Su primer intento de hacer una línea recta termina con un caramelo pegado en el codo y un punto de azúcar en la mejilla. Emma se ríe a carcajadas.

—Tío Noah, pareces Papá Noel después de una explosión.

—Gracias, Emma —responde con dignidad herida.

Me cuesta no reírme. Verlo así, tan fuera de su zona de control, lo hace más humano. Y, aunque jamás lo admitiré en voz alta, más atractivo.

—¿Puedo? —pregunto, señalando el punto de glaseado en su cara.

—¿Puede qué?

—Arreglarlo —respondo, y antes de que diga nada, le limpio con el dedo. Su piel está tibia. Demasiado. El contacto dura un segundo, pero deja un eco en mi estómago que no tiene nada que ver con el azúcar. No sé qué me desconcierta más, si su respiración contenida o el modo en que sus ojos bajan hacia mi boca antes de apartarse.

El aire entre nosotros cambia, espeso, dulce, casi eléctrico. Puedo oír cómo traga saliva, puedo sentir cómo se tensa, y, maldita sea, me gustaría no disfrutar tanto de verlo así, expuesto. No debería. Pero la mente tiene sus propios villancicos y el mío ahora mismo no es precisamente infantil.

Él se queda quieto un segundo. Luego, carraspea y da un paso atrás, como si necesitara recuperar oxígeno.

—Gracias. Creo que sobreviviré —dice con voz más baja, más áspera, de esas que se sienten en la piel más que en los oídos.

Yo sonrío, fingiendo calma, aunque por dentro me hierven las mejillas. Si esto fuera una receta, el ingrediente principal sería la excitación... y me temo que ya se me ha ido de las manos.

Megan finge revisar algo. Los niños, ajenos a la escenita que acabo de protagonizar, celebran que la casa finalmente se mantiene en pie. Bueno, más o menos.

—¿Ves? —digo—. No está tan mal.

—Le falta una pared —responde Noah.

—Detalles.

Nos reímos. Y cuando sus ojos se cruzan con los míos, siento que algo dentro de mí también se desmorona un poco.

Más tarde, cuando los niños se van a lavar las manos, Megan recoge el desastre con un suspiro divertido.

—Si esto no es el espíritu navideño, no sé qué lo es —dice.

—Yo sí —respondo, mirando hacia donde Noah acaba de salir—. Complicado, inesperado y con tendencia a pegarse donde menos lo esperas.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: nunca subestimes el poder del glaseado (ni de una sonrisa que no estaba en tus planes).

16

El mercado de Navidad de Aspen

Grace

El aire huele a canela, madera quemada y nieve recién caída. El mercado navideño del centro de Aspen parece sacado de una película: puestos de madera iluminados, guirnaldas colgando por todas partes y niños corriendo con bufandas que ondean como banderas de victoria, orejeras peludas, gorros imposibles y todo tipo de *merchandising* navideño que convierte el lugar en un desfile de espíritu festivo.

Los Withmore, Megan y yo avanzamos entre la multitud con la misión oficial de comprar algunos adornos para la casa, porque Emma ha insistido en que los del año pasado estaban pasados de moda. La misión no oficial: mantener a Jack lejos de cualquier puesto que venda chocolate caliente, porque el niño tiene un vicio con el cacao que no es ni medio normal: es un auténtico yonqui del chocolate, capaz de rastrear una taza humeante a kilómetros de distancia.

—Grace, mira —dice Emma, tirando de mi abrigo—. ¡Hay un puesto con bolas de cristal que tienen copos dentro!

—Y otro con bastones de caramelo gigantes —añade Jack, señalando con ojos brillantes—. Podríamos comprar uno para cada día del año.

—Claro —respondo—, si tu tío te deja comer azúcar hasta el dos mil treinta.

Noah, que camina detrás, arquea una ceja.

—No sé si sobreviviría a esa cantidad de energía.

—Ni su presupuesto —murmura Megan, divertida.

La escena tiene un aire de familia que me hace sonreír sin querer. Noah, con su abrigo oscuro y esa expresión entre seria y relajada, parece más accesible que nunca.

Casi normal.

Casi.

Nos detenemos frente a un puesto de velas aromáticas. Emma se dedica a oler cada una como si fuera una catadora profesional.

—Esta huele a pastel de manzana —dice.

Jack, en cambio, se acerca a una con aroma a pino.

—Esta huele a bosque de verdad.

—Sí, pero sin el barro —respondo, intentando que no meta los dedos en la cera.

Noah se inclina hacia mí.

—Está haciendo un buen trabajo.

—¿Conteniendo un posible desastre o educando el olfato infantil?

—Las dos cosas —responde con un destello de humor en los ojos.

—Entonces, misión cumplida —replico con una sonrisa.

Él asiente, relajando el gesto.

—Aunque reconozco que prefiero esto a una reunión del consejo directivo.

—¿De verdad? ¿Velas y niños hiperactivos en lugar de trajes y egos inflados?

—Es un debate reñido —dice, y lo escucho reír, de verdad.

—Entonces habrá que compensarlo —añado, cogiendo una vela con aroma a canela—. Compramos una, por el bien de la experiencia.

—De acuerdo —acepta—. Pero que sea una con olor a calma.

—Eso no existe —respondo.

—Entonces tendremos que inventarlo.

Finalmente, terminamos eligiendo una vela entre los cuatro: una mezcla de vainilla y pino que, según Emma, huele a *invierno feliz*. Noah paga, y cuando nuestras manos se rozan sobre el mostrador, el aire vuelve a llenarse de ese tipo de electricidad que ni las luces del mercado consiguen igualar. Y tengo que recordarme a mí misma que esto es solo una compra navideña, no una escena de película. Porque si sigo dejándome llevar por esos roces, por su voz baja y por cómo me mira cuando cree que no lo noto, voy a acabar sintiendo cosas que están oficialmente prohibidas por el contrato, por el sentido común y, probablemente, por todas las leyes laborales de Massachusetts.

Seguimos caminando y llegamos a un puesto de adornos tallados en madera. Un anciano los vende con una sonrisa amable.

—Elijan uno —dice—. La tradición dice que quien cuelgue el adorno más bonito en Nochebuena, tendrá un año lleno de suerte.

Emma y Jack se lanzan a elegir. Megan se queda charlando con el hombre del puesto, mientras Noah observa los detalles de las figuras. Yo cojo uno con forma de estrella.

—¿Y el suyo? —pregunta el anciano a Noah.

Noah duda un segundo antes de tomar un corazón tallado.

—No parece su estilo —bromeo.

—Yo tampoco parezco el tipo de hombre que hace casas de jengibre —replica sin apartar la vista del adorno.

Toco el corazón entre mis dedos.

—Le sorprendería lo bien que le salió esa.

Él sonríe apenas.

Más tarde, cuando decidimos descansar, nos sentamos en una cafetería con luces doradas en las ventanas y música suave de fondo. Los niños comparten una enorme porción de tarta, Megan revisa fotos en su móvil, y Noah y yo nos quedamos frente a frente con dos tazas humeantes de chocolate blanco caliente (que, para variar, no he preparado yo).

—¿Suele venir aquí? —pregunto.

—Cada año —responde él—. Hannah adoraba este mercado. Solía comprar adornos para los niños, incluso antes de que nacieran. Después de que Hannah muriera, los años siguientes fui yo quien siguió viniendo. Acompañado de mis sobrinos, de mi hermana

Lauren y de Paul, su marido. Era nuestra manera de mantener viva su tradición, de sentir que aún estaba con nosotros.

No sé qué decir. Así que solo asiento.

—Este lugar me devuelve algo de ella —añade, mirando hacia la ventana—. Pero también me recuerda lo que queda por delante.

Su sinceridad me toma por sorpresa. Es la primera vez que lo escucho hablar del futuro, no del pasado.

—Supongo que eso es bueno —digo con suavidad.

—Supongo que sí —responde, y sus ojos se detienen en los míos.

Durante un instante, siento que algo cambia. No es un gesto ni una palabra, solo la certeza de que, por primera vez, él me está dejando verlo sin sus muros.

Jack interrumpe el momento con su entusiasmo habitual.

—¡Grace, mira! —grita—. ¡Están cayendo copos gigantes!

Todos miramos por la ventana. Nieve. Mucha. Hermosa.

—Parece que la suerte empieza temprano —murmuro.

Noah sonríe.

—O que Aspen sabe cuándo dar espectáculo.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: si el mundo empieza a nevar justo cuando alguien te mira a los ojos, no es el clima. Es la advertencia de que algo está a punto de cambiar.

17

Bajo la nieve

Noah

Grace Sullivan tiene el extraño don de hacer ruido incluso en silencio. No sé cómo lo consigue, pero cuando está cerca, todo parece más brillante, más colorido. Y cuando no, el aire pesa un poco más. Está debilitando todas mis defensas sin siquiera intentarlo: se cuela en mis rutinas, en mis pensamientos, en ese espacio del pecho donde antes solo había eco. Lo hace con una naturalidad desconcertante, sin grandes gestos, sin artificios. Y cuanto más intento poner distancia, más me descubro buscándola con la mirada, como si su presencia fuera la única calma que mi mente inquieta reconoce.

Esta Navidad está siendo distinta a todas las de los últimos cuatro años: menos triste, menos helada. No hay rutinas de supervivencia ni sombras largas en las esquinas.

Y, aunque me cueste admitirlo, empiezo a entender que tal vez no estoy sobreviviendo a las fiestas, sino viviéndolas por primera vez desde que ella se fue.

Esta tarde en el mercado me sorprendió. No por su entusiasmo (que parece venir de serie), sino por la forma en que logra hablar con todo el mundo como si los conociera de siempre. El mecánico, el hombre de las velas, la anciana que vendía gorritos de lana… todos parecían rendirse ante su sonrisa. Yo incluido, aunque prefiera no admitirlo.

Llevo años viniendo a ese mercado. Cada puesto me recuerda una tradición con Hannah: el adorno de madera, la vela con olor a pino, las galletas que insistía en comprar: *porque la Navidad huele a mantequilla y nuez moscada*. Pensé que volver allí sería como abrir un año más la herida. Pero esta vez fue distinto. Menos dolor. Más… curiosidad. Quizá porque Grace estaba al otro lado de la mesa, riendo con los niños, intentando que Jack no se subiera a una pila de cajas para alcanzar un bastón de caramelo.

No lo diré en voz alta, pero la escena fue perfecta. Caótica, ruidosa, brillante. Como la vida antes de que todo cambiara.

—Tío Noah —me había dicho Emma mientras elegía un adorno con forma de reno—, Grace dice que la suerte llega a quien no la busca.

—Entonces supongo que tengo posibilidades —le respondí.

Ella se rió y volvió con su adorno. Y yo me quedé con esa frase rondándome la cabeza el resto del día.

Ahora, sentado en mi despacho con un vaso de vino y la chimenea encendida, intento ordenar el ruido que me ha dejado dentro. Grace tiene una forma peculiar de desmontar mis defensas: no las ataca, las ignora. Y lo peor es que funciona.

Recuerdo cómo me miró en la cafetería. No con lástima ni con compasión, sino con algo más simple y peligroso: comprensión. Y eso me asusta más que cualquier recuerdo.

Megan asoma la cabeza por la puerta.

—¿Todo bien, jefe?

—Sí —miento—. Solo revisando unos correos.

Ella sonríe con ese gesto que no se cree nada.

—Claro. Los correos. A las once de la noche. Qué eficiente.

—¿Necesitabas algo?

—Nada. Solo recordarle que mañana Grace planea montar con los niños y un pequeño teatro navideño. Y que, si quiere participar, debería ponerse algo que combine con el espumillón.

—No pienso hacerlo.

—Eso mismo dijo antes de cantar villancicos —replica, desapareciendo con una sonrisa.

Vuelvo a quedarme solo. El silencio se estira. Cojo el corazón de madera que compré en el mercado y lo giro entre los dedos. No sé por qué lo elegí. Tal vez porque me pareció un gesto estúpido, o tal vez porque en el fondo empiezo a sospechar que necesito uno nuevo.

Cuando apago la lámpara, veo la nieve caer tras la ventana. Me descubro esperando oír su risa en el pasillo, ese sonido que llena el aire de algo parecido a hogar.

No llega. Pero el eco basta.

Y me sorprendo pensando que tal vez, solo tal vez, Grace Sullivan ha traído de vuelta algo que creía extinguido: la posibilidad de volver a sentir calor en mitad del invierno.

Hay fuegos que no se encienden con cerillas, sino con sonrisas que llegan cuando menos lo esperas.

18

La noche de las luces encendidas

Grace

La casa huele a asado, canela y ese tipo de aroma que solo aparece cuando todo el mundo parece tener algo que celebrar. y el salón se ha transformado en un teatro improvisado. Los niños llevan días preparando su pequeña obra navideña con la ayuda de Megan y mía. La función empieza en cinco minutos y el despropósito es, por supuesto, absoluto.

Emma lleva una túnica blanca que fue una sábana hasta hace un rato. Jack sostiene una linterna con tanto orgullo que parece iluminar él solo todo el salón. Megan, armada con una campanita y una playlist de villancicos, coordina el espectáculo desde un rincón. Yo hago de narradora, apuntadora y, ocasionalmente, árbitra de disputas artísticas.

—Y entonces —leo—, los tres sabios siguieron la estrella brillante que los guiaba hacia el norte...

Jack levanta la linterna.

—Mi estrella tiene batería infinita —declara.

—Tu estrella debería compartir su energía conmigo —responde Emma, con gesto de paciencia celestial.

—¡Yo soy uno de los sabios! —anuncia Jack con tono de héroe.

—Y yo también —añade Emma—. Pero el que no se confunde de dirección.

—No hace falta mirar el mapa —replica Jack—. ¡Mi linterna lo sabe todo!

—¿Entonces por qué durante los ensayos terminaste en el baño en vez de en el salón? —pregunta Emma, divertida.

Jack se encoge de hombros.

—Mi linterna aún estaba practicando.

Megan aplaude desde la esquina y yo continúo la narración intentando no reírme.

—Y los sabios llegaron al portal, trayendo regalos para el niño...

—Yo traje chocolate —dice Jack.

—No, Jack, era incienso —corrige Emma.

—Pero el incienso no se come —protesta él—. El chocolate sí. ¡Mucho más útil!

—Tiene un punto —digo entre risas.

Desde el fondo, el señor Withmore observa con los brazos cruzados. Su expresión es la de alguien que no quiere admitir que está disfrutando. Aplaude con discreción cuando los niños se inclinan al final, y Emma, feliz, se lanza a sus brazos.

—¿Te ha gustado, tío Noah? —pregunta Emma con una sonrisa expectante.

Él la mira, y durante un instante su expresión se suaviza.

—Ha estado muy bien, pequeña. —Le despeina el cabello con afecto—. Creo que ya tenemos a la próxima directora de teatro de Aspen.

Jack frunce el ceño, celoso.

—¡Eh! Yo también he hecho de actor.

—Y muy bien —añade Noah con una media sonrisa—. No todos los sabios tienen tanto carisma.

—Ha sido maravilloso —dice Megan, emocionada—. Y ahora... la cena sorpresa.

Todos nos movemos entre aplausos y risas nerviosas. Emma se agarra de mi mano, Jack corre a coger a Megan del brazo, y hasta el señor Withmore, pese a su expresión reservada, se une al grupo. Atravesamos el pasillo en procesión improvisada hacia el comedor, donde las luces parpadean y el olor a comida recién hecha nos envuelve. Por un instante, parece que todo encaja, como si la casa entera respirara en sincronía con nosotros.

El comedor brilla bajo la luz de las velas. La mesa está perfecta: vajilla blanca con borde dorado, copas relucientes, servilletas dobladas con precisión militar. En el centro, un asado impecable, puré, verduras... y un pastel de manzana recién salido del horno. El aroma lo inunda todo.

Noah entra. Se detiene. Su rostro cambia.

Y empiezan los problemas...

—¿Qué es esto? —pregunta, con una frialdad que apaga el ambiente.

—Una cena especial —dice Megan con una sonrisa que empieza a tambalearse—. Pensamos que sería bonito.

—¿Bonito? —repite, mirando el pastel—. Es el menú preferido de Hannah.

El silencio es inmediato. Los niños se miran sin entender. Megan parpadea, buscando palabras.

—Fue idea mía —confiesa—. Quería hacerle un homenaje. Hannah siempre preparaba esa cena durante los días previos a la Navidad y me invitaba. Era su forma de reunirnos. Grace solo me ayudó.

—No sabía que necesitábamos homenajear a los muertos para alimentar a los vivos —responde él, con un tono tan seco que duele.

—Señor... —intento intervenir, se gira hacia mí y no me deja terminar la frase.

—¿Usted también pensó que era una gran idea?

—Pensé que a los niños les haría ilusión —respondo despacio—. Hablaban mucho de ella. Parecía una manera de recordarla con cariño.

Su mandíbula se tensa. No levanta la voz, pero su mirada lo dice todo.

—Agradezco la intención —dice finalmente—. Pero la próxima vez, no decidan por mí lo que debo recordar.

Sale del comedor antes de que nadie pueda detenerlo. Megan se queda quieta, pálida. Emma rompe el silencio.

—¿Tío Noah está triste?

—Solo confundido —respondo, aunque ni yo me creo mis palabras.

Megan se pasa una mano por el pelo.

—Debería ir tras él y pedirle disculpas.

—No —digo—. No ahora.

El silencio vuelve, pesado. Los niños bajan la mirada. Afuera empieza a nevar otra vez, como si el cielo intentara cubrir la torpeza de nuestras buenas intenciones.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: a veces, incluso el cariño mal calculado puede congelar una noche entera.

19

El peso de los recuerdos

Noah

No debería haber reaccionado así. Lo sé. Pero saberlo no cambia el hecho de que lo hice. Ni que la culpa se haya quedado agarrada a mí como una arena espesa imposible de sacudir. Siento el nudo familiar entre las costillas. Y lo peor es que, en el fondo, sé que volvería a hacerlo si el dolor me pillara otra vez por sorpresa.

La escena en el comedor se repite una y otra vez en mi cabeza: el olor de la comida, las caras expectantes, el silencio que siguió a mis palabras. Fue como si de repente todos los años que he intentado mantener bajo control volvieran de golpe. Y lo peor es que no fue culpa de ellas. Megan y Grace solo querían hacer algo bonito. Lo sé. Pero el recuerdo no siempre es un gesto amable. A veces, es un golpe directo en el estómago.

Hannah adoraba ese menú. Era su forma de llenar la casa de calor. De convertir una cena en una celebración. Y ahora, cada vez que huelo ese asado, no pienso en alegría, sino en lo que falta. En lo que no volverá.

Cierro los ojos y respiro despacio. El fuego crepita, pero no calienta. Me siento en el despacho, con la copa de vino que no pienso beber. La nieve cae detrás del ventanal, perfecta, indiferente. Todo en orden. Todo en calma. Excepto yo.

Megan entra sin llamar.

—Debería aprender a cerrar con llave —dice, con ese tono entre afectuoso y desafiante.

—Estoy bien —respondo, sin mirarla.

—No, no lo está. —Camina hasta dejar una carpeta sobre la mesa—. Y no pienso fingir. Se pasó de la raya, Noah.

Alzo la vista.

—No era mi intención.

—Pero lo hizo —replica, sin suavizar la voz—. Y lo sabe. Grace solo quería hacer felices a los niños. Ninguna de las dos quiso faltarle el respeto a Hannah. Y mucho menos yo, sabe que la apreciaba mucho.

—No necesitaba recordármelo —respondo, más seco de lo que pretendía.

—Pues parece que sí —dice Megan, cruzándose de brazos—. Porque si Hannah pudiera verlo, le daría un buen sermón. Ella odiaba cuando usted se encerraba en este despacho. Y lo está haciendo otra vez.

—No es tan sencillo, Megan.

—Nunca lo es —responde ella—. Pero eso no le da derecho a convertir su dolor en un arma.

Silencio. Sé que tiene razón. Odio que tenga razón.

—Tal vez —digo al fin—, todavía no sé cómo manejar lo que quedó de ella.

Megan se acerca un poco más, apoyando las manos sobre la mesa.

—Lo que quedó de ella no está en un asado, ni en un menú. Está en usted. En cómo ríen sus sobrinos al recordarla. En cómo Grace los hace reír con sus buenas intenciones. Y en cómo la sigue queriendo, aunque no esté con nosotros.

Se da media vuelta para salir, pero se detiene en la puerta.

—Y si me permite el consejo, deje de confundir el duelo con la culpa. No son lo mismo. Usted no mató a Hannah, fue una maldita enfermedad e hizo todo lo posible por salvarla. Y ya que estamos, deje de hacer caso a la gente, a las expectativas que tienen los demás de usted. Usted y yo sabemos a qué me refiero.

Cuando se va, me quedo solo con sus palabras. Sé que tiene razón: no la maté, pero siempre pienso que no hice lo suficiente. Que debería haber insistido más, llevado a Hannah a más médicos, buscado tratamientos alternativos, algo, cualquier cosa. Ese pensamiento me persigue cada vez que respiro el aire tranquilo de esta casa en Navidad, su época favorita del año.

Miro hacia el pasillo. Escucho los pasos de Grace, más suaves que de costumbre. Sé que está intentando mantenerse ocupada, que probablemente se siente mal por algo que no merece cargar.

Debería disculparme. Pero no sé cómo.

Cojo el corazón de madera que compré en el mercado y lo dejo sobre la mesa. El símbolo me parece ridículo ahora, pero también... necesario. Tal vez sea hora de admitir que no soy el único que está intentando reconstruir algo.

Miro hacia el fuego. Esta vez, me obligo a quedarme hasta que las brasas empiecen a morir. Porque quizá eso es lo que necesito:

aprender a mirar el pasado sin arder en el intento.

A veces el perdón no llega en palabras, sino en la forma en que decidimos seguir intentando encender la luz.

20

El silencio después del fuego

Grace

No dormí mucho. El ambiente de la casa es distinto esta mañana, más plúmbeo. Megan intenta mantener la rutina con los niños, pero incluso Emma, que siempre canta mientras se viste, guarda silencio. Es como si la alegría hubiera decidido tomarse el día libre.

Llevo un rato sentada en la cocina, con una taza de té especiado que ya se ha enfriado. No sé si ir a hablar con él o fingir que nada pasó. Pero cada vez que repaso la escena de anoche, me arde el estómago.

No quise hacer daño. De verdad. Solo pensé que sería bonito recordar a alguien a quien todos parecían querer. No sabía que la memoria, para algunos, duele más que el olvido.

—¿Te vas a quedar mirando el té hasta que florezca? —pregunta Megan, entrando con un montón de ropa doblada.

—Si florece, al menos será un milagro navideño —respondo.

Ella se apoya en la encimera.

—Noah está en su despacho desde el amanecer. No ha desayunado. Y antes de que preguntes, no, no ha hablado con nadie.

Asiento.

—Tiene derecho a estar enfadado.

—Tiene derecho a sentir —corrige Megan—. Pero también a pedir perdón cuando se equivoca. Y anoche lo hizo.

Suspiro.

—Yo también. Fui ingenua.

—No, fuiste tú misma. Y eso no tiene nada de ingenuo. Él lleva años metido en una coraza de culpa. No sabe qué hacer con alguien que no lo trata como un fantasma.

Guardo silencio. Megan tiene razón, como casi siempre. Conoce a Noah mejor que nadie; ha estado a su lado para todo, como empleada, confidente y única persona que se atreve a decirle las cosas sin rodeos. A veces me pregunto si esa mujer tiene realmente una vida fuera de la empresa y de la casa Withmore, o si ambos se han quedado atrapados en la misma rutina que los une y los mantiene a flote.

Los niños entran corriendo, rompiendo la tensión. Jack lleva una bufanda de cuadros mal enrollada y Emma intenta sujetarle el gorro.

—Grace, ¿hoy también nieva? —pregunta él.

—Sí, cariño. Parece que el cielo no se cansa de hacer magia —respondo, obligándome a sonreír.

Emma me observa con la sabiduría de quien ve más de lo que dice.

—¿El tío Noah está triste por la tía Hannah?

Trago saliva.

—Sí. Pero también está aprendiendo a no estarlo tanto.

—¿Y tú? —pregunta Jack, con su curiosidad infinita.

—Yo… creo que también estoy aprendiendo —respondo—. A no sentirme culpable por intentar hacer las cosas bien.

Ellos asienten como si eso tuviera todo el sentido del mundo. .

Más tarde, mientras los niños juegan en el salón, paso frente al despacho. La puerta está entreabierta. Noah está de pie, mirando por la ventana, con el corazón de madera en la mano. No me ve.

No siento el impulso de entrar. Ni de justificarme. Solo me quedo ahí, observándolo, sabiendo que ambos estamos intentando recomponer algo que no se repara con palabras.

Doy media vuelta y vuelvo al salón. Los niños me esperan con un tablero de parchís y una sonrisa. Megan deja el móvil, pero antes de unirse me detiene con un gesto.

—Grace, no te martirices —dice en voz baja—. Todos metemos la pata, y él lo sabe. No tardará en darse cuenta.

—Ojalá tengas razón —respondo, bajando la mirada.

—La tengo. Y, por si acaso, voy a dejarte ganar al parchís para subirte el ánimo.

—Ah, ¿sí? —pregunto, divertida.

—Bueno, quizá no tanto —añade con una sonrisa traviesa.

Reímos las dos, ese tipo de risa que limpia un poco el aire. Luego se acerca al sofá, se sienta frente a mí y toma las fichas.

—Vamos —dice con un guiño—, que te toca sacar seis.

Y por primera vez en todo el día, me siento un poco más ligera.

Tal vez no todo esté perdido.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: a veces, el silencio duele menos cuando se llena con risas pequeñas y segundas oportunidades.

21

Un día de luces y perdones

Noah

La nieve ha cubierto todo el jardín. Desde la ventana de mi despacho, el paisaje parece una postal: pinos cargados de blanco, el tejado brillante y el sonido lejano de villancicos que llegan desde el pueblo. Es curioso cómo el mundo puede parecer tan en paz cuando por dentro estás hecho una mierda.

Los niños están fuera, haciendo muñecos de nieve con Grace. Escucho sus risas a través del cristal. Jack le lanza una bola que falla por poco, Emma se ríe hasta doblarse y Grace contraataca con una puntería que debería asustar. Por primera vez en mucho tiempo, siento que el frío no me alcanza del todo.

No debería estar observándolos. O al menos no tanto. Pero algo en esa escena me detiene. Tal vez la naturalidad con la que ella se mueve en esta casa, o la forma en que los niños la miran como si fuera el centro del universo. O tal vez sea la simple verdad que no quiero admitir: la necesito más de lo que pensé.

Respiro hondo y salgo.

El aire golpea con fuerza, helado, pero también limpio. Grace levanta la vista y se queda quieta. Los niños corren hacia mí.

—¡Tío Noah! —grita Jack—. ¡Venga, ayúdanos a hacer el muñeco más grande del mundo!

—Eso es físicamente imposible —respondo—, pero acepto el reto.

—Eso dice siempre que pierde —se burla Emma, riendo.

—Oye, pequeña escéptica, aún no has visto de lo que soy capaz —replico, fingiendo indignación.

Grace se cruza de brazos, divertida.

—Oh, por favor, señor Withmore, muéstrenos sus habilidades con la nieve. Prometo no reírme... demasiado.

—Demasiado, ¿eh? —digo, intentando mantener la compostura mientras los niños ya se pelean por quién pondrá la nariz.

—Sí —añade ella, arqueando una ceja—. Es que no todos los días veo a un ejecutivo de traje construyendo un muñeco con tanto compromiso artístico.

—Esto es ciencia aplicada —respondo, ajustando una bola de nieve—. Ingeniería invernal.

—Claro —replica Grace—, con especialización en derrumbes.

Grace sonríe, y el nudo en mi pecho se afloja un poco. Me acerco al grupo y ayudo a formar la base. La nieve es más dura de lo que parece, y Jack insiste en dar órdenes como si fuera un arquitecto con años de experiencia. Emma coloca las bolas de nieve con precisión mientras Grace se ríe, dándome indicaciones que finjo no necesitar. Terminamos los cuatro empapados, con las manos heladas, pero hay algo absurdamente gratificante en aquella pelea de bolitas, en los guantes llenos de escarcha y las mejillas rojas por el frío.

Emma le pone una bufanda al muñeco, Jack insiste en usar zanahorias para la nariz *por estética*, y Grace corona la creación con

un sombrero ridículo que, por alguna razón, la hace estallar en carcajadas. Todo huele a infancia, a vida, a algo que creí perdido. Y mientras los observo moverse, hablar y reír, me doy cuenta de que hacía demasiado tiempo que no me sentía tan bien… y que, paradójicamente, eso me hace sentir como un idiota integral. Porque no debería ser ella —una niñera que llegó por accidente— quien me devolviera el color a un invierno que creí eterno.

Cuando los niños corren a buscar más adornos, me quedo a su lado. Ella limpia la nieve de sus guantes y evita mirarme.

—Sobre lo de anoche... —empiezo.

—No hace falta —interrumpe—. Entiendo que no fuera el mejor momento.

—No, Grace. No entiende. —Mi voz sale más baja de lo que esperaba—. No debería haber reaccionado así. No fue justo.

Finalmente levanta la mirada. Sus ojos, pardos, aunque ahora se ven tan claros por el reflejo de la nieve y el brillo del cielo nevado, me atraviesan sin reproche.

—Todos tenemos heridas que duelen distinto —responde—. Y algunas, cuando se tocan, sangran, aunque haya pasado el tiempo.

Asiento.

—Ella adoraba la Navidad. Pensé que, si fingía que no existía, dolería menos. Pero anoche recordé que el dolor no desaparece ignorándolo. Solo se congela.

—Y cuando se descongela, puede ser bonito. Aunque pinche un poco.

El viento levanta un puñado de nieve, y por un segundo, el mundo parece más bonito. Los niños regresan corriendo con ramas y gorros. Jack coloca una rama torcida en el muñeco.

—Mira, tío Noah, ¡ahora parece que baila!

—Perfecto —respondo—. Un muñeco feliz. Justo lo que necesitábamos.

Grace ríe.

—Lo que necesitamos todos, diría yo.

Me quedo mirándola un segundo más de lo prudente. Hay algo en su risa, en la forma en que el viento le mueve el pelo, que me hace pensar que quizá la Navidad no es solo un recordatorio de lo que perdí, sino una oportunidad para descubrir lo que aún puedo ganar.

Más tarde, al caer la tarde, los niños encienden las luces del jardín. Las guirnaldas titilan como estrellas sobre la nieve. Grace me alcanza una taza de algo caliente.

—Trato de tregua —dice.

La acepto.

—Aceptado.

Es la primera vez desde hace mucho tiempo, que me siento solo en diciembre. Es como si los inviernos pasados se hubiera derretido un poco entre risas y chocolate caliente, y por un instante, creo que tal vez la soledad no era un castigo... sino una pausa antes de volver a sentir.

A veces, la nieve no enfría. Solo cubre lo que el corazón aún no se atreve a decir.

22

Después del deshielo

Noah

El día siguiente amanece tan luminoso que parece que alguien hubiera pasado un filtro de esperanza por toda Aspen. Desde la ventana del pasillo, veo cómo los niños han salido al jardín temprano para comprobar si su muñeco de nieve sigue en pie. Lo está, aunque un poco torcido. Como todos nosotros, supongo.

En la cocina, Megan tararea un villancico mientras corta pan y el olor a mantequilla derretida llena el aire.

—Hoy parece un buen día —dice cuando entro.

—Podría acostumbrarme a eso —respondo.

Megan me lanza una mirada cómplice mientras coloca las tazas.

—Me alegra verlo de buen humor —dice—. Últimamente parecía que tenía al Grinch metido en el alma.

—Supongo que es el aire limpio —respondo, restándole importancia.

—Claro, el aire... o alguien en concreto —replica con media sonrisa.

—Es por todo —digo, fingiendo indiferencia.

Ella suelta una risa baja y niega con la cabeza.

—Vale, si quiere decirlo así. Pero lo conozco demasiado bien, señor Withmore. A mí no me engaña.

Grace aparece con el pelo suelto, un jersey verde y esa sonrisa que parece iluminar cualquier habitación, como si encendiera algo en los demás con solo entrar. Los niños entran detrás de ella, rojos por el frío y felices.

—El muñeco sigue vivo —anuncia Jack.

—Eso es porque lo construiste con cimientos sólidos —contesta desde la puerta, apoyada en el marco.

Grace me mira y, por un segundo, nos quedamos suspendidos en el aire, como si todo el ruido de la casa se apagara de golpe. Luego, como si nada hubiera pasado, entra y se sirve café.

Megan aprovecha para sacar una bandeja del horno: galletas con formas de copos, renos y corazones. Emma las decora con glaseado mientras Jack se come más de las que arregla.

—Si seguimos a este ritmo, no quedará ninguna para Santa —dice Grace.

—Prometo dejarle una miga —responde Jack, con la boca llena.

—¿Una miga? —se ríe Megan—. Hemos horneado galletas como para alimentar a todo Aspen.

—Solo a Jack —responde Grace, divertida—. Después de las fiestas va a necesitar una clínica de rehabilitación diabética infantil.

Luego la veo dejar la taza, da un suspiro corto y, atraída por el resplandor que entra por los cristales, se acerca al ventanal y se

queda mirando la nieve que vuelve a caer. Me acerco en silencio, quedándome a su lado.

—¿Cuánto tiempo lleva sin nevar así? —pregunta.

—Desde hace años —respondo, observando los copos—. Hannah solía decir que cuando caía tanta nieve, significaba que el año traería algo nuevo.

Grace sonríe.

—Entonces supongo que tendremos trabajo.

La miro, solo un entendimiento tranquilo, de esos que no hacen ruido, pero lo cambian todo.

Los niños irrumpen colocándose la ropa de abrigo.

—¡Queremos salir otra vez!

—Dejadme al menos terminar el café.

—Yo los acompaño —digo, encogiéndome de hombros.

—¿Usted? —pregunta, divertida.

—Tregua extendida —respondo con una media sonrisa.

Cuando salgo con los niños, ella se queda observándonos desde la puerta. Y siento algo tibio, algo que no tiene nada que ver con el calor de la casa ni con el chocolate caliente. Es el momento en que lo acepto, aunque sea en silencio: siento algo por ella. O tal vez sea solo el deseo de conocerla más, de descubrir qué hay detrás de esa sonrisa que conquista sin esfuerzo, algo que me arrastra sin permiso, como si con solo mirarla pudiera hacerme olvidar el dolor del mundo.

Cuando el hielo se derrite, no corras a recoger el agua. Deja que moje un poco el suelo. Es la prueba de que algo vuelve a florecer.

23

Una tormenta y una confesión a medias

Noah

El viento golpea las ventanas con fuerza y la nieve cae en ráfagas tan densas que apenas se ve el jardín. Llevamos todo el día atrapados en la casa.

Los niños han montado un fuerte de cojines en medio del salón, con mantas, linternas y una bandera improvisada hecha con un calcetín de renos y Megan intenta que el wifi funcione, sin éxito. Grace prepara chocolate caliente, aunque jura que es su última ronda del día. Yo finjo leer en el sofá, pero en realidad la observo.

Desde que llegué a Aspen, la casa nunca había respirado así. Afuera, la tormenta ruge como un animal sin dueño, pero adentro todo se vuelve íntimo: el crepitar del fuego, el vapor del chocolate que se mezcla con el olor a las velas aromáticas. Grace se mueve por el salón con la naturalidad de quien pertenece a todos los lugares que toca. No intenta conquistar el espacio: simplemente existe, y su sola presencia lo transforma todo.

Cuando los niños se van a dormir, el ruido de la tormenta parece aún más fuerte. Megan se despide con un bostezo y me deja solo en el salón. Grace se queda recogiendo las tazas y platos. Me acerco para ayudarla.

—No hace falta —dice, sin mirarme.

—No quiero quedarme de brazos cruzados —respondo, tomando una taza de sus manos.

Durante unos segundos, el único sonido es el viento. Luego, sin saber por qué, lo suelto.

—Anoche soñé con Hannah.

Grace se detiene. No me mira, pero sus manos se tensan.

—¿Y cómo fue? —pregunta al fin.

—Extrañamente tranquilo. Estábamos en la cocina. Me reñía por algo, como solía hacer. Pero al final sonreía. Y luego se iba. —Respiro hondo—. Siempre se va.

Grace se apoya en la encimera.

—Tal vez no se va. Tal vez solo deja espacio para lo que viene.

—No sé si puedo aceptar eso.

—Porque si lo hace, tendría que perdonarse.

—¿Y usted cree que eso es posible, después de todo lo que pasó?

—No lo sé —responde ella con un suspiro—. Pero creo que a veces el perdón no llega de golpe. Llega despacio, como cuando uno empieza a dejar de doler sin entender por qué, sin planearlo, sin quererlo del todo.

—No soy bueno esperando.

—Nadie lo es.

Dejo escapar una risa baja, sin alegría, y me paso una mano por el cuello.

—Usted habla como si me conociera.

—Tal vez lo hago —contesta, con una media sonrisa—. Al menos, un poco más de lo que usted cree.

No hablo. Me limito a mirar el fuego de la chimenea. El reflejo anaranjado baila en sus ojos, y durante un segundo me pregunto si eso es lo que significa volver a sentir algo: miedo y alivio al mismo tiempo.

—Grace —digo, apenas en un susurro—. A veces pienso que, si hubiera hecho más, si hubiera llevado a Hannah a otros médicos, buscado tratamientos, insistido…

—No fue culpa suya —me interrumpe con firmeza—. Usted no la perdió por rendirse, la perdió por amarla. Y eso no se repara, pero se sobrevive.

Sus palabras me atraviesan. No sé si quiero oír más o si necesito hacerlo.

La miro. Hay algo en su rostro que me resulta insoportablemente humano. No es compasión, sino presencia. Y antes de darme cuenta, ya estoy demasiado cerca.

—Grace… —susurro.

Ella respira hondo.

—Noah.

No sé quién se mueve primero. Tal vez ambos. Pero el fuego parece acercarse.

Nuestros labios casi se rozan, cuando un golpe de viento abre una ventana y el frío entra como una bofetada. Nos separamos, sobresaltados.

Grace corre a cerrarla y yo doy un paso atrás, recuperando el aire.

Ella se gira, con las mejillas encendidas.

—Voy a… revisar que los niños estén bien —suelta, saliendo casi a toda prisa.

La tormenta sigue afuera. Dentro, solo queda el eco de lo que casi ocurre. Me quedo unos segundos mirando la puerta por donde ha salido, con las manos aún temblando.

Intento convencerme de que no ha pasado nada, de que el aire gélido lo ha paralizado a tiempo. Respiro hondo, cierro los ojos y me obligo a quedarme conmigo mismo, porque si abro la boca, voy a tener que admitir que empiezo a pensar demasiado en ella, y eso nunca acaba bien.

Grace no tarda en regresar con los niños medio dormidos detrás.

—No podían dormir —explica, con una sonrisa cansada.

Emma se frota los ojos y bosteza.—La tormenta hace ruido —murmura.

—No pasa nada, cariño —responde Grace, agachándose para taparla con una manta—. Aquí dentro estamos a salvo.

Jack, más despierto, levanta la cabeza.—¿Y tú, tío Noah? ¿Tienes miedo?

—¿Yo? —respondo fingiendo seriedad—. Claro que no.

—Mentira —dice Emma entre risas—. Te asustas cuando el viento silba.

—Eso fue una vez —replico.

—Ajá, y desde entonces revisas las ventanas tres veces.

Grace suelta una carcajada, ligera, y durante un segundo me doy cuenta de que todo parece más fácil cuando ellos están aquí.

—Vamos, pequeños —dice ella—. A la cama otra vez. Ya habéis visto que vuestro tío está perfectamente bien, no hay monstruos ni tormentas que puedan con él.

—Solo si tú vienes —responde Jack, abrazándola.

Ella lo alza sin esfuerzo con ternura natural, y mientras los acompaña por el pasillo, Grace me lanza una mirada que no necesita palabras: *no estás tan perdido como crees.*

Cuando el corazón empieza a tener iniciativa propia, lo mejor es fingir que no has notado nada… al menos por ahora.

24

El silencio después del fuego

Grace

Después de estar con los niños hasta que se han dormido, el sonido de la tormenta me acompaña hasta la habitación. No es solo el viento lo que hace temblar los cristales, también mi cabeza. Cierro la puerta despacio y apoyo la espalda contra ella, intentando recuperar el aliento. Siento todavía el calor de su mirada en la piel.

No sé qué acaba de pasar. Bueno, sí lo sé, pero prefiero fingir que no. Estuvimos a un segundo de cruzar una línea, una que ninguno de los dos debería haber siquiera imaginado.

Mentirosa, me reprocho en silencio, porque yo la he imaginado más veces de las que me gustaría. Y no solo una o dos… las suficientes como para que Warner me ofrezca una serie basada en mi cabeza.

La nieve cae sin descanso, como si el cielo se empeñara en enterrar cualquier prueba de lo que ha ocurrido. Me gustaría que fuera así de fácil. Borrar. Reiniciar. Empezar otra vez sin sentir que algo dentro de mí se ha movido demasiado... o al menos fingirlo con la misma convicción con la que finjo que sé lo que hago en esta casa.

Pienso en Noah —el señor Withmore, me corrijo mentalmente—. En su voz cuando habló de Hannah, en la culpa que se asoma detrás de cada palabra, en esa vulnerabilidad que no encaja con su imagen

de hombre seguro. Y en cómo, por un instante, todo lo que dolía en él pareció buscar alivio justo donde no debía: en mí.

Me dejo caer sobre la cama, con el corazón golpeando como si siguiera allí, frente al fuego. Cierro los ojos, pero mi cabeza me devuelve el momento en que ha estado punto de besarme. O en el que estuve a punto de dejar que lo hiciera.

Megan asoma por la puerta unos minutos después.

—¿Todo bien?

—Sí, claro —miento.

—No pareces muy convencida.

—La tormenta me tiene un poco alterada.

Ella arquea una ceja.

—Ajá. La tormenta. —Cruza los brazos—. ¿Y el fuego de la chimenea también?

Me quedo sin respuesta. Megan sonríe, como si ya lo supiera todo.

—No te preocupes —dice—. A veces las cosas que más asustan son las que más sentido tienen.

—No estoy asustada.

—No, claro. Solo huyes como si te entrara urticaria cada vez que alguien se te acerca con sentimientos.

—¿Los has visto? —pregunto, con la voz más baja de lo que pretendía.

—He visto cómo la ventana se abría en el momento menos oportuno —responde con una sonrisa traviesa—. Iba a la cocina a por agua y casi me atraganto al verlo.

—¿Crees que está bien? —pregunto, bajando la voz, dudando si quiero escuchar la respuesta.

—No soy nadie para juzgar lo que dicta el corazón de la gente —responde con dulzura—. Y el tuyo, Grace, hace rato que decidió dejar de fingir que no siente nada.

Rio, a pesar de mí misma.

—Buenas noches, Megan.

—Buenas noches, Grace —responde, saliendo con una sonrisa cómplice.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: hay fuegos que no se apagan con agua. Solo con valor.

25

La calma que no llega

Noah

El temporal amaina, pero dentro de la casa el ambiente se siente suspendido, como si todo esperara a que alguien dijera la palabra correcta para romper el hechizo. Me despierto temprano, aunque apenas he dormido. El reloj marca las siete, y el cielo todavía conserva ese tono gris que precede al amanecer.

Bajo a la cocina. Todo está en orden, salvo por una taza abandonada en la encimera. La de Grace. Aún hay un poco de café seco en el borde. Paso el dedo por la porcelana antes de darme cuenta de lo absurdo que es. Ayer estuvimos a punto de… no, no puedo terminar la frase.

No quiero.

La cafetera murmura mientras se calienta. El olor me devuelve al presente, pero no del todo. La imagen de su rostro, tan cerca del mío, sigue ahí, fija. El reflejo del fuego en sus ojos, la respiración contenida, el temblor apenas perceptible de sus labios.

No fue solo el impulso. Fue algo más profundo. Y eso lo hace peor.

Megan entra, con la carpeta de siempre bajo el brazo.

—Vaya noche —dice—. Creí que el techo saldría volando.

—Sí —respondo, sin mirarla.

—¿Durmió algo?

—Lo suficiente.

Megan arquea una ceja.

—Traducción: nada.

No contesto. Ella suspira y se sirve café.

—Grace va a salir con los niños en cuanto deje de nevar. Quiere que respiren aire fresco.

—¿Y tú qué opinas?

—Que es lo mejor que puede hacer. —Me mira con intención—. Para todos.

Asiento, sin decir nada más. Cuando se va, me quedo de pie, con la taza en la mano. El café se enfría rápido.

Podría subir, disculparme, fingir que nada pasó. Pero el problema es que algo sí pasó, aunque no llegara a completarse. Algo que me ha dejado descolocado.

Grace Sullivan se ha convertido en una grieta en mis muros, y no tengo idea de cómo sellarla. Subo a mi habitación con la vaga intención de ducharme y luego pasar un rato en el despacho.

En esta época del año el trabajo suele aflojar: me gusta dejar que el equipo descanse unos días antes de Navidad, revisar balances, planificar el año y, sobre todo, respirar. Pero hay un asunto

pendiente que no puedo posponer. Mientras el agua de la ducha golpea los azulejos, repaso mentalmente la lista de tareas, aunque la verdad es que mi mente no está en los números.

Está en ella.

Más tarde, los oigo reír en el jardín. Emma grita mi nombre, pero no salgo. Me asomo desde la ventana. Están haciendo un muñeco nuevo, más pequeño. Grace levanta la vista, me busca sin buscarme, y cuando nuestros ojos se cruzan, siento una punzada en el pecho. Ella sonríe, leve, antes de volver a agacharse junto a los niños.

No sé si es una pausa o un adiós disfrazado.

El viento vuelve a soplar, y la casa entera cruje como si respirara conmigo. Tal vez la tormenta no haya terminado. Tal vez solo haya cambiado de lugar.

Megan vuelve más tarde, justo cuando intento concentrarme en unos informes. No llama; nunca lo hace. Simplemente entra, se apoya en el marco de la puerta y me observa en silencio.

—Perdone mi indiscreción —empieza, y su tono me pone en guardia—, pero creo que ya se ha dado cuenta de lo mucho que le gusta Grace.

Dejo el bolígrafo sobre la mesa y la miro.

—¿Discreta, dice? No lo está siendo precisamente.

Megan sonríe, sin rastro de miedo.

—Llevo cuatro años, de los diez que trabajo para usted, viéndole fingir que no siente nada. Me gustaría pensar que después de todo este tiempo, me he ganado el derecho a decir lo evidente.

—No es tan sencillo —respondo, intentando sonar convincente incluso para mí mismo.

—Nunca lo es. Pero lo que sí es sencillo es ver que está listo para volver a sentir algo por alguien. No sé si se da cuenta, pero cuando ella entra, usted es distinto.

Sus palabras me golpean con la precisión de quien conoce todos mis gestos.

—Megan —digo, dejando escapar el aire, rindiéndome—, lleva una década soportándome. Siento haberle dicho que es indiscreta. Ha estado a mi lado en las buenas y en las malas. Si alguien tiene derecho a hablar claro, eres tú.

—Entonces hablemos claro —dice, cruzándose de brazos—. ¿Por qué seguimos hablándonos de usted?

La pregunta me descoloca. Parpadeo un par de veces.

—Supongo que por costumbre. Por formalidad.

—¿Por miedo a tener una empleada que se parezca demasiado a una amiga? —sugiere ella.

—Puede que antes sí. —Me sorprendo al admitirlo—. Antes estaba cegado por la autoridad y por esos formalismos absurdos que me servían para mantener distancia. Pero ahora... ahora tengo la mente más clara. Y empiezo a creer que suena impersonal con las personas que aprecio.

Megan asiente despacio, con una sonrisa apenas perceptible.

—Entonces me parece que ha llegado el momento de cambiar eso.

—¿A qué se refiere?

—A que ya es hora de que me tutees, Noah —dice por primera vez, sin vacilar.

La escucho, y algo en el modo en que pronuncia mi nombre me descoloca. Es simple, humano. Verdadero.

—De acuerdo —respondo, asintiendo—. Y creo que debería hacer lo mismo con Grace.

Ella sonríe, triunfante.

—Eso pensaba sugerirte. Ya sabes, por coherencia.

—No creo que ella lo vea de la misma manera.

—Yo creo que sí —replica—. Y deja de esconderte detrás de los modales. A veces un paso tan pequeño como una palabra puede mover montañas.

Se encamina hacia la puerta, pero antes de salir se vuelve.

—Y Noah... no dejes que el terror a vivir te haga perder otra oportunidad.

Cierra la puerta con suavidad. Me quedo mirando la carpeta sobre el escritorio, dándome cuenta de que tiene razón. Que lo que más miedo me da no es volver a perder, sino volver a sentir.

Aflojo un botón de mi camisa y me dejo caer en la silla.

Hay tormentas que dejan nieve, y otras que te dejan pensando en lo que podrías haber hecho si no hubieras tenido tanto miedo.

26

La tregua invisible

Noah

La mañana empieza con un sol tímido que se cuela entre las nubes, como si todo lo ocurrido hubiera sido más que un mal sueño. Los árboles siguen cubiertos de nieve y los niños corretean alrededor del jardín con sus trineos, gritando de pura felicidad. Es difícil creer que hace menos de veinticuatro horas todo parecía tan tenso dentro de esta casa.

Yo me quedo en el porche, con las manos metidas en los bolsillos y el gorro torcido que Jack insistió en que me pusiera. A veces me pregunto si el niño tiene un radar especial para detectar cuando me tomo las cosas demasiado en serio.

Grace sale con un termo en la mano y una bufanda enorme que casi le cubre la cara. Le he visto al menos una diferente cada día, como si fuera una coleccionista profesional de bufandas o tuviera un contrato secreto con una tienda de invierno. Me sonríe, y esa sonrisa, por simple que sea, logra hacerme cosquillas en la compostura.

—¿Paz entre tempestades? —dice.

—Parece que sí.

—Leche caliente con canela —dice, ofreciéndome el termo.

—No, gracias —respondo, levantando las manos—. Debería escribir un libro sobre eso —replico—. *Cómo sobrevivir a niños, tormentas y adultos emocionalmente incompetentes.*

Ella suelta una carcajada, sincera, de esas que parecen derretir la nieve alrededor. Y sin querer, me descubro riendo también. Hace tanto que no me río así que últimamente me cuesta reconocerme.

Nos quedamos mirando a los niños mientras intentan deslizarse por una pendiente que no da para tanto. Grace se encoge de hombros.

—Bueno, la intención es lo que cuenta.

—Eso mismo dije una vez —respondo—, y terminé con un brazo roto.

—¿Patinaje artístico? —pregunta, alzando una ceja.

—Intento de. —Me encojo de hombros—. Mi madre guardó la grabación durante años.

—Ahora entiendo su pánico el día en la pista de hielo —comenta Grace, divertida, mientras le da otro sorbo al termo.

—Trauma infantil —respondo con una media sonrisa—. Algunos coleccionan bufandas, yo colecciono caídas memorables.

Grace ríe otra vez. El sonido se mezcla con los chillidos felices de Emma y Jack. Por un momento, todo parece en equilibrio.

—Siento lo de la otra noche —le digo finalmente.

Ella se gira, sorprendida.

—No tiene que disculparse.

—Sí, tengo que hacerlo. No debería haber permitido que las cosas llegaran tan lejos.

—No llegó tan lejos —responde con calma, aunque noto cómo aprieta los dedos contra el termo.

—Pero pudo haberlo hecho —digo, bajando la voz.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego ella murmura:

—Tal vez las cosas que *podrían haber pasado* son las que más nos oprimen. —Suspira—. No quiero que se sienta incómodo, señor Withmore.

—Noah —la interrumpo.

—¿Perdón?

—Llámame Noah —repito, sin apartar la mirada.

Grace duda.

—De acuerdo… Noah.

Mi nombre en su voz suena distinto, como si tuviera otro significado. Más cercano. Más peligroso.

—Y tú puedes llamarme Grace —añade, sonriendo.

—Trato hecho.

Los niños siguen riendo haciendo de banda sonora feliz.

Grace se aclara la garganta.

—Megan dice que hay un baile en el pueblo esta noche.

—Lo sé —respondo.

—¿Y piensas ir?

—No suelo asistir a ese tipo de eventos. Solo voy a mis propias galas, y eso porque son en beneficio de la empresa.

—Tal vez deberías. —Da un sorbo al termo—. No todos los días hay oportunidad de empezar a hacerlo distinto.

La miro. El reflejo del sol en su bufanda, el color de sus mejillas encendidas por el frío, la manera en que no evita mis ojos. Y sé que tiene razón. Que este podría ser el primer paso hacia algo que no entiendo del todo, pero que empieza a parecer menos aterrador.

—Veré qué puedo hacer —le digo al fin.

—Eso suena casi a sí —responde, dándome un golpecito en el brazo.

Y cuando vuelve hacia los niños, la observo mientras ríe y se deja caer en la nieve con ellos.

Cuando alguien te ofrece un poco de paz, no te empeñes en devolverle la tormenta.

27

El baile bajo las luces

Grace

Desde que Megan anunció que iríamos al baile del pueblo, tengo la sospecha de que trama algo. Lo confirmé cuando, a media tarde, me dijo con una sonrisa sospechosamente angelical que los niños no podrían venir. Según ella, era un evento para adultos. Según Emma, una injusticia universal.

—¿Pero por qué solo los mayores? —protesta Jack, con los brazos cruzados.

—Porque alguien tiene que cuidar la fortaleza de cojines —responde Megan, sin despeinarse.

—Y tú necesitas descansar —añade, mirándome con una ceja arqueada.

—¿Descansar de qué? —pregunto, aunque ya sé por dónde va.

—De ser adorable, Grace. El exceso de encanto agota.

—Claro —replico, riendo—. Y supongo que tú estás aquí para garantizar mi reposo.

—Exacto. Considera esto una orden médica.

Los niños hacen pucheros y Noah, que hasta ahora se había mantenido en silencio, interviene:

—Megan tiene razón. Grace necesita tiempo para ella —comenta dirigiéndose a los niños.

—¿Y tú también estás de su lado? —pregunto, fingiendo indignación.

—Por primera vez, sí —responde con una media sonrisa.

—Entonces ven conmigo a ponerte guapa —interviene Megan, divertida—. Imagino que tendré que prestarte otro vestido.

—Me temo que sí —respondo riendo—. Cuando hice la maleta, no pensé que acabaría asistiendo a galas ni a bailes formales de Navidad.

Megan tira de mí con un alegre «vamos arriba», y me resulta imposible negarme. Su entusiasmo es tan contagioso que, antes de darme cuenta, ya estoy subiendo las escaleras tras ella.

***

Dos horas después, estoy frente al espejo de la habitación, ajustándome el vestido verde que Megan insistió en prestarme. Dice que es *navideño sin parecer una guirnalda humana*. Lo cierto es que es precioso. Sencillo, elegante, con un toque brillante que hace juego con la nieve.

Cuando bajo las escaleras, Noah está junto a la puerta. Lleva traje oscuro, abrigo largo y esa expresión entre nerviosa y controlada que, en su caso, equivale a un colapso mental.

—Estás… —empieza, pero se interrumpe.

—¿Sí? —lo animo.

—Navideña —dice al fin.

—¿Eso es un cumplido o una observación estacional?

—Un cumplido. Definitivo —responde, algo torpe, y eso lo hace todavía más encantador.

Megan aparece por detrás, sujetando el abrigo de Noah.

—Que lo paséis de rechupete —dice con una naturalidad que me huele a trampa.

—¿Paséis? —pregunto, frunciendo el ceño—. ¿Y tú? Creía que habíais avisado a la niñera de refuerzo.

—Me quedo con los niños, claro. No querría privarles de mi encantadora compañía.

Noah la mira y lo comprendo todo al instante.

—Me la has jugado, ¿verdad?

—Yo lo llamo *gestión avanzada del destino* —responde Megan, dándole una palmadita en el brazo.

—Tómalo como una cita de trabajo —añade Noah, dirigiéndose a mí con una sonrisa cómplice y una mirada que se detiene un segundo más de lo necesario, como si quisiera decir algo que no se atreve.

—Eso no suena tan alentador como crees —le respondo, arqueando una ceja.

—Ya está bien de hablar —interrumpe Megan, haciendo un gesto con la mano—. ¡Vamos, que se hace tarde! Y no volváis demasiado pronto. —Nos guiña un ojo con una sonrisa traviesa.

***

En el trayecto hacia el pueblo, el silencio se mezcla con la música que sale de la radio. Canciones navideñas clásicas, luces parpadeantes en cada esquina, y esa sensación absurda de estar dentro de una película que aún no sabe cómo termina. Hasta que Noah habla al fin.

—¿Estás bien?

—¿Te refieres a salir con mi jefe en una cita a ciegas? —bromeo, girándome hacia él.

—Exacto. Si te sientes incómoda, podemos volver a casa y olvidarnos de todo esto.

—Lo más raro —respondo con una sonrisa nerviosa— es que estoy… nerviosa. Como si fuera una cita de verdad.

—¿Y hace cuánto no tienes una cita de verdad? —pregunta, mirándome de reojo.

—Desde hace siglos —admito—. Bueno, desde antes de mudarme a Boston. Hace seis meses terminé una relación de tres años con alguien que, en teoría, iba a ser el definitivo. Éramos tan incompatibles que ni los algoritmos de citas habrían intentado emparejarnos.

—Eso suena… intenso. ¿Y por qué tardaste tanto en darte cuenta de que no encajabais?

—Oh, sí. Mucho. Pero al menos su gato tenía mejor personalidad que él. Y supongo que tardé tanto porque una parte de mí no quería admitir que aquello no funcionaba. Te convences de que puedes arreglarlo, de que el amor se construye con paciencia, hasta que un día te das cuenta de que llevas meses intentando reparar un barco que hace agua por todos lados.

El coche avanza entre los abetos iluminados, y la conversación fluye con la naturalidad de quien empieza a soltar parte del lastre.

Cuando por fin las luces del pueblo aparecen a lo lejos, mi nerviosismo se transforma en expectación. Noah aparca con cuidado, se gira hacia mí y dice, casi en un susurro:

—¿Lista para el baile, señorita Sullivan?

Asiento, intentando ignorar la sonrisa que se me escapa mientras abro la puerta.

El baile se celebra en el salón comunitario de Aspen, una estructura de madera adornada con guirnaldas y velas. Al entrar, el calor y el aroma a especias nos envuelven. La gente charla, ríe, brinda. El alcalde se acerca enseguida, estrechando la mano de Noah.

—¡Señor Withmore! Qué alegría verlo por aquí. Y bien acompañado, veo.

—El placer es mío —responde Noah, con ese tono pulcro que reserva para las situaciones incómodas.

—Esperamos verlo bailar esta vez —añade el alcalde.

—No prometo nada —responde él.

Yo me acerco un poco y susurro:

—Eso ha sonado a desafío.

—Solo si me estás retando tú —replica.

—Tal vez sí —respondo, y me río.

Tomamos ponche en una de las mesas laterales y me sorprendo sintiéndome extrañamente cómoda. Las risas, la música, las luces... por primera vez en mucho tiempo no me siento fuera de lugar. Es como si esta vez sí encajara, en esa fiesta y —maldita sea— con este hombre.

Noah me mira de reojo, con esa media sonrisa que no necesita esfuerzo para desarmarme, y yo disimulo dándole otro sorbo al ponche. El problema es que no me sabe a canela. Me sabe a él. A peligro. A algo que me gusta mucho, mucho, mucho.

Las luces bajan, suena un villancico lento, y antes de que pueda pensarlo demasiado, Noah me ofrece la mano.

—Por si quieres continuar con el desafío.

Su tacto es cálido, firme. Me dejo guiar hacia la pista, rodeada de parejas que se balancean al ritmo de la música. Al principio, me mantengo concentrada en no pisarlo. Luego, simplemente… dejo de pensar. Su mano en mi espalda, su respiración cerca de mi cuello, y ese olor masculino, a invierno, a él.

—Bailas bien —digo, para disimular el temblor en mi voz.

—Tenía buena maestra —responde.

—¿Hannah? —pregunto con cuidado.

Él asiente.

—Le encantaban los bailes. Supongo que esta es la primera vez que vuelvo a uno desde entonces.

Me muerdo el labio, sin saber qué decir. Pero él aprieta mi mano, y su mirada me pide que no lo llene de palabras.

La canción cambia por una más animada, y ambos reímos cuando un grupo de vecinos intenta arrastrarnos a un corro improvisado. Noah finge protestar, pero termina cediendo. Lo veo reír, de verdad, y siento que algo en mí se derrite rápido como un lago helado en primavera.

Cuando la música termina, salimos a tomar aire. Afuera, el pueblo brilla bajo las luces colgantes.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta.

—Sorprendentemente, sí. Y tú también, aunque no quieras admitirlo.

—Tal vez un poco —confiesa.

Nos quedamos frente al árbol enorme del centro de la plaza. El viento sopla suave, y la nieve cae lenta, casi coreografiada. Noah me mira, y de pronto el ruido del mundo se apaga.

—Grace —susurra.

—¿Sí?

—Gracias por recordarme cómo se siente esto.

—¿El qué?

—Estar vivo. Tener una cita de verdad.

—Empiezo a sospechar que esta cita la ha organizado Megan a traición, así que muy de verdad no creo que sea —murmuro, entre divertida y nerviosa.

—En realidad fui yo quien le pidió que me ayudara —confiesa Noah, con esa serenidad suya que a veces es más peligrosa que una sonrisa.

—Vaya, no te tenía por un tipo tímido —bromeo.

Él se encoge de hombros, acercándose un poco más.

—No lo soy. Solo soy selectivo. Y ahora mismo, estoy exactamente donde quiero estar. —Su voz se vuelve grave, cargada de esa confianza que derrite cualquier defensa—. ¿Y tú, Grace? ¿Dónde quieres estar tú ahora mismo?

No llego a responder. Él da un paso, y el espacio entre nosotros se llena de una tensión eléctrica, dulce y peligrosa. Su mano roza mi mejilla, los dedos tibios contra mi piel fría. Me mira un segundo más, como pidiendo permiso, y entonces el beso sucede. Lento, profundo, con ese tipo de cuidado que quema más que la prisa. Sus labios se mueven suaves al principio, luego más firmes, reclamando algo que ninguno sabía que necesitaba. Todo el aire se vuelve caliente, y por un instante el mundo desaparece, reducido al roce de su boca y el sabor de su respiración.

De pronto, sin pensar, susurro entre los labios:

—Señor Withmore…

Él se separa apenas, la respiración entrecortada, la voz ronca cuando murmura:

—Si vuelves a llamarme así, no respondo de mis actos.

No sé por qué lo hago. Tal vez porque quiero verlo perder el control.

—Señor Withmore —repito, casi riendo.

Y entonces me besa otra vez, sin reservas, con más hambre, con más verdad. Sus manos me rodean la cintura, mi espalda choca suavemente contra la pared de piedra de la plaza, y el frío se disuelve en el calor de su cuerpo. El beso ya no es solo dulce; es una rendición silenciosa, un pacto que late entre respiraciones, un instante suspendido del que ninguno sabe —o quiere— escapar.

La urgencia nos envuelve, como si el aire mismo nos empujara a seguir, a buscar un lugar donde ese fuego no tuviera testigos. Noah apoya la frente contra la mía y, con la voz aún temblando, murmura:

—Podríamos irnos. Hay un hotel en el pueblo de al lado. Cinco minutos en coche.

—Eso es de locos —respondo, con el corazón desbocado.

—Bendita locura —replica, mirándome con una mezcla de deseo y ternura—.Y las ganas de sentirte entre mis brazos.

Sus palabras me cortan la respiración. Y aunque mi cuerpo grita que sí, mi cabeza todavía intenta mantener el equilibrio. No quiero ser una sustituta temporal, un parche en su historia. No quiero que mi contrato acabe con una indemnización al corazón. Pero mientras lo miro, mientras su pulgar dibuja círculos lentos sobre mi mejilla, comprendo que resistirme sería casi un acto contra la naturaleza.

Porque Noah Withmore no es solo un hombre difícil de entender. Es un hombre casi imposible de rechazar. Y lo compruebo en cuanto asiento sin palabras, dejándome guiar hasta el coche. No hay promesas, solo esa urgencia que late entre nosotros y convierte cada respiración en un sí tácito.

El trayecto es un cúmulo de nervios y deseo, el paisaje blanco pasando fugaz por la ventanilla. Ninguno habla; no hace falta. Cuando llegamos al pequeño hotel del pueblo vecino, Noah apenas apaga el motor antes de buscar mi mano. Y, por primera vez en mucho tiempo, no pienso. Simplemente dejo que mi deseo decida hacia dónde ir.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: nunca subestimes el poder de un baile, una trampa bien planeada y un beso bajo la nieve.

28

El hotel

Noah

No hay muchas cosas que logren callar el ruido de mi cabeza, pero esta noche, Grace lo ha conseguido. El camino al hotel pasa en un suspiro, y cuando entramos en la habitación y cierro la puerta dejando el espacio hermético, puedo escuchar cómo me late el corazón.

No hay titubeos, ni frases inteligentes que rompan el momento. Solo ella, de pie frente a mí, con las mejillas sonrojadas y la respiración acelerada. Me quito el abrigo, luego la chaqueta, y ella da un paso al frente. No sé quién se inclina primero, solo que cuando nuestros labios se encuentran de nuevo, el resto deja de importar. Su lengua busca la mía con la misma hambre que siento en cada parte de su cuerpo; el beso se vuelve húmedo, desordenado, lleno de saliva y de ese sonido que solo hacen dos personas cuando dejan de pensar y se dejan ir.

La deseo. Con una urgencia limpia, sin estrategias, sin máscaras. Hace dos años que no dejaba a nadie acercarse tanto. La última vez, el intento fue torpe, vacío. Esta vez, en cambio, todo encaja. Su piel, su voz, la manera en que tiembla cuando mis dedos rozan la línea de su cuello. No hay espacio para la duda, solo para el calor, para la pura verdad de que la quiero sentir, completa, sin barreras.

Grace me guía con una seguridad que no esperaba. El vestido se desliza como un suspiro, el mío es un cuerpo que responde demasiado rápido. El fuego que crece entre nosotros no es precipitado, es inevitable. Cuando finalmente la tengo entre mis

brazos, el tiempo se dobla, y el mundo se reduce al sonido entrecortado de nuestras respiraciones.

Sus gemidos ahogados, el roce de su piel contra la mía, el calor que crece con cada movimiento lento, preciso. Mi cuerpo entra en el suyo con una naturalidad que me deja sin aire; las embestidas comienzan lentas, buscando el ritmo, hasta volverse más profundas, más seguras. Su boca busca la mía y el beso se mezcla con el aire que nos falta. Entre jadeos, escucho su voz temblar contra mi oído, un susurro que me enciende más de lo que creí posible.

—No te detengas…

Le obedezco, sin pensar, solo sintiendo. Mis manos recorren su espalda, su cintura, memorizando la forma exacta de lo que llevo tanto tiempo imaginando. Entro y salgo despacio, luego más fuerte, y ella arquea el cuerpo, gimiendo mi nombre con una dulzura que me parte por dentro.

Cada respiración suya se vuelve mía, cada movimiento una confesión sin voz, algo que nos consume sin aviso. No hay espacio para nada más: ni para el pasado, ni para la conciencia. Solo su cuerpo, el mío, y ese ritmo que nos vuelve parte de una misma verdad.

El ritmo se acelera, el ambiente se nubla y siento cómo el mundo se desvanece hasta quedar reducido a ese instante compartido.

El calor se expande, los movimientos se vuelven más urgentes, las respiraciones se entrecortan. En un segundo que parece infinito, ambos nos rendimos a la misma ola de liberación, una mezcla de temblor, de luz y de silencio que nos deja suspendidos en la calma absoluta del después.

Cuando todo termina, quedamos tendidos, agotados, con la piel aún encendida y el aire cargado de algo que no sé si es paz o

vértigo. Ella sonríe, con los ojos entreabiertos, y me viene una punzada de culpa tan aguda como breve.

Cierro los ojos y, por dentro, murmuro una disculpa que nunca diré en voz alta.

Perdóname, Hannah.

Me incorporo despacio, buscándola con la mirada. Grace me observa, todavía envuelta en las sábanas.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí… solo pensaba que deberíamos volver —respondo, apartando un mechón de su frente.

—¿Volver ya? —dice, con una mezcla de sorpresa y desilusión—. ¿No podemos quedarnos un poco más?

—Si fuera por mí, sí —respondo con una sonrisa cansada—. Pero Megan y los niños… Es mejor regresar antes de que empiecen las preguntas.

Ella asiente, comprendiendo.

Nos vestimos despacio, como si el tiempo se hubiera vuelto frágil. Cuando salimos, la nieve ha cubierto los coches del aparcamiento. Grace se aferra a mi brazo mientras caminamos hasta el nuestro, y no necesito mirar para saber que, aunque esta noche se apague, la llevo ya en algún lugar del pecho del que no saldrá fácilmente.

Si decides romper las reglas, al menos asegúrate de que valga la pena.

29

La mañana después del baile

Grace

Despierto con la sensación de que el aire pesa distinto. La casa está silenciosa, como si hasta los relojes se hubieran detenido por respeto al desbarajuste emocional que cargo encima. Me incorporo despacio, con la mente todavía enredada entre imágenes del baile, el brillo de las luces, su perfume y... su boca.

Su boca...

Y lo que pasó en el hotel. Fue rápido, tan intenso que casi me dolió respirar. Apenas tuvimos tiempo para pensar, solo para sentir. Y aunque todo se desbordó en minutos, en mi cabeza sigue repitiéndose cada detalle: su voz baja, el calor de sus manos, la forma en que me miraba como si no existiera nada más. Me habría quedado allí, envuelta en esas sábanas, un poco más. Tal vez toda la noche.

Podría decir que fue el vino caliente o la atmósfera navideña, pero no. Fue él. Noah Withmore, con su voz grave, sus manos firmes y esa forma de mirarme que me emociona más rápido que cualquier canción lenta. Anoche, bajo las luces del árbol del pueblo, el tiempo se detuvo. Y ahora, todo parece demasiado real como para atribuirlo a un sueño.

Bajo a la cocina intentando parecer funcional. Megan ya está allí, con su café y esa mirada de detective experimentada que da miedo y consuelo al mismo tiempo.

—Buenos días, princesa de los bailes —dice sin levantar la vista del periódico.

—Buenos días, hada madrina maquiavélica.

—Oh, ¿así que reconoces mi obra maestra? —levanta la ceja—. ¿Qué tal anoche?

—Perfectamente normal —respondo, abriendo un armario sin motivo alguno.

—Normal —repite, saboreando la palabra—. ¿Eso incluye besos o los consideramos fenómenos paranormales?

—Megan.

—Grace.

Nos miramos. Ella sonríe. Yo suspiro.

—Vale, sí. Hubo... algo.

—Algo, dice. Casi parece que hables de un cruce de miradas y no de una escena de película bajo las luces del pueblo.

—¿Cómo lo sabes?

—Aspen tiene más ojos que una cámara de seguridad, cariño. Y, además, tienes cara de haber visto todas las estrellas del cielo al mismo tiempo.

Me dejo caer en la silla y escondo la cara entre las manos.

—Fue un beso. Solo eso. No sé ni qué pensar —miento.

Megan se apoya en la encimera, sonriendo de medio lado.

—Piensa que después de años encerrado en su propio hielo, el señor Withmore por fin ha decidido derretirse un poco.

—No lo llames así.

—¿Withmore?

—Señor Withmore.

—¿Por qué? —pregunta divertida.

Mi respuesta sale más bajita de lo que me gustaría.

—Porque cuando lo escucha, me besa como si quisiera borrar el mundo.

Megan deja el café a un lado, teatralmente impresionada.

—Querida, eso no es un problema. Eso es material de película. De las buenas, además.

—No es gracioso —respondo, aunque mi sonrisa me traiciona.

—Lo sé. Pero admítelo, Grace. Te gusta. Y no solo como jefe de temporada.

Antes de que pueda replicar, Noah aparece en la puerta. Sin chaqueta, con el cabello ligeramente desordenado y esa mirada de quien ha pasado la noche entera dándole vueltas a algo. Lleva un jersey de lana gris que, por alguna injusticia divina, le queda indecentemente bien.

—Buenos días —dice, mirando fugazmente a Megan.

—Buenos son, sí. Yo me retiro antes de que la tensión romántica arruine mi café. —Coge su taza y sale casi a paso de desfile,

dejándonos el aire cargado de algo que no sé si es electricidad o promesa.

Nos quedamos solos. Noah camina hasta la cafetera y prepara una taza en silencio. No me atrevo a decir nada. Solo lo observo. Sus movimientos, su manera de frotarse la nuca, el ligero rubor que aparece cuando por fin habla.

—Sobre anoche... —empieza.

—No tienes por qué disculparte. Fue un acto consensuado entre dos adultos libres, que sabían lo que estaban haciendo y lo quisieron así —digo rápido, intentando evitar el tema.

—No pienso hacerlo. —Su respuesta me deja helada.

Alza la vista, y hay una sonrisa apenas visible en sus labios.

—No pienso hacerlo porque no fue un error, Grace.

Mi nombre en su voz suena como un secreto que no debería haberse dicho en voz alta.

—Noah… —susurro, con la garganta seca.

—No sé qué significa esto —continúa—, pero sé que no quiero fingir que no pasó.

—Yo tampoco. Pero…

—Pero da miedo —completa él, acercándose despacio.

Asiento.

—Sí. Mucho.

Se queda tan cerca que puedo ver la sombra de la barba en su mandíbula, sentir el calor que emana de su cuerpo. Huele a café, a madera, a invierno. Y cuando su mano roza la mía sobre la encimera, el mundo vuelve a encogerse hasta quedarse en este instante.

—Grace —dice, bajando la voz—, si me miras así, voy a tener que volver a hacerlo.

—¿El qué?

—Esto.

Su pulgar roza mis dedos, apenas un toque, y mi respiración se detiene.

Entonces los pasos diminutos de Emma y Jack rompen el momento.

—¡Grace! ¡Tío Noah! —grita Emma—. ¡Ha nevado otra vez!

Nos separamos con torpeza. Él sonríe. Yo también, intentando recuperar la compostura.

—Supongo que el universo nos dará una segunda oportunidad —susurro.

—Entonces no la desperdiciemos —responde él, antes de salir al encuentro de los niños.

Lo observo desde la ventana mientras juega con ellos en el jardín. La nieve cubre su abrigo, su sonrisa, su intento de esconder que algo dentro de él ha cambiado.

Y yo lo sé. Porque algo dentro de mí también.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: cuando el pasado se desmorona, no corras a recogerlo. Deja que el presente te cale un poco, incluso si tiembla.

30

Un paseo entre luces

Noah

No duermo bien. No porque algo esté mal, sino porque algo, por primera vez en mucho tiempo, empieza a estar bien, y no sé cómo manejarlo. El amanecer se filtra por las cortinas y todo parece más nítido: el aire, los sonidos, incluso la risa de los niños bajando las escaleras.

Grace. Su nombre ocupa cada rincón de mis pensamientos. No sé en qué momento pasó de ser una empleada temporal a convertirse en la única persona que logra que mi casa suene como un hogar.

Desciendo al comedor y los encuentro desayunando. Emma le cuenta a su hermano que ha visto un ciervo en el jardín (otra vez), Jack sostiene la taza con ambas manos y Megan les recuerda que no deben dar de comer a ningún animal sin supervisión. Grace, por su parte, está de pie junto a la mesa, riendo, con el cabello suelto y un jersey color crema que le queda tan bien o más que cualquier vestido de gala.

—Buenos días —digo.

Grace levanta la vista.

—Buenos días, Noah.

Megan finge toser en su taza de café. Los niños se miran, confusos, pero nadie comenta nada. Por dentro, sonrío.

—¿Dormiste bien? —pregunto, intentando que suene casual.

—Más o menos —responde—. Fue un buen descanso después de tanto trajín, nada más. Creo que me malacostumbré.

—Puedo hacer una nota mental para el próximo baile —bromeo, mientras sirvo café.

—¿Próximo baile? —arquea una ceja, divertida.

—Bueno, nunca se sabe —replico, y el brillo en sus ojos me deja claro que entiende el doble sentido.

Megan se aclara la garganta, interrumpiendo el momento.

—Si vais a flirtear, al menos hacedlo después de que los niños terminen el desayuno —dice con una sonrisa socarrona.

Grace se sonroja. Yo finjo concentrarme en el periódico, pero el disimulo no me sale muy bien.

—¿Qué es flirtear? —pregunta Jack, frunciendo el ceño.

Grace suelta una risa nerviosa y se inclina hacia él.

—Es cuando dos personas hablan y se sonríen mucho... pero todavía no saben si quieren pelearse o besarse —responde con tono divertido.

Emma interviene con curiosidad.

—Entonces, ¿vosotros queréis besaros?

Grace se atraganta con su café y Megan estalla en carcajadas.

—¡Y hasta aquí la clase de vocabulario por hoy! —exclama, salvando la situación mientras yo finjo leer con más concentración de la que tengo.

Pasamos la mañana entre tareas simples. Grace lee cuentos con los niños y yo finjo revisar unos documentos mientras los observo desde la puerta. Es una escena que debería parecer rutinaria, pero tiene algo de milagroso. La risa de Jack, la paciencia de Grace, la tranquilidad que creía imposible.

Megan asoma la cabeza por la puerta del salón.

—El pueblo organizará una procesión de luces al atardecer —anuncia, con esa energía suya que no admite réplica.

—¿Una procesión? —pregunta Grace, interesada.

—Sí, con farolillos, música y chocolate caliente —responde Megan, guiñándome un ojo—. Todos deberíamos ir.

Jack salta de la silla.

—¡Yo quiero ir! ¡Y Emma también!

—¡Sí! —añade Emma—. ¡Podemos llevar bengalas!

Megan me mira esperando mi respuesta.

—Está bien —digo, fingiendo una rendición exagerada.

Cuando el sol empieza a ponerse, las calles de Aspen se iluminan. Farolillos de papel cuelgan de las ramas, las tiendas decoran sus escaparates y la gente camina con alegría. Grace se detiene cada dos pasos para admirar algo: un puesto de dulces, una pareja bailando en plena calle, un perro disfrazado de reno.

—¿Siempre es así de bonito? —pregunta.

—No —respondo—. Este año es distinto.

—¿Por qué?

—Porque estás tú.

Ella se ríe, y el sonido me atraviesa con una mezcla de ternura y vértigo.

Nos separamos un momento para que Emma y Jack compren bengalas. Megan los acompaña y, por alguna razón sospechosa, tarda más de lo necesario. Grace y yo nos quedamos solos frente al lago congelado. Las luces del pueblo se reflejan en el hielo como si alguien hubiera derramado un puñado de estrellas.

—¿Recuerdas lo que dijiste ayer? —pregunta ella.

—Depende. Dije muchas cosas con poca sensatez.

—Que no querías fingir que no había pasado nada.

—Lo mantengo.

—Y ahora que lo sabemos... ¿qué hacemos? —susurra.

—Podríamos dejar que la discreción decida —respondo—. O podríamos hacer algo mucho más imprudente.

—¿Como qué?

—Como esto. —Le tiendo la mano y la acerco hacia mí.

Ella sonríe, los ojos brillándole bajo las luces.

—Eres incorregible.

—Y tú no ayudas —respondo, inclinándome hacia ella.

No lo pienso demasiado. La tengo frente a mí, sonriendo, y algo dentro me empuja antes de que pueda detenerme. La beso. Es un beso suave, distinto al de la noche anterior. No hay prisa ni urgencia, solo esa certeza muda de que, pase lo que pase, esto ya no puede deshacerse.

—Grace —susurro, cuando nos separamos—, si me quedo callado, es porque no quiero arruinarlo.

—Y si hablo, es porque me da miedo que no sea real —responde.

—Entonces quedémonos así. —Le acaricio el rostro—. En mitad del silencio, mientras sigue siéndolo.

Ella asiente y apoya la frente en mi pecho.

Las campanas del pueblo anuncian las ocho y nos obligamos a separarnos. Emma y Jack corren hacia nosotros, iluminados por las bengalas. Megan, desde atrás, nos lanza una mirada de orgullo cargada de picardía.

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunta ella con fingida inocencia.

—Demasiado bien —responde Grace, con una sonrisa traviesa.

—Entonces misión cumplida —dice Megan—. Y ahora, vamos a la procesión de luces antes de que se apaguen las farolas y nos la perdamos.

Las calles están repletas de vecinos envueltos en abrigos y gorros de lana. Las luces titilan sobre nuestras cabezas, reflejándose en la

nieve recién caída. Un grupo de músicos toca villancicos en la esquina mientras los niños corren con bengalas en las manos.

Emma y Jack se adelantan, intentando atrapar los copos que caen del cielo, y Grace ríe al verlos. Me detengo un instante solo para observarla: el brillo de las luces baila sobre su rostro, y por un segundo todo el ruido del pueblo se apaga. Me doy cuenta de que nunca había visto algo tan hermoso.

Megan nos alcanza con dos vasos de cartón.

—Ponche sin alcohol, no os preocupéis —dice con una sonrisa cómplice.

Grace le da las gracias y da un sorbo. Yo hago lo mismo, aunque no aparto la vista de ella.

—¿No es precioso? —susurra.

—Sí —respondo, sin estar seguro de si me refiero a la procesión o a ella.

Las luces avanzan hacia el lago, donde todos lanzan sus farolillos sobre el lago congelado, donde las luces se deslizan por la superficie helada como si quisieran abrir grietas de color en el hielo. El reflejo de los farolillos parece un cielo atrapado bajo nuestros pies. Grace entrelaza su brazo con el mío, y durante unos segundos, el mundo parece exactamente como debería ser.

De regreso a casa, camina a mi lado, con el gorro ladeado y la bufanda enredada en el cuello. Ninguno de los dos habla, pero el silencio tiene algo reconfortante.

Cuando llegamos al porche, ella se vuelve hacia mí.

—Ha sido un día perfecto —dice.

—Sí —respondo—. Inesperadamente perfecto.

Los niños entran corriendo, Megan detrás de ellos, y nosotros nos quedamos un momento bajo el marco de la puerta.

—Gracias por... todo —murmura ella.

—No me des las gracias. Yo debería dártelas a ti —respondo.

La nieve empieza a caer de nuevo, lenta, como si el cielo quisiera darnos un aplauso discreto. Grace levanta la mirada y deja que unos copos se fundan en sus pestañas. Yo respiro hondo, intentando guardar en la memoria exactamente cómo se ve en ese instante: feliz, luminosa, viva.

Ella se ríe de nuevo, y solo entonces entramos, llevando con nosotros el último eco del coro del pueblo y la promesa silenciosa de una Navidad diferente.

Cuando la vida se ilumina, no la cuestiones. Solo camina despacio y deja que te guíe.

31

Frío en la chimenea

Grace

Han pasado solo dos días desde el paseo de luces, pero parece que el calendario ha decidido avanzar un año entero sin avisarme. La casa, que hace nada rebosaba risas y ahora parece un museo de silencio con calefacción central. Sigo sin entender qué narices ha pasado por la mente de Noah para volver a poner esa barrera entre nosotros. ¿Remordimientos? ¿Pánico? ¿Una repentina amnesia? Si hubiera un manual sobre cómo desarmar a un hombre hermético, ahora mismo estaría subrayándolo con rotulador fluorescente.

Noah Withmore ha vuelto a su versión más… ejecutiva. Esa que da los buenos días sin levantar la vista del periódico y habla conmigo como si acabara de contratarme ayer. De nuevo me llama *señorita Sullivan* y no Grace. Y el café, que antes tomábamos juntos, ahora se enfría en tazas separadas.

Esta mañana he bajado a desayunar y lo he encontrado en el comedor, impecable, con su camisa blanca perfectamente planchada y ese aire de hombre que podría negociar la paz mundial sin despeinarse. Ha levantado la vista, ha asentido, y ha vuelto a leer. Ni una palabra sobre nosotros, ni una mención al paseo, ni un mísero comentario del tipo: *bonita procesión la del otro día*. Nada. Silencio, puro y duro.

Intento no dramatizar, pero la situación tiene ese tono de comedia romántica en la que la protagonista no sabe si el chico la ignora por miedo o porque, en realidad, no la soporta.

Los niños, por supuesto, han notado la tensión. Emma me mira con esa expresión de detective junior y Jack me pregunta a cada rato si me pasa algo. Yo sonrío y finjo normalidad. Si el silencio fuera deporte olímpico, Noah ganaría oro, y yo al menos me llevaría una medalla de plata por aguantarlo con dignidad.

Después del desayuno, Megan aparece con su móvil en una mano y una taza en la otra. Siempre parece saber cuándo estoy a punto de rendirme. Se apoya en el marco de la puerta, observándome mientras recojo los platos.

—¿Problemas en el paraíso? —pregunta con ese tono suyo sarcástico y de sabiduría maternal.

—No hay ningún paraíso. Solo un jefe que habla en monosílabos y ha pasado del amor al odio.

—Tal vez solo necesita procesar lo que siente —responde, dándole un sorbo a su té—. Algunos hombres son como el vino: necesitan aire antes de servirlos.

—El problema es que algunos, cuando se airean, se avinagran.

Megan ríe, y el sonido me reconforta.

—Ten paciencia, Grace. A veces los silencios dicen más de lo que crees.

Asiento, aunque no estoy segura de qué quieren decir exactamente los silencios de Noah Withmore. Sea culpa, miedo o simple arrepentimiento, preferiría saberlo. Lo incierto duele más que la verdad.

Por la tarde, jugamos con los niños en el salón. Emma y Jack se pelean por quién pone la estrella en el árbol (otra vez), y Megan improvisa de árbitro. Yo intento concentrarme en el caos adorable

que son esos dos, pero no puedo evitar notar que Noah pasa por detrás del sofá sin detenerse. Ni siquiera una sonrisa, ni un guiño cómplice. Nada. Solo ese andar elegante, recto, que ahora me resulta insoportablemente lejano.

Cuando sube las escaleras, Emma me susurra:

—¿Tío Noah está enfadado contigo?

—No, cielo. Los adultos solo... pensamos demasiado.

Jack interviene con la lógica implacable de sus cinco años:

—Entonces dile que deje de pensar.

Si fuera tan fácil, pequeño.

Al caer la tarde, Megan y yo recogemos los juguetes dispersos por el suelo. El fuego crepita en la chimenea, pero siento frío igual. Megan me observa en silencio antes de hablar.

—Grace… —dice con voz suave—. No dejes que te quite la ilusión. A veces, cuando alguien se cierra, no es porque no sienta, sino porque teme sentir demasiado.

Me quedo callada. No porque no tenga respuesta, sino porque temo que la mía suene a excusa.

Esa noche, mientras los niños duermen y la casa recupera su calma de catedral, me siento frente a la chimenea. Las llamas chispean, pero el calor no llega del todo. Es un fuego hermoso, sí, pero parece estar ardiendo solo por costumbre.

Y yo también.

Intento convencerme de que no pasa nada. Que todo volverá a ser como antes. Que Noah solo necesita su tiempo. Pero la verdad es que lo sé. Algo se ha enfriado y lo ha devuelto a su pena habitual.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: Cuando el jefe se vuelve frío, no busques culpables. Busca una manta, y sigue creyendo en los fuegos que aún no se apagan.

32

El rumor

Noah

No sé en qué momento empecé a temerle al teléfono. Quizá desde aquella llamada en la que me dijeron que Hannah no despertaría. O quizá siempre tuve miedo de las noticias que cambian la vida en menos de un minuto. Ayer, el teléfono volvió a sonar, y ese viejo temor me apretó el pecho como si no hubiera pasado el tiempo.

—¿Verónica?

—Noah. Qué sorpresa que contestes tan rápido —respondió con su tono impoluto, casi meloso. Siempre suena como si viviera en una película de Audrey Hepburn, solo que sin encanto.

—Estaba trabajando. ¿Qué ocurre?

—Nada grave, espero. Solo quería saludarte. Felicitarte las fiesta. Y… preguntarte si todo va bien por Aspen.

Silencio. Ya sabía a dónde iba eso. Cuando alguien de mi familia política empieza con amabilidad, lo que viene después nunca es amable.

—Todo bien. Mis sobrinos están felices. Grace… —me detuve antes de seguir. Error.

—Ah, *Grace*. Así que tiene nombre —dijo con una risa breve—. Vi unas fotos del desfile en las redes del pueblo. Muy pintorescas. Tú,

los niños… y esa chica tan encantadora. Ya sabes que aún tengo una casa en Aspen, aunque hace un par de años que no voy por allí. Aun así, las redes lo cuentan todo y, créeme, me mantienen bien informada.

Tragué saliva. La voz se me atascó, seca. Aspen es pequeño, pero las redes hacen el mundo más estrecho de lo que uno quisiera.

—No veo el problema, Verónica. Fue una actividad navideña, sin más.

—Claro, claro. Pero ya sabes cómo es la gente. Algunos podrían pensar que te has recuperado bastante rápido. Hannah sigue muy presente aquí, Noah. Y ya sabes que no lo digo solo como su hermana gemela. —Su voz bajó una octava, calculadamente—. No querrás dar la impresión equivocada, ¿verdad? —añadió con ese tono envenenado que solo ella dominaba—. Ya sabes cómo murmura la gente en cuanto ve una foto fuera de contexto. ¿O acaso no has pensado que alguien podría haberos fotografiado justo cuando la besabas? —Su pregunta se clava como una aguja helada, cargada de esa malicia que ni siquiera necesita pruebas para hacer daño.

La impresión equivocada. Esas palabras me partieron en dos.

—No veo por qué sigues tan pendiente de lo que ocurre en Aspen si hace años que no pones un pie aquí —respondí, intentando mantener la calma.

—Porque me importa lo que pase con mi familia —replicó Verónica, con esa frialdad que siempre usa como perfume—. Aunque veo que a ti ya no tanto.

—Eso no es justo.

—Tampoco lo es fingir que Hannah nunca existió.

—No la olvido —dije, conteniendo la rabia—. Pero eso no significa que no pueda seguir adelante.

—Vaya, parece que ya lo estás haciendo —dejó caer ella, venenosa.

El silencio se extendió al otro lado de la línea. Pude imaginar su sonrisa satisfecha antes de que colgara.

Cuando colgué, me quedé mirando el fuego de la chimenea. No lo enciendo por costumbre; lo enciendo para no olvidar cómo se siente el calor. Pero en ese momento hasta las llamas parecían acusarme.

Grace. Su risa, su manera de llenar la casa con luz. Y, con una sola llamada, todo se tambaleó.

No sé si es el miedo o la culpa. Solo sé que ambas cosas siempre me ganan la partida.

Por la tarde, Megan entra en el despacho sin llamar. Nunca lo hace cuando sabe que estoy en modo autodestrucción.

—¿Quieres hablar del asunto que te tiene más tenso que un cable de alta tensión? —pregunta, cruzándose de brazos.

—No hay asunto.

—Ah, ya. Y yo soy la reina de Noruega. —Se acerca, se apoya en mi escritorio—. Escucha, Noah, si te han dicho algo, recuerda que el mundo siempre habla. No puedes pasar la vida castigándote por seguir respirando.

—No es tan simple.

—Siempre lo haces complicado. —Su tono baja, más suave—. Hannah no está aquí para verte pudrirte en soledad. Ni para impedirte querer a otra persona.

Me quedo en silencio. No sé si por vergüenza o porque no encuentro palabras.

—Grace no merece que la apartes como si fuera culpable de algo —añade Megan, tajante.

—No quiero hacerle daño.

—Entonces no lo hagas. Pero recuerda que el silencio también hiere.

Me quedo mirándola unos segundos, pero ya sé que tiene razón. La llamada de Verónica me ha devuelto a la realidad con la sutileza de un golpe en el pecho. No puedo dejar de pensar en sus palabras, en la forma en que me ha hecho sentir como si estuviera traicionando a dos mujeres a la vez: a la que ya no está y a la que acaba de llegar a mi vida.

Me pesa la culpa, esa mezcla amarga de amor viejo y amor nuevo, como si no tuviera derecho a ninguno. Y por primera vez, temo que tenga razón: quizá estoy sustituyendo a Hannah demasiado rápido. Quizá lo que Grace ve en mí no es más que el reflejo de lo que fui antes de perderlo todo.

—Y deja de mirar como si el mundo se hubiera acabado —añade Megan desde la puerta, antes de irse—. No lo ha hecho, Noah. Simplemente cambió el decorado. —Se cruza de brazos, me lanza una mirada cómplice—. A veces lo que viene después de perderlo todo es lo que de verdad cuenta.

—O lo que más pavor da —respondo.

Ella sonríe apenas.

—Entonces, deja de complicarlo tanto —dice con un suspiro, dirigiéndose hacia la puerta—. A veces no se trata de sobrevivir, Noah, sino de atreverse a seguir viviendo. Y si Grace ha conseguido que sonrías, aunque sea un segundo, no la alejes porque es justo lo que necesitas. —Se gira hacia mí una última vez—. No conviertas la culpa en tu única compañía.

Cuando se va, el despacho se llena de ese vacío familiar. El fuego sigue encendido, pero el calor ya no me alcanza. Abro el portátil, escribo unas líneas sin sentido y cierro de golpe.

Afuera empieza a nevar. La casa parece más grande.

Miro por la ventana, hacia la colina donde se veían las luces del pueblo la noche del desfile. Y pienso en ella, en cómo me miró bajo las farolas, como si aún quedara algo bueno en mí.

Y justo por eso, debo mantenerme lejos. No estoy seguro de ser el hombre que ella merece, ni de poder ofrecerle algo que no termine por romperla también.

Si el miedo a perder lo bueno te hace destruirlo, quizá no es el destino el que te castiga. Eres tú.

33

Entre luces apagadas

Grace

La casa ha cambiado de sonido.

Noah se ha vuelto un desconocido. No un extraño completo, sino esa clase de persona que reconoces por el olor de su perfume, pero no por su voz. Ha vuelto a hablar con frases medidas, a desaparecer en su despacho cada vez que entro en una habitación.

Y yo, que no soy buena leyendo señales, esta vez ni siquiera necesito manual. Algo ha pasado, algo que se me escapa, que no alcanzo a entender por más que repaso cada conversación y cada gesto. Lo noto en la forma en que evita mirarme y en la manera en que Megan me observa con esa mezcla de pena y ganas de zarandearme para que reaccione.

—¿Estás segura de que no has hecho nada? —me pregunta ella esa mañana mientras doblamos ropa de los niños.

—Si consideras como delito haber quemado las palomitas en el microondas para hacer guirnaldas, tal vez.

—No lo digo en broma, Grace.

—Lo sé. Pero si me lo tomo en serio, voy a llorar, y no quiero desperdiciar el rímel caro que me traje de Boston.

Megan suspira, deja la ropa sobre la cama y me mira.

—Creo que Verónica lo ha llamado para removerle cosas —responde con un suspiro—. Le pasa siempre que habla con esa harpía.

—¿Verónica? ¿Es la última ex o algo así? —pregunto, intentando sonar casual, pero con mucha curiosidad.

Megan niega con la cabeza, con una media sonrisa que no llega a los ojos.

—No, cielo. Él no ha salido con nadie desde la muerte de su mujer. Verónica es la hermana gemela de Hannah, y por alguna razón que nadie entiende, parece empeñada en que Noah sea un viudo triste eternamente. Básicamente, has sido víctima del *bullying* fraternal más persistente del hemisferio norte. Como si la felicidad de él fuera una traición a la memoria de su hermana.

—¿Y él le sigue el juego? —pregunto, incrédula.

—A veces —responde Megan—. Noah tiene el talento de cargar con culpas que no le pertenecen.

—Eso explica su manera de desaparecer en cuanto vuelve a acercarse un poco —comento.

—Exacto. —Megan me lanza una mirada de esas que atraviesan —. Cuando Verónica llama, lo remueve todo. Le hace sentir que avanzar es olvidar, y él no quiere ser el hombre que olvida.

—Pero tampoco puede vivir como si la vida se hubiera terminado.

—Intenta decírselo tú —responde con un suspiro—. Quizá te escuche más que a mí.

—¿Y eso cómo se hace?

—Con paciencia. Y chocolate caliente. —Se encoge de hombros —. Mucho chocolate con tu toque especial.

Intento seguir su consejo, recordándome que no debería ilusionarme tanto, que un par de bailes y una mirada,unos besos y una noche de sexo, no bastan para cambiar el guion de nadie. Pero por más que repita esa frase en mi cabeza, me cuesta aceptar que Noah se haya distanciado tan rápido; que lo que hace unos días era chispa ahora parezca solo humo, pero ni el cacao más espeso consigue endulzar el nudo que tengo en el estómago. Los niños lo notan enseguida. Emma me observa con esa inteligencia suya de ocho años, y Jack me abraza sin decir nada, como si su pequeña intuición infantil entendiera más de lo que debería.

Por la tarde, preparamos adornos con cartulina. Emma dibuja un sol en lugar de una estrella, y Jack crea algo que, según él, es un trineo, pero parece un monstruo de nieve atropellado. Reímos, pero hay un eco en la risa, un hueco que antes no existía.

—Esta Navidad está siendo un rollo por culpa del tío Noah — comenta Emma, bajando la voz.

—Bueno, para eso estoy yo, para eso me contrató, para haceros la Navidad más divertida.

—¿Por qué él ya no se divierte? —responde ella, cruzándose de brazos.

—Los adultos somos más complicados que los niños. Pero estoy segura que se le pasará y volverá a jugar con vosotros.

La sinceridad de los niños es un arma de destrucción masiva. Sonrío, pero me duele.

Más tarde, bajo al salón. Noah está revisando papeles con expresión tensa. Lleva la misma camisa blanca que esta mañana.

Por un segundo, tengo el impulso de acercarme y decirle que lo echo de menos. Pero no lo hago.

—¿Quieres que te prepare alguna infusión antes de dormir? —pregunto, usando el tono profesional que tanto detesto.

Él levanta la vista, pero esta vez sostengo su mirada.

—Gracias, señorita Sullivan. Eso estaría bien —responde con esa frialdad que ahora usa como escudo.

—¿Vas a seguir actuando como si fuera una completa desconocida? —pregunto, dando un paso hacia él.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? ¿Jugaste conmigo? —le espeto, con más fuerza de la que pretendía—. Porque si fue un error, dímelo, puedo afrontarlo. Tengo la piel más dura de lo que crees.

Noah cierra los ojos un segundo, como buscando aire.

—No fue un error. Lo mantengo. Pero no estoy preparado para tener nada con nadie. No ahora —dice, y su voz suena como una puerta que se cierra despacio, pero sin vuelta atrás.

—¿Y eso lo dices tú o te lo han dicho que digas? —pregunto, intentando contener el temblor en la voz.

—Grace, no entiendo a qué te refieres —responde, incómodo, evitando mi mirada.

—Claro que lo entiendes. Solo que no tienes el valor de admitirlo. —Doy un paso hacia él—. Te asustaste, Noah. No de mí, sino de sentir algo que no podías controlar. Y ahora, como buen cobarde, lo vistes de excusa.

Su mandíbula se tensa, pero no me interrumpe.

—No te atrevas a llamarme cobarde.

—¿Y cómo debería llamarte? ¿Hombre que aún vive entre fantasmas? ¿Hombre que siente a medias? —digo con voz baja, pero firme.

Él respira hondo, exhalando culpa.

—Grace, no sabes lo que dices.

—Sí lo sé. Y tú también. Pero tranquilo, no te preocupes, no volveré a molestarte. —Lo miro una última vez—. No necesito explicaciones de alguien que no sabe si quiere vivir o esconderse.

Él da un paso hacia mí, pero ya es tarde. El daño está hecho, y mi corazón no entiende de pausas ni de prudencia.

No necesito que me salve de algo que él mismo ha roto. Subo a mi habitación y cierro la puerta con un golpe seco. Me dejo caer en la cama, y cuando por fin dejo de contenerme, las lágrimas salen sin permiso. Lloro hasta que el cansancio me vence y me quedo dormida con la almohada empapada.

Horas después me despierta una pesadilla. Estoy sudando, con el corazón acelerado. Necesito agua.

Bajo descalza a la cocina; la casa está en silencio, solo se escucha el viento golpeando las ventanas. Enciendo la luz tenue sobre la encimera y busco un vaso. Es entonces cuando lo veo: una hoja suelta sobre la mesa, doblada por la mitad, con su letra inconfundible. No debería leerla, pero lo hago. No hay más que números, cifras y una frase al margen: *No permitir otra pérdida.*

Vuelvo a mi habitación con la sensación de que esa frase no habla de negocios.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad:
Cuando las luces se apagan, no te culpes. Tal vez solo es el alma del otro aprendiendo a encenderse otra vez.

34

La víspera imperfecta

Noah

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que Nochebuena en Aspen se parecería más a un funeral con decoración de renos, habría comprado un billete de tren de ida a Boston. En lugar de eso, aquí estoy, con el delantal lleno de harina, intentando que los niños no quemen el puré de patata y que Noah no siga actuando como un androide con traje.

El ambiente navideño es un espejismo. La mesa está preciosa, los niños han colocado servilletas rojas dobladas como árboles de Navidad, y Megan ha hecho lo posible por llenar la casa de espíritu festivo. Pero hay una tensión que se corta con cuchillo. Y no el de mantequilla.

—¿Puedo poner el gorro de Papá Noel al pavo? —pregunta Jack, con esa mezcla de inocencia y obsesión por poner gorros a todos los animales vivos o muertos.

—No, cielo —responde Emma—. Papá Noel no cocina pavos, los reparte.

—Entonces le pondré el gorro igual. Así sabrá que es especial.

Rio, aunque su pequeña lógica me aprieta el corazón. Los niños están haciendo un esfuerzo titánico por mantener viva la magia. Yo también. Pero Noah no se une a la partida.

Ha pasado el día trabajando en su despacho, saliendo solo para dar instrucciones a Megan. Ni una sonrisa, ni una mirada larga. Cuando finalmente aparece en el comedor, todos guardamos silencio. Su sola presencia parece bajar la temperatura dos grados.

—Feliz Nochebuena —digo, intentando sonar ligera.

—Igualmente, señorita Sullivan —responde él, con esa formalidad que se clava como un alfiler.

Megan le lanza una mirada asesina desde el otro extremo de la mesa, pero él ni se inmuta.

Durante la cena, Emma cuenta anécdotas del colegio y Jack intenta que su muslo de pavo baile al ritmo de los villancicos. Todo va medianamente bien hasta que la niña, con la naturalidad de quien lanza una bomba y se queda mirando el fuego, suelta:

—Tío Noah, ¿vas a casarte con Grace?

El silencio que sigue podría haber congelado el vino.

Yo dejo el tenedor sobre el plato, deseando desaparecer bajo la mesa. Megan se atraganta con el puré. Jack, emocionado, añade:

—¡Sí! Así estarías más contento todos los días.

Noah parpadea una vez, dos. Y entonces, con voz serena pero dura, responde:

—Emma, Jack, Grace trabaja para mí. No deberíais decir cosas así.

Su tono es tan tosco que podría resecar la nieve del tejado. Emma baja la mirada, Jack se encoge, y yo… sonrío. Porque es lo único que puedo hacer cuando el corazón se rompe en público.

—Tiene razón —digo despacio—. A veces la gente imagina cosas que no son.

Megan me mira horrorizada, como si acabara de clavarme un tenedor imaginario. Noah se aclara la garganta y cambia de tema. Yo ya no oigo nada.

El resto de la cena pasa en un zumbido. Las luces del árbol parpadean, los niños comen en silencio y Megan intenta salvar la velada con chistes torpes. Cuando por fin los acuesto, me quedo un rato en la habitación de Emma. Ella me abraza fuerte antes de dormir.

—No me gusta cuando el tío Noah está triste y menos antes de Navidad—susurra.

—A mí tampoco, cielo.

—Pero a ti te mira diferente. Seguro que se le pasa mañana cuando vea los regalos.

Ojalá tuviera su fe.

Cuando bajo al salón, Noah está de pie frente a la chimenea, con las manos en los bolsillos. Las sombras del fuego dibujan en su rostro algo que no sé si es culpa o vacío. Me mira apenas un segundo.

—Gracias por la cena, señorita Sullivan. Ha estado impecable.

—Gracias a usted, señor Withmore. —Mi voz suena tan formal que, hasta Megan, desde la cocina, levanta una ceja.

Me doy la vuelta y subo las escaleras con la sensación de haber firmado la rendición sin leer las condiciones.

En mi habitación, me siento en la cama, mirando por la ventana el resplandor del pueblo a lo lejos. Los fuegos artificiales de otras casas iluminan el cielo, pero aquí solo brilla la chimenea de un hombre que no sabe qué hacer con su propia vida.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad:
A veces la magia no se apaga sola. A veces alguien sopla demasiado fuerte.

35

Adiós, Aspen

Grace

El amanecer llega con un silencio distinto, más final que pacífico. La nieve se amontona en los ventanales como si quisiera impedirme salir, pero ya he tomado la decisión. Doblo mi ropa despacio, intentando no hacer ruido. Los niños siguen dormidos. Megan también. Es mejor así.

No hay billetes a Boston hasta dentro de unas horas, pero el simple hecho de saber que me iré basta para que respire con algo más de calma. Me miro en el espejo y me veo como una versión navideña de mí misma: ojeras, pelo revuelto y un jersey que huele a decepción frustración.

Dejo una nota sobre la mesa de la cocina. Una para Megan, otra para los niños. En la de Megan le agradezco por todo y le pido que les diga a Emma y Jack que los quiero muchísimo. En la otra, dibujo un reno mal hecho con la frase: *Sed buenos. Y recordad que la magia existe incluso cuando no se ve.*

Releo las notas y sonrío. Luego, por impulso, escribo una tercera, más corta, para Noah:

Gracias por la oportunidad. Y por recordarme que los milagros no siempre se presentan envueltos en papel dorado.

La dejo junto a la cafetera, sabiendo que será lo primero que vea cuando despierte. No me atrevo a escribir más. No quiero

explicaciones ni disculpas. Solo cerrar bien la herida antes de que sangre más.

Cojo mi maleta y bajo las escaleras. El crujido de la madera suena como una despedida. Cuando llego al vestíbulo, me detengo un segundo. La casa está en penumbra, salvo por el parpadeo del árbol del salón. A su alrededor hay montones de regalos, demasiados, apilados con ese exceso propio de quien intenta compensar la soledad con papel brillante y lazos perfectos. Pienso en los míos, los que he dejado para los niños y para Megan, comprados una mañana en la que me escabullí al pueblo fingiendo que iba a por harina. Y también en el que llevo en la maleta, envuelto con torpeza, el que compré para Noah y que ahora no tiene sentido entregar. Bajo las luces, veo la taza que dejó anoche sobre la mesa. Y junto a ella, un par de galletas de jengibre que no llegó a probar.

Suspiro. Quisiera enfadarme con él, odiarlo por complicarlo todo. Pero no puedo. Lo que siento es mucho peor: entiendo su miedo. Y eso me rompe todavía más.

Megan aparece de repente en el pasillo, despeinada y con una bata de cuadros.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta, frotándose los ojos.

—A casa. —Intento sonreír, pero la voz me tiembla.

—Grace… —Megan se cruza de brazos—. No puedes irte así.

—Claro que puedo. Todo el mundo tiene derecho a una renuncia laboral, ¿recuerdas?

—Ya, pero tienes algo mejor: gente que te quiere aquí. —Su mirada se suaviza—. Noah no siempre sabe cómo demostrarlo, pero eso no significa que no lo sienta.

—No puedo seguir esperando a que lo averigüe.

Nos quedamos calladas un instante. Luego Megan asiente despacio.

—Está bien. Pero prométeme que, cuando vuelva a buscarte, no le cierres la puerta en la cara.

—¿Volver a buscarme?

—Oh, vendrá. Los hombres como él siempre se dan cuenta tarde, pero se dan cuenta. —Me guiña un ojo, con una sonrisa que no logra ocultar la tristeza.

Salgo al porche. La nieve cae despacio, como si el cielo también dudara de dejarme ir. Cierro la puerta con cuidado y echo a andar. Cada paso sobre el hielo cruje como un adiós.

Mientras me alejo, miro por última vez hacia la casa. Desde fuera, parece una postal perfecta: luces cálidas, humo saliendo de la chimenea, y detrás de todo eso, el eco de una historia que pudo ser.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad:
A veces marcharse no es rendirse, es dejar espacio para que el otro aprenda a quedarse.

36

El eco del adiós

Noah

El silencio me despierta antes de que el sol asome entre las montañas. No hay risas de niños, ni olor a cacao, ni pasos ligeros subiendo y bajando las escaleras. Solo el zumbido del viento y un hueco en la casa que se siente demasiado grande.

Bajo a la cocina con el mismo peso en el pecho que cuando murió Hannah. No es la misma clase de pérdida, pero el eco es idéntico. En la cafetera hay una nota. Reconozco la caligrafía de Grace al instante. La leo una vez. Dos. Y después la dejo sobre la encimera con cuidado, como si el papel pudiera romperse con el aire.

Gracias por la oportunidad. Y por recordarme que los milagros no siempre se presentan envueltos en papel dorado.

Siento cómo me arde la garganta. Me apoyo en la encimera y miro alrededor: los regalos aún sin abrir, la taza que dejé a medias, las galletas que nadie tocó. Y entonces lo noto: la casa sin ella no huele a nada.

Megan entra, despeinada, con cara de no haber dormido.

—Te lo dije, Noah —murmura—. Iba a irse.

—¿Sabías que planeaba marcharse?

—No exactamente. Pero lo intuí. No hay mujer que aguante tanto hielo sin resbalarse al final.

No respondo. Camino hacia el salón y me detengo frente al árbol. Busco algo con mi nombre entre los regalos, pero no hay nada. Solo el vacío que deja lo que no se dijo.

El perfume de ella sigue flotando en el aire, dulce, real. Megan me observa desde la puerta.

—Aún puedes alcanzarla —dice.

—No sé si quiere que lo haga.

—Pues averígualo. —Cruza los brazos—. Y hazlo antes de que el año cambie, o te arrepentirás todo el siguiente.

Respiro hondo, pero no me muevo. Porque sé que ya es tarde. Si salió al amanecer, estará ya de camino a Boston antes de que yo consiga llegar. Y la idea de ir tras ella solo para encontrarme con su ausencia me duele más que aceptar que la he cagado mucho.

Subo las escaleras, exhausto. En mi habitación, el reflejo del ventanal me devuelve la imagen de un hombre que lo ha perdido todo por no atreverse a hablar a tiempo. Me dejo caer en la cama sin deshacerme del abrigo. Afuera, la nieve sigue cayendo con esa calma cruel que no entiende de corazones rotos.

A veces el castigo no es perder lo que amas, sino darte cuenta de que fuiste tú quien la empujó a marcharse.

37

Boston, sin nieve

Grace

Llego a Boston el veintiseis por la tarde, después del viaje más largo de mi vida. No solo por la distancia, también por el corazón roto que parece pesar toneladas, como si cada kilómetro se midiera en recuerdos y no en millas. El tren se desliza por un paisaje que pasa de blanco a gris, y de gris a puro asfalto. Cuando por fin entra en la estación, la ciudad me recibe con ese viento cortante que huele a tráfico y prisa. No es Aspen, y desde luego, no es magia.

Cojo un taxi y observo los escaparates iluminados. Los adornos de Navidad siguen colgando, pero aquí nadie parece tener tiempo para mirarlos. Mi apartamento está tal como lo dejé: una combinación de desorden funcional y plantas que sobrevivieron por puro milagro botánico.

Dejo la maleta en el suelo y enciendo las luces. El silencio de la casa no tiene nada que ver con el de Aspen. Este no duele, solo pesa. Me quito el abrigo y suspiro, intentando convencerme de que he hecho lo correcto.

Al día siguiente, mi vecina Lily me intercepta en el rellano. Es la primera vez que hablamos más de dos frases.

—¿Tú eres la chica que siempre sale con una bufanda distinta? —me pregunta con una sonrisa—. Te he visto varias veces. Vivo justo al lado. Soy Lily.

—Grace. Encantada. —Fuerzo una sonrisa educada.

—¿Navidad en Boston? Qué plan tan deprimente. Si te sirve de consuelo, yo también he decidido pasarla sola. —Levanta una bolsa de supermercado—. Mi familia está en Chicago, pero yo prefiero no discutir con mi madre sobre mi vida amorosa, así que… pizza y vino. ¿Te apuntas?

Dudo. Durante un instante, pienso en Aspen, en los niños, en Megan… y en Noah. Pero la idea de pasar la noche sola me deprime más que cualquier pizza.

—¿Por qué no? —acepto.

Cenamos en pijama, con música de fondo y copas de vino barato. Lily resulta ser divertida, irreverente y bastante directa.

—Así que trabajabas de niñera para un tipo rico en Aspen —resume entre risas—. Déjame adivinar: traje caro, mirada intensa y trauma emocional a juego.

Río con un nudo en el pecho.

—Más o menos. Y un ego tan grande que podría tener su propio código de área.

—Clásico. —Lily alza la copa—. Brindo por los hombres disfuncionales que arruinan nuestras fiestas.

Brindamos. El vino sabe ácido, pero el momento es dulce. Me doy cuenta de que necesitaba reírme. De mí misma, del desastre, de todo.

—¿Y por qué lo dejaste? —pregunta Lily de repente, con ese tono que mezcla curiosidad y empatía.

—Porque me equivoqué. Creí que él era distinto —respondo, girando la copa entre las manos—. Su carácter cambió conmigo, ¿sabes? De repente no era solo el jefe frío y distante. Reía con los niños, conmigo… incluso llegué a pensar que yo le gustaba. —Suelto una risa amarga—. Qué ilusa.

Lily me observa sin decir nada, pero su mirada dice: *te entiendo más de lo que imaginas*.

—A veces pienso que solo fui su experimento sentimental —añado—. Como si necesitara comprobar si todavía podía sentir algo por alguien que no fuera su difunta esposa. Un conejillo de indias con contrato temporal.

—¿Y tú qué sentías por él? —pregunta Lily con suavidad.

—Que era el hombre más insoportable, contradictorio y fascinante que había conocido. Y que yo debía de tener una especie de filia rara con el masoquismo. —Río sin humor—. Pero supongo que, al final, solo fui una historia breve en su terapia no planificada.

—O la página que todavía no sabe que le falta —responde Lily, encogiéndose de hombros.

Más tarde, cuando Lily se marcha, recojo las copas y veo la maleta abierta. Entre la ropa asoma el regalo que compré para Noah. Lo saco despacio. Es un reloj de bolsillo antiguo, restaurado, con la inscripción grabada por dentro: *Para recordar que el tiempo también sabe empezar de nuevo.*

Lo sostengo en la mano, sintiendo el peso metálico contra la piel. Luego lo guardo otra vez, cerrando la maleta con un suspiro.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad:
A veces el regreso no es al lugar, sino a ti misma.

38

Cuando llega la familia

Noah

El 30 de diciembre despierto con un ruido que hacía días no escuchaba: risas. Emma y Jack chillan en la entrada, y por un momento pienso que Grace ha vuelto. Pero cuando bajo las escaleras, me encuentro con dos figuras familiares abriendo los brazos para recibir a los niños.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritan los pequeños, corriendo hacia ellos.

Lauren se agacha para abrazarlos y Paul los levanta en volandas, riendo. La escena me desarma. No recordaba cuánta luz traían consigo hasta ahora.

—Sorpresa —dice mi hermana, sonriendo con esa energía que siempre parece colarse incluso en mis días más grises—. Decidimos adelantar el viaje. No queríamos que los niños empezaran el año sin nosotros.

Intento sonreír, pero sé que no me sale bien. Lauren me observa un segundo más de lo necesario antes de soltar a Emma y venir hacia mí.

—Vaya cara, Noah —dice en voz baja—. Pensé que ya habías hecho las paces con la Navidad. Pero parece que este año te ha pegado más fuerte de lo habitual.

—Digamos que… las cosas no salieron como esperaba.

Ella arquea una ceja.

—¿Tiene nombre *las cosas*? —pregunta, y yo me dejo caer en el sofá.

—Grace. La niñera de los niños. —Suspiro—. Se fue hace unos días.

Lauren entrelaza las manos.

—Megan nos contó algo. Pero prefiero oírlo de ti.

Así que se lo cuento. Le hablo de cómo Grace llegó, de cómo cambió la rutina de esta casa, de cómo me hizo reír después de mucho tiempo… y de cómo una llamada de Verónica bastó para hacerme retroceder a mis viejos fantasmas.

Cuando termino, Lauren no dice nada. Solo me mira con esa mezcla de ternura y decepción que solo las hermanas mayores dominan.

—Noah, de todas las personas que conozco, eres el único capaz de sabotear su propia felicidad con tal de no incomodar a Verónica —dice al fin—. Y te lo digo con cariño, pero es hora de dejar de darle el poder sobre tu vida. Hannah no querría verte así.

—No es tan fácil. Ella es su hermana gemela, Lauren. Cada vez que habla, es como si escuchara a Hannah.

—No —interrumpe con suavidad—. Es como si escucharas lo que tu culpa quiere oír. Verónica juega con eso. Te manipula porque sabe que te duele. Pero tú ya no le debes esa penitencia.

Apoyo los codos en las rodillas y paso una mano por el pelo.

—Le hice daño, Lauren. A Grace. La traté como si fuera un error del que debía alejarme.

—Y sin embargo, aquí estás, lamentándolo. ¿No crees que eso ya dice bastante?

No respondo. Los niños entran corriendo al salón con un dibujo en las manos. Emma lo levanta para mostrarlo: son todos juntos, yo, ellos, y una figura rubia sonriente en medio.

—¿Quién es? —pregunta Paul, mi cuñado, divertido.

—¡Grace! —responden los dos a coro.

—Queremos que vuelva —añade Emma con los ojos brillantes—. Jack dice que hace el mejor chocolate caliente del mundo.

—Y Emma dice que es la mejor haciendo sonreír al tío Noah —interviene el niño, cruzando los brazos con aire solemne.

Lauren me mira.

—Ya ves, los niños lo tienen claro. Falta ella.

—No sé cómo arreglarlo —confieso.

—Empieza por creer que puedes. Y luego deja de huir.

—Me da un leve golpecito en el brazo—. Tienes hasta Año Nuevo para decidir si vas a seguir lamentándote… o a recuperarla.

Miro por la ventana. La nieve ha cesado. El cielo está despejado por primera vez en días. Tal vez sea una señal, o tal vez solo sea el invierno dando un respiro. Pero por primera vez desde que se fue, algo dentro de mí se mueve.

A veces el perdón empieza por atreverse a pedirlo.

39

Una llamada pendiente

Noah

Paso toda la mañana mirando el teléfono, como si con eso fuera a sonar. Pero no lo hace. Marco su número una, dos, diez veces. Cada vez que escucho el tono, imagino su voz, pero solo llega el contestador. La tercera vez incluso me atrevo a dejar un mensaje, breve, torpe, impropio de alguien que ha dirigido empresas enteras:

—Grace, soy Noah. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero… llámame, por favor.

Cuelgo. Me quedo mirando el móvil como si fuera a morderme. Lauren, desde el sofá, me observa con la taza de café en la mano y esa expresión de hermana que piensa que soy un idiota integral.

—¿Y cuántas veces piensas repetir ese numerito? —pregunta.

—Hasta que responda.

—Ajá. Y cuando no lo haga, ¿qué? ¿Vas a mandarle flores por dron?

Suspiro y me paso una mano por el cuello.

—Creo que no quiere saber nada de mí.

—Eso es de esperar —replica, sin perder el tono tranquilo—. La heriste. Pero si crees que vas a arreglarlo con una llamada y una voz

triste, vas listo. —Apoya la taza—. Si de verdad te importa, ve a por ella.

—Ya tendrá sus planes de Año Nuevo —murmuro.

—Pues cámbialos. Nadie se queja de un hombre que llega con disculpas sinceras y cara de arrepentimiento.

No sé si reírme o salir corriendo.

Megan entra en ese momento, con los brazos cruzados y una sonrisa que delata que ha escuchado más de lo que debería.

—Estoy con Lauren —dice—. No basta con marcar el número. Tienes que moverte.

—¿Y tú cómo sabes tanto? —pregunto, desconfiado.

—Porque ya sé dónde va a estar esta noche —responde con calma—. Va a una fiesta con su vecina Lily en un local de Boston que se llama The Frost Lounge.

Levanto la cabeza, alerta.

—¿Has hablado con ella?

—Sí —admite—. Y le prometí que no te diría nada. Pero dadas las circunstancias… digamos que he decidido romper mi palabra a favor del amor y la salud mental general. —De su bolso saca un sobre—. Ya te he reservado un vuelo a las siete de la tarde. Me ha costado un infierno conseguirlo.

Miro el reloj. Son las seis de la tarde.

—Megan, no llegaré a tiempo a Denver —bufo.

—¿Desde cuándo los ricos olvidan que pueden volar desde Aspen? —replica Megan, arqueando una ceja—. Es un vuelo privado. No soy tan tonta.

La miro con una sonrisa cansada.

—Para nada eres tonta. Eres la mejor.

—Vaya —responde ella, medio divertida, medio emocionada—. Es la primera vez que me dices algo así.

—Nunca es tarde para cambiar y ser mejor persona, ¿no?

—Más te vale —dice, cruzando los brazos otra vez—. Porque si llegas tarde, ni Papá Noel ni Cupido te salvan.

Lauren se levanta y me coloca la mano en el hombro.

—Ve, Noah. Y esta vez no digas nada que suene a manual de disculpas. Solo dile la verdad.

Asiento. Miro mi abrigo en el perchero, la bufanda gris que aún huele a ella. Respiro hondo.

—Lo haré.

Megan sonríe.

—Feliz casi Año Nuevo, jefe. Ah, y tienes uno de vuelta el día uno para dos. Tráela de vuelta o dimitiré para siempre.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, siento que quizá este nuevo año pueda serlo.

A veces el vuelo más corto es el que te devuelve a quien de verdad importa.

40

La noche de las segundas copas

Grace

Son las nueve de la noche y Lily está tan emocionada que podría iluminar la ciudad sin ayuda del alumbrado público. Yo, en cambio, estoy comprobando por quinta vez si he apagado el horno, aunque hace días que no lo uso.

—Vamos, Grinch Sullivan —dice ella, dándome un codazo mientras bajamos las escaleras—. Es Nochevieja, y nos espera The Frost Lounge.

—Es solo una fiesta —respondo, ajustándome el abrigo—. Y tengo cosas más urgentes que pensar. Como que necesito encontrar trabajo antes de que mi cuenta bancaria empiece a llorar.

—Oh, por favor. Nadie contrata a nadie el treinta y uno de diciembre —replica Lily con una sonrisa—. A partir del dos de enero, te prometo que nos ponemos serias. Pero hoy, relájate. Diviértete un poco.

—No creo que *diversión* sea mi palabra del año —murmuro.

—Entonces cámbiala por *copas.*

Nos reímos mientras el taxi se detiene frente al portal. El conductor, un hombre con gorro festivo luminoso, nos desea *Feliz Año Nuevo* antes incluso de arrancar. Lily le responde con entusiasmo; yo, con un gesto tímido y una sonrisa cansada.

Boston está preciosa esta noche. Las luces se reflejan sobre la acera mojada, y la gente camina envuelta en abrigos elegantes, riendo, brindando, cantando desafinados. Todo el mundo parece pertenecer a algo, menos yo.

—Te juro que esta noche vas a conocer a alguien —dice Lily, guiñándome un ojo.

—Sí, claro. Tal vez al tipo que inventó el gin-tonic. Ese sí podría entenderme.

—O al camarero. O a un alma perdida con buen sentido del humor y mejor mandíbula.

—No pienso embarcarme en otro desastre sentimental esta noche. —Suspiro—. Bastante tengo con sobrevivir sin pensar en... bueno, ya sabes.

Ella asiente, sin presionarme. Esa es una de las cosas que más me gustan de Lily: sabe cuándo callar y cuándo obligarme a vivir.

El local está a rebosar. Desde fuera, parece una cabaña moderna, toda en tonos azul hielo y plata. Por dentro, el ambiente es cálido, casi mágico: luces de neón, música suave que va subiendo de ritmo, copas tintineando, un árbol de Navidad gigantesco cubierto de luces blancas y copos artificiales cayendo del techo.

Nos acomodamos en una mesa junto a la barra. Lily, que nació con el don de socializar hasta con las sillas, ya está hablando con el camarero, con la chica de al lado y con un tipo de traje brillante que parece recién escapado de un videoclip de los noventa.

Yo me limito a observar, a dejar que el ruido me envuelva. Y, poco a poco, sin quererlo, me sorprendo riendo.

Después de un par de copas, la música me atrapa. Lily me arrastra a la pista y bailamos sin coordinación, pero con mucho entusiasmo. Me duele la mandíbula de tanto reír.

—¡Eso! ¡Así se empieza el año, Grace Sullivan! —grita Lily por encima del ruido.

—¡Con los pies destrozados y la dignidad perdida! —respondo entre risas.

—¡Y con una amiga nueva! —añade ella, levantando su copa.

Brindamos. Por nosotras. Por sobrevivir. Por todo lo que viene. El vino burbujea en mi garganta y siento algo parecido a la felicidad, o al menos a su versión temporal.

Quizá no haya conseguido un novio esta Navidad, pero he ganado algo mejor: una amiga que me recuerda que incluso las noches más frías pueden ser divertidas si alguien te arrastra a la pista de baile.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad:
A veces el mejor regalo llega en forma de amiga con una copa y una mala idea.

41

El destino también tiene buen gusto

Noah

El avión aterriza en Boston a las diez y cuarto de la noche. El cielo está cubierto de nubes bajas y la ciudad brilla a lo lejos como un reflejo dorado sobre el hielo.

Recojo mi abrigo, el mismo que llevaba en Aspen, y pienso que Megan no ha pensado en nadie de la empresa que me recoja esta noche. Luego me corrijo mentalmente: *claro que no. Es Nochevieja. Todos están con sus familias. No era cuestión de molestarlos por culpa de mi repentina necesidad de redención romántica.*

Intento conseguir un taxi. Mala idea. Es la noche más ocupada del año, y las centrales parecen reírse de mí cada vez que marco un número. Después de una hora, consigo que alguien acepte llevarme. Me recoge a las once menos cuarto y el trayecto se hace eterno entre el tráfico, las luces intermitentes y el murmullo de la radio que anuncia las últimas horas del año.

Miro por la ventanilla mientras la ciudad pasa como una película apresurada. No tengo regalo, ni discurso, ni plan. Solo una certeza: si no la veo esta noche, no habrá siguiente oportunidad.

Cuando el taxi se detiene frente a The Frost Lounge, el reloj marca las once y media. Pago de más, bajo del coche y me ajusto el abrigo. No llevo ropa de fiesta, pero al menos no desentono: camisa azul celeste, pantalones negros, zapatos italianos y un abrigo de cachemir que huele todavía a casa, a recuerdos, a ella.

El portero me deja pasar con una sonrisa cómplice, quizá porque detecta ese aire de hombre que llega buscando algo más que una copa. Dentro, el ruido me golpea. Hay tanta gente que apenas puedo moverme. Parejas riendo, amigos abrazándose, copas que chocan y música que late en el pecho.

Respiro hondo. No sé por dónde empezar. Camino entre mesas, esquivando conversaciones, buscando una cara que conozco de memoria. No la veo. Durante un segundo, pienso que tal vez ya se haya ido, que he llegado tarde otra vez.

Y entonces la suerte, el universo, o quizá Hannah —siempre con sus trucos desde el cielo—, me da un empujón.

Allí está.

Grace.

De pie, con una copa de champán en la mano, riendo por algo que dice una chica morena a su lado. Lleva un vestido corto rojo de lentejuelas que atrapa todas las luces del lugar. Es imposible no mirarla. Es imposible mirar cualquier otra cosa.

El corazón me late con tanta fuerza que me sorprende que la música no se detenga.

Doy un paso. Luego otro. Me abro paso entre la multitud, esquivando copas y destellos, sin apartar la vista de ella.

El reloj del local marca las once y cincuenta y siete.

Y por primera vez en mucho tiempo, creo que el destino tiene buen gusto para elegir el momento.

A veces no es el año nuevo lo que empieza. Es la vida.

42

Feliz Año Nuevo

Grace

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho! —la multitud grita al unísono y yo grito con ellos, aunque mi entusiasmo es más de compromiso que de convicción. Tengo una copa de champán en la mano y un brillo falso en la sonrisa. Lily está a mi lado, saltando como si fuera una porrista profesional.

—¡Siete! ¡Seis! ¡Cinco! —el confeti empieza a caer del techo y la música sube de volumen. Todo es una explosión de luces, abrazos, promesas y propósitos que nadie cumplirá.

—¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! —grita todo el mundo.

Y el local entero estalla en un rugido de alegría. Copas que chocan, besos por todas partes, gente subida en sillas, abrazos improvisados.

—¡Feliz Año Nuevo, 2026! —brama alguien cerca de la barra.

Yo levanto la copa con una sonrisa cansada y pienso que, al menos, he sobrevivido a otro diciembre.

Y entonces alguien me toca el hombro.

Me giro, convencida de que será Lily o algún alma entusiasta que busca brindar con desconocidos. Pero no.

Es él.

Noah Withmore. En carne, hueso y abrigo de cachemir. Con el mismo aire contenido de siempre, pero con los ojos diferentes. Más... vulnerables.

—Feliz Año Nuevo, Grace —dice. Su voz suena grave, y juro que el ruido del local se apaga por un segundo.

—¿Qué... qué haceS aquí? —pregunto, sin saber si reír, llorar o salir corriendo.

—No podía empezar el año sin ti.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees?

Él sonríe apenas, esa media sonrisa que conozco demasiado bien.

—He llegado justo a tiempo.

Lily aparece a mi lado, con una copa en cada mano y una sonrisa de escándalo.

—Oh, vaya, parece que alguien ha traído su propio cuento de Año Nuevo. —Le guiña un ojo a Noah y añade—. Yo me voy a buscar otra copa. O tres. —Y desaparece entre la multitud.

Me quedo mirándolo, todavía incrédula.

—Déjeme adivinar... otra emboscada de Megan.

—No exactamente —responde, acercándose un poco—. Pero sí, ha tenido algo que ver. Los niños te echan de menos. Aunque sus padres ya han vuelto y están con ellos en la casa de Aspen.

—Me alegra saberlo. Pasar la Navidad con un tío gruñón no debe de ser el ideal de infancia feliz.

Él suelta una risa breve, sincera.

—Tienes razón. He sido un imbécil, Grace. Un tonto que no ha sabido hacer bien las cosas contigo.

—Me gusta por dónde vas. Continúa.

Sus ojos se suavizan.

—Verónica me llamó. Me hizo sentir culpable, como siempre. Y lo peor es que la dejé hacerlo. Siento haber tenido tan poca personalidad para lo personal y tanta para los negocios. Siento haberte herido. Siento que hayas pensado que fuiste un error para mí o un juego.

Trago saliva. La música sigue sonando, la gente baila, se besa, ríe. Y nosotros, en medio de todo, estamos suspendidos en otro tiempo.

—No sé qué decir —respondo finalmente.

—No tienes que decir nada. Solo... escúchame. Tú has cambiado algo en mí. No sé explicarlo. Pero sé que no quiero empezar este año sin intentar arreglarlo.

La copa en mi mano tiembla. Lo miro, intentando decidir si es verdad o si solo es el efecto de las luces, del champán, o de la parte de mí que todavía lo echa de menos.

Sonrío, apenas.

—Tiene buena oratoria, señor Withmore. Pero no estoy segura de que las palabras basten.

Él asiente despacio, aceptando el golpe con elegancia.

—Entonces esta vez dejaré que los hechos hablen.

Y se queda ahí, mirándome. Sin decir más. Sin moverse. Esperando.

La gente vuelve a gritar otra vez, brindando por el nuevo año. Los fuegos artificiales iluminan los ventanales del local. Y mientras el mundo celebra, yo sigo sin saber si estoy a punto de romperme... o de rendirme.

Manual de supervivencia para niñeras en Navidad: A veces los milagros llegan tarde. Pero llegan.

43

El hogar que vuelve a encenderse

Noah

Entro en la casa y el silencio me da la bienvenida. Es el primer día del año, y el fuego de la chimenea crepita débilmente, como si también él estuviera despertando de la resaca emocional que ha sido diciembre. Lauren, mi hermana, y su marido están en el salón con los niños, que juegan en el suelo rodeados de piezas de un rompecabezas.

—Bueno —digo, dejando las llaves sobre la mesa y el abrigo en el perchero—, las cosas no han salido como pensaba.

Cuatro pares de ojos se giran hacia mí. Lauren frunce el ceño. Los niños se detienen, expectantes.

—¿No la encontraste? —pregunta ella con voz suave.

Niego despacio. Emma baja la cabeza, y Jack suelta un suspiro que me atraviesa el pecho como una flecha.

—Vaya —dice Lauren—. Lo siento, Noah.

Dejo pasar unos segundos. Luego sonrío.

—Han salido mejor de lo esperado.

Y justo entonces, la puerta se abre.

El sonido hace que todos se giren. Emma y Jack se ponen de pie de un salto y corren hacia la entrada.

—¡Grace, has vuelto! —grita Emma, abrazándola por la cintura.

Jack la imita enseguida, rodeándole las piernas con sus brazos diminutos.

—¡Ahora sí te vas a casar con el tío Noah! —anuncia, con la convicción de quien ya lo da por hecho.

Grace ríe, un sonido tan cálido que llena cada rincón de la estancia. Me quedo mirándola, intentando grabar el momento en la memoria. El brillo de sus ojos, el rubor en las mejillas por el frío, la bufanda mal anudada.

—Parece que alguien se ha ganado el título de héroe de la temporada —dice Lauren, acercándose para abrazarla—. Gracias por devolvernos a mi hermano. Hacía mucho que no lo veíamos sonreír así.

Grace se ruboriza un poco y responde con una dulzura que me desarma.

—Tienes unos hijos maravillosos. Ellos son los verdaderos culpables de que todos estemos así de felices hoy.

—Y un tío que finalmente ha aprendido algo sobre la vida —añade Lauren, dándome una palmadita en el brazo.

Megan asoma por la puerta de la cocina, con su eterna taza en la mano y una sonrisa satisfecha.

—No suelo equivocarme, Noah Withmore. Pero esta vez me alegra mucho haber tenido razón —dice, con ese tono que mezcla afecto y sarcasmo a partes iguales.

—Gracias, Megan —respondo, sincero.

Ella arquea una ceja.

—Y deja de darme las gracias, que me vas a malacostumbrar.

Reímos todos, y el ambiente se llena de algo que hacía tiempo no sentía: paz. En ese instante, Paul, el marido de Lauren, se acerca a Grace con una sonrisa amable y la saluda formalmente, presentándose como cuñado oficial y chef improvisado de la casa. Ella le estrecha la mano con calidez, mientras los niños corretean a su alrededor y Megan trae una bandeja con tazas de cacao humeante. La escena se vuelve más real, más doméstica: voces cruzadas, olor a leña, y ese murmullo familiar que anuncia que, por fin, todo encaja.

Más tarde, durante la cena, el bullicio se calma. Los niños, agotados, se quedan dormidos en el sofá. Lauren y su marido recogen los platos, y Megan desaparece discretamente, dejándonos solos frente al fuego.

Grace me mira en silencio. Yo rompo el momento con una sonrisa torpe.

—¿Entonces... esta vez te quedarás más de dos semanas?

—Depende. —Cruza los brazos, juguetona—. ¿No tienes que volver a Boston para trabajar?

—Soy el jefe, puedo cogerme dos semanas más y convertirlas en otros quince días de Navidad. Prometo hacerlo desde cero. Tú y yo solos aquí con el árbol, regalos, bailes y horneando muchísimas galletas. Sé lo mucho que te gusta experimentar con la masa.

Se ríe. Y ese sonido, otra vez, me hace sentir en casa.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego me atrevo a decirlo:

—Quiero hacerlo bien esta vez, Grace. No solo contigo, sino con todo lo que venga. Quiero aprender a vivir sin miedo al pasado.

Ella asiente, con una ternura que me desarma.

—Podemos empezar por aprender a no sobrevivir a los postres navideños sin incendiar la cocina.

Nos reímos, y cuando nuestras miradas se encuentran, ya no queda distancia.

La beso. Lento, seguro, con el corazón latiendo al ritmo de un nuevo comienzo.

Afuera, la nieve vuelve a caer sobre Aspen. Dentro, todo vuelve a encenderse.

—Creo que me apunto a otra versión 2.0 de la Navidad 2025-2026. Puede ser divertido —dice ella, con una sonrisa que derrite cualquier resto de invierno.

—Contigo no puede ser de otra forma —respondo, antes de inclinarme para besarla otra vez.

A veces el hogar no es un lugar. Es una persona.

Epílogo

Un año después

Grace

El amor profundo entre Noah y yo no llegó de golpe. Se instaló despacio, como una brasa que fue ganando calor con los meses.

Desde el principio fui consciente de algo: yo nunca sería el amor de su vida. El amor de la vida de Noah murió, y eso no cambiaría jamás. Pero también supe que lo que él sentía por mí era real, tan intenso y honesto como lo que un día sintió por ella.

Aprendí a vivir con esa verdad, sin miedo a las comparaciones, porque amar a alguien que ha amado tan profundamente no es competir con un fantasma, sino abrazar la historia que lo formó. Su pasado no era mi enemigo, era parte de lo que lo hacía ser quien era, y yo tuve el privilegio de recordarle cómo hacerlo de nuevo. Aquella Navidad nos devolvió a ambos algo que creíamos perdido: una segunda oportunidad para crecer como personas, juntos.

A Verónica le costó aceptarlo, claro. Durante meses intentó disimular su incomodidad con frases medidas cuando llamaba a Noah para hacer su ronda de reconocimiento mensual, pero poco a poco fue comprendiendo que aquello no era una amenaza ni un reemplazo, sino una forma distinta de seguir adelante. Con el tiempo dejó de insistir, y en su silencio encontré la confirmación de que, al fin, todos estábamos aprendiendo a dejar ir.

Un año después, aquí estamos. Sentados alrededor de una mesa grande, llena de risas, copas tintineando y platos que huelen a

hogar. Emma y Jack discuten sobre quién ha puesto más adornos en el árbol. Lauren reparte servilletas como si fuera la anfitriona oficial del orden. Paul presume de su pavo perfecto y de una receta secreta que, según él, solo domina gracias a YouTube. Megan ha venido acompañada de una amiga, Mary, aunque todos sabemos que es algo más que eso: se miran demasiado como para disimular.

Y Lily, mi eterna soltera favorita, se sienta a mi lado, riéndose de algo que Jack le acaba de decir. No la dejé quedarse sola en Boston. No podía. La vida es demasiado corta para pasar las fiestas sin tu mejor cómplice.

Noah está a mi lado, con esa sonrisa tranquila que se ha vuelto mi refugio. Todavía me cuesta creerlo: pasé de ser su niñera improvisada a trabajar en su empresa, coordinando proyectos y presentaciones de resultados. Es un terreno que conozco bien, porque antes de aquella Navidad ya me dedicaba a eso, solo que en otra compañía. Él dice que me contrató por mi talento y experiencia; yo sigo convencida de que, en el fondo, fue porque no soportaba la idea de no tenerme cerca.

Y sí, vivo con el estigma de ser *la novia del jefe*, pero aprendí a convivir con ello. La gente siempre opina. Siempre murmura. Pero lo cierto es que cuando eres feliz, la opinión del mundo se vuelve ruido de fondo. La verdadera paz está en saber quién eres, y en compartir tu vida con alguien que no intenta cambiarte, sino acompañarte.

Brindamos por el nuevo año, por los sueños que siguen creciendo y por las tradiciones que inventamos. Megan levanta la copa y dice algo ingenioso sobre las segundas oportunidades. Paul le da un codazo a Noah, y él se levanta, carraspeando. Mi radar interno se activa.

—¿Qué tramas, Withmore? —susurro, divertida.

—Nada —responde con esa sonrisa que ya conozco demasiado bien.

Y entonces, delante de todos, saca una pequeña caja del bolsillo.

El silencio cae como nieve fresca. Emma se tapa la boca con las manos. Jack da un salto y grita: «¡Lo sabía!». Lauren llora antes de que él diga una palabra.

—Grace Sullivan —empieza Noah, con la voz un poco temblorosa —, aquella Navidad cambió mi vida. Me enseñaste que el amor no es una tormenta, sino una calma compartida. Que las segundas oportunidades existen... si tienes el valor de buscarlas. Que incluso alguien tan torpe como yo puede aprender a amar bien. ¿Quieres casarte conmigo?

Durante unos segundos no puedo hablar. Solo lo miro, con el corazón latiéndome tan fuerte que parece que todos pueden oírlo. Finalmente, sonrío y respondo:

—Sí. Quiero.

Él me coge la mano y se inclina para besarme. Los niños aplauden, todos se levantan, y Lily grita algo sobre ser la dama de honor con más brillo del planeta.

Nos quedamos mirándonos, mientras el ruido de la cena se convierte en un murmullo lejano.

—Te prometo que voy a seguir haciéndote reír con mis tonterías —Noah me acaricia el rostro.

—Y yo prometo recordarte todos los días que mereces esta felicidad —respondo.

Él sonríe, y esta vez, sin dudarlo, ambos decimos:

—Te quiero.

Afuera, la nieve cae sin descanso. Dentro, el hogar sigue cálido, igual que hace un año... solo que ahora, definitivamente, somos una verdadera familia.

Manual de supervivencia para una futura esposa: El amor no se trata de encontrar a alguien perfecto, sino de elegir cada día a quien te hace sentir en casa.

Otros títulos Navideños de

OLGA ANDREU

NO HAY NAVIDAD SIN TI

FELIZ NAVIDAD, MI AMOR

UN CEO CON MALAS PULGAS Y UN CAFÉ PARA LLEVAR

https://www.amazon.es/stores/Olga-Andreu/author/B08P9YJYWK?